



**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS**  
**Departamento de Psicología**

**Poder y discurso**  
**La psicología como protagonista de la conquista política**

**Memoria para optar al título de Psicólogo**

**Presentada por: Juan Esteban Garro Vélez**

**Dirigida por: Prof. Dr. Psic., Juan David Piñeres Sus**

**Octubre de 2014**

**Medellín**

## Resumen

Nada permanece intacto. La política, como artificio humano, no ha podido escapar a la dinámica cambiante y transformadora que la historia impone a la sociedad. Globalización, atomización social, virtualidad de las relaciones, desvinculación con referentes identitarios precedentes e inauguración de nuevas formas de identificación y formación de grupos sociales son realidades impuestas. Al agotamiento de las formulas clásicas de interpretación y abordaje analítico para las propuestas persuasivas promovidas por la política, les deben sobrevenir dispositivos que reconozcan, integren y concilien posiciones interdisciplinarias mucho más complejas en términos metodológicos y hermenéuticos. La psicología se figura como elemento clave para comprender el agenciamiento de los determinantes individuales a favor de causas sociales amplias con trascendencia política. A una sociedad nueva, nuevos mensajes que tengan como génesis el reconocimiento y la promoción de las configuraciones sociales e individuales contemporáneas.

Palabras clave: Psicología política, persuasión, poder, discurso

## **Agradecimientos**

A Sasha, por el amor, al profesor Juan David Piñeres, por el respaldo y apoyo, a mi hermano Daniel, compañero constante, a mí Abuela y a mi madre; Ana Inés, Beatriz Elena *son artífices* de universos soñados.

## Contenido

Introducción.....	6
Preliminares .....	12
Capítulo 1: Conceptos básicos.....	18
1. La psicología política y los estudios sobre comunicación política.....	19
1.1 Desarrollo de la psicología política.....	20
1.2 Interdisciplinariedad y temas de interés para la psicología política .....	27
2. El Discurso .....	35
3. El poder.....	42
4. La política .....	50
5. La persuasión.....	55
6. A modo de provocación: pasión, retórica y emociones que devienen en actos	62
Capítulo 2: De productos culturales e identidades interrelacionadas: La nación y los sentimientos políticos .....	66
1. De la complejidad semántica al establecimiento de definiciones funcionales ...	67
2. Implantación y funcionalidad de la idea de Nación: La historia y el cambio social al servicio de los intereses .....	72
3. Medios y fines: Recursos simbólicos en función de intereses particulares .....	77
4. Una propuesta alternativa de análisis: el rol de las emociones y los sentimientos en la impronta de la idea de nación.....	80
4.1 El sentimiento por la acción; movilización emotiva más allá de dispositivos racionales.....	90
4.2 De falsas escisiones; emoción y cognición en el dispositivo nacionalista .....	94
Capítulo 3: Nuevos cohesionadores sociales: La gestión del individualismo desde la emoción colectiva y la identidad grupal.....	99
1. El Yo toma la palabra: agremiaciones y discursos colectivos en desuso .....	101
2. Más allá del Yo como frontera, la pervivencia del vínculo colectivo .....	108
Consideraciones finales .....	127



## Introducción

El hombre y la sociedad han dividido el mundo. El siglo XIX de manera particular, inauguró formas académicas, económicas, políticas y sociales que impusieron la atomización del conocimiento como paso obligado en busca de su especialización. Sin embargo, la complejidad humana y su imbricación con el mundo social ofrece nutridas resistencias a ese ideal analítico impuesto.

Múltiples son las dimensiones que constituyen a los sujetos y que median su relación con el mundo. El presente ejercicio investigativo parte de una específica: La pregunta por el poder. Pregunta que se traduce en una tesis que busca ser desarrollada con ulteriores análisis, a saber; la forma en que las configuraciones individuales y sociales propias de la contemporaneidad pueden ser capitalizadas a través del discurso y la persuasión con el fin de generar comportamientos encausados a favorecer ciertas decisiones en escenarios de poder.

La pregunta es amplísima y de allí la necesidad de encontrar herramientas teóricas y metodológicas que coadyuven a encontrar respuestas efectivas. El poder ha sido ámbito de estudio privilegiado por los análisis políticos. Sin embargo, cuando se revisan los casos en los que se ha buscado conquistar el poder por vías políticas, a través de herramientas discursivas y persuasivas, se concluye que la explicación de los mismos está lejos de agotarse en teorías propias de la filosofía o la ciencia política.

Desarrollar estrategias que alineen a los sujetos con plataformas de pensamiento particulares y más aún, incitar comportamientos encausados a favorecer intereses fijados de antemano, implica la necesidad de remitirse tanto a la historia de los colectivos que busca influenciarse como a los determinantes subjetivos y cognitivos intervinientes en los procesos de toma de decisión de los individuos y que fungan de mediadores en el establecimiento de vínculos entre el Yo y la sociedad.

Los discursos persuasivos en el ámbito político, en especial los de la contemporaneidad, parten de fórmulas un tanto empíricas además de ingenuas para la fabricación de sus mensajes. Ignoran realidades culturales, sociales e individuales de fundamental trascendencia. La psicología, la sociología, la ciencia política e inclusive la historia son plataformas de conocimiento que brindan herramientas válidas y necesarias para abordar esta suerte de fenómenos complejos.

Depurar las estrategias para lograr que otros actúen o tomen decisiones acordes a ciertos fines no es tarea simple, por ello se privilegia la necesidad de trabajar en la persuasión y los componentes que intervienen en su efectividad, pues es esta además una de las formas más discretas y acordes con la realidad a la hora de apelar a discursos que motiven acciones, dando la sensación en los sujetos de que eligen por convicción y a libertad. Es válido afirmar la complejidad que implica lograr tal punto de consonancia con sujetos que interpretan los estímulos circundantes a partir de sus propios universos. Sin embargo, la historia, el mercadeo y las negociaciones diarias entre particulares muestran la existencia de fórmulas aplicadas de manera empírica para lograr convencer. Así mismo, la comunicación y el marketing político han buscado hallar esas mismas fórmulas para influenciar colectivos mucho más amplios. El impacto de sus propuestas está lejos de poder ser medido, sin embargo, puede notarse como las teorías de las que se nutren están apenas a medio camino, siendo escasas en la mayoría de los casos.

El estudio de la política indica un afán claro por comprender como asirse con el poder y mantenerlo. La guerra, las instituciones, los proyectos de estado heredados, el derecho, son todos mecanismos que han aportado a la misma comprensión. El presente trabajo de grado, partiendo de la globalización de las relaciones y la preminencia futura que tienen las plataformas mediáticas y las configuraciones individuales y sociales tan particulares que habrán también de acentuarse, ve en la

comunicación una herramienta fundamental para aportar a ese mismo afán comprensivo.

Según lo expuesto, la idea de comprender asuntos complejos solo a partir de cada disciplina es desobediente y egoísta. Pensar en el poder y en mecanismos de seducción que ayuden a su conquista implica la responsabilidad de remitirse a universos teóricos amplios; razón que justifica el afán interdisciplinario y la necesidad de acudir a la psicología como relato y plataforma fundante de dispositivos en comunicación. La política, podrá verse, parece desconocer las configuraciones sociales tan particulares de la contemporaneidad. Defienden ideas como esfera pública, ciudadanía activa o decisiones deliberativas inspiradas en la representación. Revisar las cifras de abstención a nivel mundial, las quejas ciudadanas sobre la pobreza de esa misma representación, la apatía y la indiferencia políticas, el desvinculamiento de los metarrelatos de siglos precedentes, son todos síntomas de la necesidad de operar cambios en las estrategias comunicativas en lo que atañe a la política y a los círculos de poder.

El ejercicio investigativo que se desarrolla parte de una realidad aceptada y solo caracterizada al final del escrito. Una cosmovisión muy propia de la contemporaneidad e influenciada lógicamente por la modernidad, en la que se figuran como protagonistas esenciales de la acción al individualismo y la atomización social; sin embargo, teniendo siempre presente la idea de comprender como pueden potenciarse los discursos, haciéndolos más efectivos en términos persuasivos, se ofrece como alternativa la pervivencia del vínculo entre individuos y la formación de grupos sociales defendiendo causas políticas. Hecho que sumado a la realidad de hiper acentuación del Yo hacen que tal vínculo tenga tintes muy propios y particulares. Partiendo de tal realidad se propone darle importancia a los múltiples universos sociales cohesionadores de individuos, pues en esos ejes articuladores entre los sujetos y los grupos sociales a los que pertenecen pueden identificarse catalizadores sociales que sean aprovechados para reforzar y difundir los mensajes, creando además fuertes anclajes identitarios y aprovechando, gracias

a los desarrollos en psicología, al factor emocional; de trascendental relevancia dada su naturaleza, transversal a todos los seres humanos, y la posibilidad factible de ser motivado y conducido a partir de discursos que inspiren la acción.

Conjugar esos dos ámbitos permite la identificación de plataformas clave a las que el diseño de mensajes con fines persuasivos no puede desatender. En esta medida, la psicología como la gran disciplina del Yo se figura imprescindible. Llega a constituir el medio a través del cual pueden comprenderse los factores cognitivos que mayor peso tienen en los individuos a la hora de tomar decisiones y asimilar mensajes.

Es claro que la propuesta que se presenta no es en ninguna medida desinteresada, todo lo contrario, busca potenciar un universo político anquilosado y paquidérmico, que se ha quedado sin palabras, que no encuentra puentes para llegar a su razón de ser, que se supone, son los ciudadanos que componen los estados. Es una propuesta que ofrece betas tanto de investigación como de aplicación práctica. Pues, empero, comprender cuales son las variables intervinientes para la toma de decisiones y afiliación cognitiva de los sujetos a ciertas propuestas es la clave para producir mensajes que convoquen, combatan la apatía, y depuren las formas de relacionamiento entre los ciudadanos y las esferas de poder.

Para ello, se parte de un campo explicativo que tiene como sello la misma interdisciplinariedad hasta ahora defendida, a saber, la psicología política. Se da cuenta de su desarrollo histórico, de las fuentes teóricas de las que ha bebido para su consolidación y de los campos de interés sobre los cuales indaga. Permite esto inaugurar el primer capítulo y ubicar el tema en un axioma teórico específico, para justificar que tanto aporte puede hacer la psicología a áreas que le han sido ajenas pero en las que está implicado uno de sus objetos principales de estudio, el comportamiento de los individuos. Una vez presentado el campo de análisis se hace un esbozo preliminar de los conceptos clave y transversales a todo el escrito: Discurso, Poder, Política y Persuasión son algo así como las herramientas

conceptuales que permiten el desarrollo de la idea. Separados en términos analíticos pero conjugados todo el tiempo en la vida real, muestran como los grupos que agencian intereses políticos, en su búsqueda por conquistar el poder, se ven remitidos inevitablemente a conquistar el favor de los sujetos, ya que la fórmula privilegiada para llenar los espacios de toma y ejecución de decisiones son los mecanismos democrático-electorales. Mecanismos que precisan del discurso en múltiples sentidos, especialmente el persuasivo, para lograr convencer y ganar, como mínimo, los votos necesarios.

El segundo capítulo es el paso a la materialización de los conceptos. Se concibe la idea de la nación como artefacto simbólico, creado por el hombre, según intereses precisos, y que muestra con testimonios históricos y teóricos su enorme potencial como movilizador social. Lo que interesa resaltar es la forma como una idea, posible solo en la mente de los individuos merced al poder de la representación, llega a traducirse en acciones concretas, con resultados de conquista de escenarios políticos y manejo de grandes cuotas de poder.

El tercer capítulo parte de una premisa ya enunciada, el acabamiento de las grandes causas nacionales, incluso ideológicas y partidistas. Ello debido a un cambio en la relación de los sujetos con el mundo y sus pares. Será protagonista el discurso sobre el individualismo y la necesidad de aceptar la atomización en el mundo social. Sin embargo, reconociendo la caída de grandes referentes y cohesionadores sociales, la segunda parte del último apartado encuentra en la identidad y los lazos que la misma permite tejer un argumento en contra de tal evidencia. Asunto importante si se piensa que para la política es fundamental sumar voluntades a favor de ciertas causas, más aún, frente al panorama oscuro y desesperanzador del aparente triunfo total del individualismo.

Se asiste, es lo que se sostiene en el apartado, a un cambio sustancial del mundo social y en la misma medida del mundo político. De allí que sea necesario emprender rutas que se desmarquen de la forma precedente de entender el

relacionamiento social para dar cabida a esas nuevas configuraciones, pues es a partir de ese punto que se hará posible diseñar discursos, que a la manera de la nación, convoquen y seduzcan, agremien y permitan combatir la sociedad de la abstención y la apatía.

Finalmente, se abre un espacio para las consideraciones finales, que más que concluir de manera rotunda con los resultados de cada capítulo, busca abrir la discusión a propósito de tópicos importantes sobre los que puede establecerse un desarrollo práctico e investigativo futuro.

## Preliminares

La propuesta investigativa que se presenta está justificada por el reconocimiento de *un sentir* de la época: Los individuos han perdido el interés por la política, y no solo esto, la misma implica para ellos una profunda desconfianza, no se sienten representados, no ven en las instituciones estatales una herramienta para gestionar y optimizar sus condiciones de vida.

Los ejemplos que respaldan dicho sentir son abundantes; basta pasar por los periódicos de un país que acaba de elegir a sus representantes por vías democráticas para constatar los altos índices de abstención, de insatisfacción por los resultados y las denuncias por corrupción y compra de votos. Una visita a google rastreando las palabras política y anti política esboza una realidad coherente con los resultados en comicios: son muchos más los valores numéricos a favor de la anti política que de la política. Así mismo, establecer la asociación de la idea de política con sentimientos negativos como desconfianza, apatía, aburrimiento o indiferencia, representaría en términos científicos una relación positiva y exponencial.

El panorama que apenas se bosqueja es claramente preocupante: desde el ámbito personal definiendo la idea de la política como la herramienta exclusiva y preminente en la contemporaneidad para lograr cambios sociales y económicos con verdadero impacto. Las formulas defendidas por el liberalismo desde sus albores y la cosmovisión que las mismas han respaldado vienen desembocando en un paisaje compuesto por el triunfo de un marcado individualismo, el abandono de la que en algún momento se conociera como esfera pública, el protagonismo creciente del ámbito privado, y la significativa reducción de ciudadanos en la participación e injerencia, tanto en las decisiones de gobierno, como en la conformación del mismo vía elecciones democráticas.

Desde una perspectiva menos “romántica” aparece también una justificación a favor de querer encontrar herramientas para modificar el panorama que se bosqueja. Los discursos que buscan favorecer la participación de la sociedad para ejecutar actos de gobierno incluyentes y efectivos son numerosos y se han traducido en la creación de escenarios sociales y políticos inspirados en la materialización de dicha participación. Sin embargo, la apatía y la falta de interés por parte de los ciudadanos para la cooptación positiva de dichos espacios devienen de nuevo en una constante.

De allí la motivación personal por buscar alternativas que entiendan como y desde que posiciones pueden favorecerse las propuestas que lleven a configurar esferas públicas renovadas e influyentes, pues la idea de Aristóteles se mantiene, la política y lo público, como dimensiones que coexisten y se afectan continuamente, son asunto de todos, ya que las decisiones que allí se toman terminan por afectar o favorecer amplios colectivos sociales. Como preguntas iniciales aparecen entonces: ¿Pueden hallarse desde la psicología elementos que favorezcan y potencien el mensaje político? ¿Es posible comprender las configuraciones individuales y sociales actuales con el fin de proponer fórmulas que direccionen el aparente desencanto por la política hacia universos con mayor participación? ¿Constituye la psicología una disciplina a partir de la cual puedan proponerse herramientas teóricas e interpretativas que coadyuven a depurar el mensaje político, haciéndolo más seductor? Entender las formas en que los individuos procesan y se relacionan con el mundo en términos cognitivos y afectivos es clave para potenciar la persuasión y lograr discursos mucho más efectivos en cuanto a la generación de acciones precisas.

Las lecturas a propósito del panorama que se expone y la observación de cómo se desenvuelve el mundo social y político han inspirado la propuesta que se presenta, identificando un campo poco explorado que puede brindar luces sobre opciones reales y exitosas de promoción de valores cívicos y motivación para la participación.

La política no ha acabado, mucho menos el lazo social y la formación de grupos con referentes identitarios comunes. Sin embargo, ambos se han modificado sustancialmente, tanto que las herramientas de abordaje y comprensión de los mismos, desarrolladas a lo largo de la historia remota y especialmente por la modernidad, se figuran ahora insuficientes.

Insuficiencia producto de varios asuntos que serán abordados a profundidad: abandono de cosmovisiones y metarrelatos que cohesionaban amplios colectivos sociales e influenciaban su comportamiento, preminencia del Yo y favorecimiento de una suerte de dogma que dicta que cada individuo debe escoger su propio camino, dejando sin sentido la idea de tomar decisiones y actuar según la influencia de otros, para asumir la existencia como un proyecto propio, conformación de grupos de sentido y con improntas identitarias muy particulares, ligadas a causas micro y nuevas en el tiempo, fuentes de motivación y movilización que deben estar más ligadas al Yo y al aparente usufructo individual, diferenciadas de formas de movilización anteriores en las que el individuo masa participaba y era movido por un ideal grupal.

¿Puede la psicología aportar elementos clave en la construcción de discursos con fines políticos y persuasivos, que reconozcan y aprovechen la configuración particular del mundo social e individual propio de la contemporaneidad? Sí se reconoce que la psicología tiene un interés fundamental por el comportamiento, los procesos cognitivos de asimilación de contenidos, las motivaciones individuales y la construcción de identidad producto de los lazos sociales, la respuesta a la pregunta es afirmativa. No solo puede aportar elementos clave, de hecho puede hacer formulaciones sustanciales de trascendental relevancia.

El objetivo que se persigue, la tesis central si se quiere, es mostrar cómo y en qué medida el estudio de las relaciones sociales, el vínculo del individuo con dichas relaciones, y los factores cognitivos y emocionales propios de los sujetos, pueden aportar al establecimiento de herramientas novedosas y efectivas de construcción

de mensajes persuasivos que logren encadenar los gustos de amplios colectivos sociales a favor de propuestas particulares.

Uno de los objetivos específicos para dicha empresa es el de rastrear los conceptos clave en torno a los cuales gira el propósito de construir los discursos. Esto es; para qué pueden servir dichos mensajes, qué forma discursiva pueden adoptar, porqué deben tener ese tinte persuasivo y de seducción, en qué ámbito político pueden enmarcarse, de qué tipo de política se habla, y qué esferas de poder pueden contribuir a conquistar.

En segunda instancia, es clave mostrar precedentes que ilustren de qué forma han sido utilizados los discursos políticos en momentos históricos diferentes, el caso específico es el del análisis de la idea de nación como materialización expresa de un mensaje persuasivo, potenciado por el agenciamiento de las configuraciones sociales y los procesos cognitivo-emocionales particulares. Este objetivo tiene una doble justificación: por un lado, da cuenta de cómo es real y efectiva la utilización del discurso persuasivo; cómo ese discurso se construye a partir de la comprensión de las dinámicas sociales y explotando los procesos individuales de relacionamiento, identidad, emotividad y procesamiento cognitivo de la información. En segundo lugar, la caracterización de un momento histórico particular permite establecer puentes de comparación entre momentos remotos y lógicas sociales contemporáneas, para rescatar dispositivos aún presentes y proponer alternativas frente a los cambios identificables.

Finalmente, se hace un diagnóstico rápido sobre el individualismo en la contemporaneidad. Ejercicio que permite destacar el cambio en las cosmovisiones y patrones de relacionamiento propias de los sujetos. El diagnóstico se muestra como insuficiente de manera intencional, en aras de argumentar a favor de la idea que defiende la pervivencia del vínculo social, aunque con sustanciales modificaciones. La construcción de identidad individual y grupal, la ganancia subjetiva ligada al establecimiento de relaciones sociales y conformación de grupos,

y la importancia reconocida a los procesos cognitivos y emocionales propios de los individuos son todos elementos que conjugados entregan pistas clave a ser tenidas en cuenta para el desarrollo de discursos efectivos que logren persuadir y sirvan a la conquista de esferas de poder puntuales.

La ruta metodológica que se ha trazado parte en principio de la selección aleatoria de textos, esto es, se toman como referentes textos que desarrollan las temáticas propias de cada capítulo pero que bien podrían haber sido reemplazados por otros. Hecho que ayudó a que se pudiera establecer un dialogo histórico e interdisciplinar en cada uno de los apartados. Y además, a mantener un hilo conductor propio del autor del manuscrito y defendido a lo largo del mismo.

Así mismo, se buscó identificar y analizar las tesis propuestas por los autores referenciados, con el fin de contrastarlas o relacionarlas con la tesis central previamente enunciada. Un ejemplo claro de lo anterior es el primer capítulo a propósito de los conceptos clave; se identificaron y caracterizaron las ideas que más luces podrían dar al desarrollo de los conceptos, fueron expuestas y permitieron tener como resultado apartados con una idea particular pero sustentada en la visión y trayectoria de académicos expertos y certificados en la materia.

El trabajo más arduo se ha visto cifrado por el ideal de establecer puentes entre la emoción y la identificación como procesos individuales y las lógicas sociales y políticas que circundan a los sujetos; el ideal ha querido combatir los análisis monocromáticos que dan cuenta de los procesos sociales solo desde ópticas disciplinares muy específicas. Así mismo, ha servido para mostrar como el abordaje de los asuntos sociales y políticos puede nutrirse ampliamente a partir de los enfoques interdisciplinares. El resultado es entonces un trabajo con tres capítulos independientes en cuanto a contenido pero ligados por la idea de comprender y destacar la existencia de posibilidades reales de persuasión de los sujetos a favor de causas políticas. Es más que una propuesta acabada de investigación, la excusa para profundizar en temas que pueden ofrecer ricas posibilidades de investigación

teórica y aplicación práctica, ligando el estudio sobre el poder con el agenciamiento de la experiencia, motivación y cognición de los individuos.

## Capítulo 1: Conceptos básicos

El presente capítulo busca establecer referentes conceptuales comunes que permitan crear un marco interpretativo compartido, logrando así promover una lectura más o menos coherente según los fines y objetivos que se fija esta investigación. La polisemia en los conceptos es uno de los lugares comunes en las disciplinas sociales y humanas, y lleva a que sea en extremo complejo tener desde el comienzo una noción más o menos similar de las diferentes categorías conceptuales. Complejidad que repercute de manera directa en las posibilidades de interpretación y asimilación de los contenidos.

Así mismo, los conceptos objeto de desarrollo son de naturaleza ambigua, pues las numerosas fuentes de definición e interpretación desde las que se han asimilado llevan a que las formas y enfoques desde los cuales han sido definidos sean numerosos y no necesariamente iguales o complementarios.

A estas dos razones puntuales le subyace otro punto primordial, a saber: el enfoque que se pretende dar. Será claro que las categorías próximas a ser desarrolladas se figuran como aisladas, pero son en realidad la medula espinal y transversal del trabajo investigativo; pues convergen de manera continua a lo largo de los capítulos, y tienen como derrotero fundamental la perspectiva funcionalista.

La estructura es simple, un apartado por cada concepto; política y poder exigen precisiones claras para comprenderse. Discurso y persuasión se enfocan más desde los fines prácticos que se persiguen con ellos, que con las características que construyen un buen discurso o que perfeccionan la persuasión. Esto último se explica por el hecho de que, para dar cuenta de la forma en que se perfecciona un

instrumento, primero hace falta convenir cuáles son sus características semánticas primigenias.

Sin embargo, es fundamental crear un marco disciplinar en el que sean alojados los conceptos que busca desarrollarse. Debido a ello se abre un espacio a la caracterización de la psicología política, entendiendo que la propuesta de investigación que ahora se desarrolla tiene su fundamento epistemológico en esta disciplina, a partir de la cual se encauza y a la que se busca contribuir en algún sentido desde este ejercicio exploratorio en un tema que no ha sido preeminente para el trasegar académico en nuestro contexto.

## **1. La psicología política y los estudios sobre comunicación política**

La psicología política y los estudios sobre comunicación política componen el escenario teórico a partir del cual se desarrolla la propuesta de investigación. Los resultados que se presentan están vinculados con dos dimensiones básicas: la primera, tiene que ver con la preminencia del aspecto teórico sobre el práctico; la segunda, por su parte, expone el campo de estudio a partir del cual es desarrollada la misma propuesta investigativa.

Respecto a la primera, se destaca la importancia de encontrar elementos teóricos que permitan introducir nuevas fuentes de análisis, lo que repercute directamente en el enriquecimiento de investigaciones futuras de corte mucho más práctico. Ya que, en todo caso, el análisis teórico deviene en fundamento necesario para el trabajo práctico. Como puede deducirse, el segundo punto constituye el objeto central del actual apartado. Se resaltarán tres hechos básicos: el desarrollo de la psicología política, su postura interdisciplinar, y una breve semblanza de los campos de investigación hasta ahora explorados y que tienen una relación directa con el tema de investigación del actual estudio académico.

Se reconoce, en primer lugar, que la historia de la psicología política es reciente, pues no se remonta más allá de la mitad del siglo XX. Debe su origen al deseo de unificar en una sola disciplina los estudios que se adelantaban en psicología y ciencia política respectivamente. De ello que sea clara la vocación inicial por convocar investigadores, académicos y profesionales procedentes de diferentes áreas de conocimiento (Sabucedo, 1996). A raíz de la integración de los enfoques de investigación, la psicología política adquiere un toque distintivo que ofrece en esencia una perspectiva plural e interdisciplinar debido a la complejidad y trascendencia social de los fenómenos que busca abordar.

Según el análisis hecho por Sabucedo (1996) de los diferentes congresos de la Sociedad Internacional de Psicología Política, y de las revistas y manuales de la misma disciplina, pueden resaltarse como principales temas de desarrollo los siguientes: liderazgo, socialización política, actitudes socio-políticas, autoritarismo, participación y acción política, procesos sociocognitivos en la construcción de los fenómenos políticos, relaciones entre grupos políticos, opinión pública, comunicación y marketing político, conflicto, relaciones internacionales e ideología.

Claramente cada uno de los temas reseñados representa un inmenso potencial de abordaje y tratamiento, tanto desde los adelantos académicos en el presente como desde las fuentes teóricas que han configurado las condiciones precisas para que fuera posible su existencia. Esta es la explicación de por qué el actual desarrollo habrá de centrarse específicamente en los estudios sobre comunicación y marketing político.

### **1.1 Desarrollo de la psicología política**

La psicología política es una disciplina con desarrollo reciente, sin embargo, su interés por las dimensiones psicológicas de la conducta política o por las consecuencias psicológicas derivadas de las diferentes formas de organización

política no es en ningún sentido nuevo. Muchos de los temas vinculados con la organización social de los sujetos, sus determinantes culturales y ambientales, las posiciones particulares que se asumen frente a los mismos, y la manera en que las sociedades se agrupan y organizan según fines políticos y administrativos han sido analizados por diferentes pensadores desde hace ya varios siglos. La psicología política no es por tanto la disciplina a la que se deba el descubrimiento de temas de análisis hasta ahora inexplorados. Es más bien la resultante de la apuesta por delimitar, formalizar e institucionalizar un nuevo campo de trabajo, que a pesar de conjugar elementos de la psicología y de la ciencia política cuenta con una identidad propia (Sabucedo, 1996).

Los antecedentes de la psicología política pueden clasificarse en remotos e inmediatos. Respecto a los remotos, son la antigua Grecia y el Renacimiento los momentos históricos que representan mayor relevancia. Hecho que se debe a los cambios sustanciales en la organización social, que pasó a ser jerarquizada y dependiente de lazos sociales, culturales y tradicionales complejos, tales como el linaje, los vínculos aristocráticos e inclusive la voluntad divina. Así mismo, el concepto de un hombre libre y con capacidad de autodeterminación llevará a combatir el peso del poder, la aristocracia y el dogma de las ideas religiosas.

La Ilustración representa la total convicción en el poder que se desprende de la razón y el intelecto humanos; ambas servirán para dilucidar los mecanismos que rigen la naturaleza y así ponerla en función de los intereses y el progreso. De allí que tome preminencia el análisis de las cuestiones a partir de la razón en detrimento de las explicaciones mágico-míticas y divinas. Aparece pues una concepción realmente distinta a propósito de la naturaleza humana. Ya no se trata solo de aceptar la posición social que antecede la existencia misma del individuo, o de ver como natural la desigualdad social y la profunda diferenciación de clases, así como reconocer mandatos divinos en los fenómenos naturales. Ambas realidades —la social y la natural— pueden transformarse según intereses humanos. Puede afirmarse que el Renacimiento y la Ilustración fueron, por tanto, “momentos de suma

trascendencia en la historia del pensamiento, pues proporcionaron un nuevo modo de contemplar el mundo y las relaciones sociales” (Sabucedo, 1996, p. 31).

Uno de los ejemplos obligados a propósito de los cambios en el sistema de pensamiento es el que encarna Maquiavelo; es sin duda uno de los pensadores que más se ajusta al espíritu del Renacimiento que trata de esbozarse. Para el florentino, quien afirmara que el “fin justifica los medios”, el poder deviene en fenómeno que puede conquistarse, lo que lo convierte en un fin en sí mismo. A partir del rastreo histórico y bibliográfico realizado por Sabucedo (1996) es posible afirmar que desde *El Príncipe* se dictan principios y reflexiones de claro contenido psicológico por medio de los cuales se vislumbran herramientas para conquistar y mantener el poder y el dominio sobre los demás. Las formulaciones hechas por Maquiavelo son importantes para la psicología política no solo por la manera particular en que aborda y analiza la naturaleza humana, sino también por la misma influencia que han tenido sobre el pensamiento psicopolítico posterior. Ejemplo de ello es la propuesta hecha por Christie (1970) y reconocida por la Sociedad Internacional de Psicología Política en la que se defiende que, a partir de las ideas expuestas en *El Príncipe*, es posible plantear como una de las dimensiones fundamentales para el estudio de las actitudes políticas la variable del maquiavelismo; para lo cual deben retomarse tres aspectos señalados por el pensador del Renacimiento: opiniones sobre la naturaleza humana, técnicas a emplear en relación con los otros y principios morales generalizados.

Otro ejemplo que debe comentarse de forma breve tiene que ver con uno de los pilares del liberalismo y contractualismo modernos, Thomas Hobbes. Hobbes apunta que la naturaleza humana tiende al conflicto y, por ello, el fin fundamental de las leyes emanadas del Estado es lograr la concordancia entre los hombres. En términos de psicología política la afirmación tiene una influencia bastante considerable, ya que muestra cómo de la naturaleza negativa e intrínsecamente violenta de los sujetos se desprende la necesidad de un gobierno recio que se haga con el control total de la fuerza. Por lo que de una concepción originalmente

individualista termina por abstraerse una formulación ideal del sistema de gobierno y organización social de los sujetos (Sabucedo, 1996).

Son muchos más los casos que permitirían abordar la relación entre planteamientos teóricos y filosóficos del Renacimiento e inicios de la modernidad con visiones antropológicas y psicológicas específicas que han repercutido en el ulterior abordaje de la psicología política. Sin embargo, la necesidad de abordar los antecedentes inmediatos de la disciplina es perentoria, en términos de tiempo y espacio. Tales antecedentes se derivan de la aparición de las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XIX, y es claro que sería posible describir numerosas contribuciones desde cada una de ellas a la psicología política. Un ejemplo es la revisión teórico-histórica realizada por Moya y Morales (1998) en la que muestran la gran cantidad de autores e investigaciones que, desde la época reseñada, han aportado información y conocimiento con miras al establecimiento de vínculos entre los procesos psicológicos y políticos. A continuación son nombrados algunos autores característicos de diferentes orientaciones y perspectivas: Le Bon, Tardem, Weber, Lazarus y Steinthal, Durkheim, Wundt, Thomas y Znaniecki, Freud, Skinner, Piaget, Vigotsky, Lewin, entre otros (Moya & Morales, 1998).

Es preciso, a semejanza de la metodología empleada para dar cuenta de los antecedentes remotos, mostrar brevemente aportes que han servido para el desarrollo de la psicología política. Por ejemplo Le Bon (1886), reconocido por algunos como el padre de la psicología política debido a su obra titulada *La Psicología Política y la defensa social*, destaca el interés por aplicar conocimientos psicológicos al ámbito político: la enseñanza de las ciencias políticas debería involucrar a la psicología, ya que las situaciones políticas precisan en la mayoría de los casos de análisis psicológicos; a manera de ilustración, puede pensarse en la forma en que la relación líder-seguidores moldea de manera particular el comportamiento de las masas, entendiendo que, según Le Bon, el sujeto en una masa resulta un bárbaro, pues los instintos se convierten en su única guía de comportamiento. En la misma línea, Ortega, citado por Sabucedo, muestra cómo

pueden identificarse y relacionarse claramente problemáticas psicosociales y psicopolíticas; en sus obras *La rebelión de las masas* y *La España Invertebrada* resalta la teoría del hombre masa, entendiéndola como “(...) un hecho psicológico que anula la diferenciación y permite el triunfo de la homogeneidad” (Sabucedo, 1996, p. 34).

Otro aspecto que debe señalarse es el de la trascendencia del estudio de la psicología de los pueblos inaugurado por Wundt, entendiendo que ella no es una entidad diferenciada de la psicología individual, al contrario, ambas están estrechamente interconectadas. La explicación radica en que los procesos mentales superiores de los sujetos no pueden ser comprendidos si no se tiene en cuenta la cultura de los pueblos y comunidades que rodean a los individuos a lo largo de su desarrollo vital; el lenguaje, las costumbres y los mitos son pasos obligados para el estudio de la psicología de los pueblos en la medida en que son factores condicionantes del pensamiento social e individual (Moya & Morales, 1998).

A partir de la década del 30 comienzan a aparecer investigaciones que van a ser insumo importante de la consolidación posterior de la psicología política. Trabajos como los de Thurstone sobre la medida de las actitudes, indica Sabucedo (1996, p. 35), “(...) permitieron el desarrollo de una de las líneas de investigación clásicas en psicología política: las actitudes socio-políticas”. Ello gracias a la aplicación de 1.934 escalas diferentes a una muestra de 300 estudiantes, que arrojó como resultado del análisis dos factores ortogonales: radicalismo-conservadurismo y nacionalismo-internacionalismo. Para la misma época, empleando igual técnica estadística, Carlson encuentra tres factores influyentes en las actitudes socio-políticas: inteligencia (que relaciona positivamente con actitudes como pacifismo, comunismo), radicalismo-consevadurismo y religiosidad. Ya para finales de la década (1939), Ferguson menciona la existencia del factor radicalismo-conservadurismo como el único elemento interpretable en las actitudes socio-políticas.

Otro de los campos relacionados con las actitudes socio-políticas (y que influenció considerablemente la consolidación como disciplina de la psicología política) es el de los estudios sobre el autoritarismo. En 1950 Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson y Sanford publican *La Personalidad Autoritaria*. Según señala Sabucedo (1996, p. 35) “Uno de los grandes méritos del trabajo de Adorno y colaboradores radica en haber mostrado empíricamente la relación entre determinados rasgos de personalidad y el autoritarismo”, haciendo posible el establecimiento de relaciones positivas entre la operacionalización en variables de comportamientos individuales y sociales complejos y los desarrollos teóricos propios de la filosofía política y la psicología acerca de la personalidad autoritaria. El manejo de los datos y la positivización de las indagaciones comienzan a dar luces sobre nuevos métodos de análisis que permitirían facilitar vínculos entre la ciencia política y la psicología. En 1954 se conoce la obra *Psicología de la decisión política* publicada por Eysenck; a partir de la variable mentalidad dura, el autor busca mostrar que tanto el fascismo como el comunismo son similares. Rokeach (1960) define la dimensión del dogmatismo como categoría alternativa al autoritarismo, señalando su independencia respecto al contexto ideológico en el que se enmarcara.

Como puede notarse, los estudios sobre las actitudes socio-políticas y las variables de personalidad asociadas a las diferentes ideologías, especialmente al autoritarismo, introducen nuevas metodologías de investigación y comprensión de los fenómenos psicológicos y políticos relacionadas ya no solo con desarrollos teóricos y filosóficos extensos, sino además con paradigmas cuantitativos de análisis y contraste de la información.

Más adelante Lasswell, quien como Le Bon, también fuera considerado padre de la disciplina<sup>1</sup> gracias a su contribución al desarrollo de la misma, especialmente por sus obras: *Psicopatología y Política* (1930) y *Poder y Personalidad* (1948), afirma que el hombre político es la resultante de motivaciones privadas y personales

---

<sup>1</sup> Lasswell sería nombrado a finales de la década del 70 el primer presidente honorario de la Sociedad Internacional de Psicología Política.

desplazadas sobre objetos públicos, que devienen en una racionalización denominada interés público (1930). Así mismo, señala el íntimo vínculo factible de establecer entre el poder y las características de personalidad de los individuos; inmerso también en las fuertes teorías psicoanalíticas propias de su época, Lasswell resalta que el interés por el poder tiene mucho que ver con los sentimientos de inferioridad de los sujetos, pues se convierte en un mecanismo de compensación frente a dicha sensación de inferioridad. Finalmente, *Carácter Democrático* (1951) es la obra que permite a Lasswell introducir una cuestión que será de capital importancia para investigaciones ulteriores en general y para la psicología política en particular: la pregunta por la influencia de la propaganda dirigida desde las élites a las masas, tesis a través de la cual establece una relación positiva entre mecanismos de intermediación y mantenimiento del poder, las élites y la masa.

La línea investigativa de Lasswell, específicamente aquella relacionada con los estudios sobre la propaganda, abrió la brecha a cuestiones que destacaban la relevancia de la propaganda y la comunicación persuasiva, y que encontrarían en la Segunda Guerra Mundial su gran laboratorio de análisis. Pues una vez terminada la guerra diferentes investigadores inauguraron la empresa de analizar y comprender sistemáticamente el uso y eficacia de los mecanismos de persuasión. En este campo debe resaltarse la fundamental tarea emprendida por Hovland, entre 1.950 y 1.960. Junto a su equipo de trabajo establecido en la Universidad de Yale, el investigador estudió las principales dimensiones del discurso persuasivo haciendo énfasis en las características que, relacionadas con el emisor, el receptor y el mensaje, influían en mayor sentido sobre el impacto de la comunicación persuasiva. Retomando estos estudios y buscando establecer patrones de comportamiento político y la eficacia real de la propaganada, específicamente en lo que atañe al estudio sobre la conducta de voto y su relación con posibles variables sociológicas intervinientes, Lazarsfeld, Berelson y Gaudet (1948) elaboran un índice de predisposición política a partir de puntuaciones obtenidas por los sujetos en variables como afiliación religiosa, nivel socioeconómico y tipo de residencia. Según el cruce de variables y el establecimiento de correlaciones entre las mismas, los

autores concluyen que estas son las tres dimensiones que mayor peso e influencia tienen sobre los individuos a la hora de dirigir la intención de voto.

Ya para la década del 70, gracias a los adelantos hasta ahora reseñados y a otros tantos que debido al interés específico del presente apartado no se han comentado, la psicología política toma conciencia de sí misma a un nivel mayor, obteniendo clara visibilidad social y una mayor presencia institucional. Los acontecimientos que más contribuyeron a esta tarea fueron, según Sabucedo (1996) y Moya y Morales (1998): la publicación del libro de Knutson (1973) *Handbook of Political Psychology*, en la que autores procedentes del campo de la psicología como Bloom, Katz y Sanford, científicos políticos como Niemi, Lane y Greenstein, y los sociólogos Hyman y Singer, revisan temas relacionados con la personalidad política, el liderazgo, la socialización política y las relaciones internacionales desde una perspectiva interdisciplinar. Aparece también la obra *The Psychology of politics* (Stone & Schaffner, 1988), en la que se contempla a lo largo de cuatro capítulos la introducción al estudio de la Psicología Política, la socialización política, la personalidad y la acción política. Finalmente, es creada en 1978 la Sociedad Internacional de Psicología Política, fundada por Jeanne Knutson; nace con una vocación claramente interdisciplinar puesto que sus miembros hacen parte de ámbitos académicos claramente diferenciados: psicología, sociología, ciencia política, historia, economía, entre otros. Es la misma Sociedad Internacional de Psicología Política la que se encargará de editar la revista especializada *Political Psychology*, en aras de darle un mayor respaldo académico e institucional a la naciente disciplina, teniendo como derrotero el análisis de las interrelaciones entre los procesos políticos y psicológicos. Cabe añadir, en terminos geográficos, que tanto la creación de la Sociedad como la edición de la primer revista estuvieron íntimamente ligadas con universidades en Estados Unidos, donde tuvieron génesis las investigaciones e interrelaciones académicas.

## **1.2 Interdisciplinariedad y temas de interés para la psicología política**

Es a finales de la década del 70 que puede identificarse a la psicología política como una disciplina independiente, esto gracias a los antecedentes investigativos antes comentados, a la publicación periódica de la revista especializada y, por supuesto, a la creación de la Sociedad Internacional de Psicología Política; como muestra de ello se resalta la aparición de materias en los planes de estudio de diferentes universidades con el mismo nombre de la disciplina. Los mismos planes de estudio y los artículos científicos publicados sobre el tema buscaron relacionar, por lo menos, dos dimensiones sustanciales: los aspectos de enorme trascendencia e interés social derivados de la influencia de los factores psicológicos en la conducta política se articularon con el efecto que los diferentes sistemas políticos tienen sobre los procesos psicológicos (Sabucedo, 1996, p. 17).

Resultado de esta apuesta, la psicología política busca integrar métodos y enfoques de acercamiento a los objetos de análisis tanto desde la ciencia política como desde la psicología; para lo cual se distancia de la ciencia política en cuanto no concibe la conducta del hombre solo desde la clásica perspectiva racional economicista, característica de Hobbes por ejemplo. Sino que complementa esta visión investigativa con enfoques que desde la psicología permiten aportar elementos para comprender lógicas individuales, y relacionales que tienen que ver más con estados afectivos, deseos individuales, fenómenos grupales, entre otros (Sabucedo, 1996).

La interdisciplinariedad es entonces una de las marcas características de la psicología política y Greenstein (1973) ofrece una serie de argumentos para justificar su existencia. Según el autor, los fenómenos psicológicos no son independientes de los políticos, y en la misma medida, creando un fuerte vínculo positivo de relación mutua, los fenómenos políticos se ven afectados por los estados psicológicos y emocionales de aquellos individuos que componen las comunidades políticas (a la hora de citar a elecciones, por ejemplo); sin embargo, establecer las conexiones entre uno y otro campo es complejo debido a que por lo general son indirectas; hecho que justifica la creación de una psicología política que facilite la posibilidad de su estudio. Una de las consecuencias de operar tal cambio en la

metodología investigativa de estos fenómenos psicológicos y políticos sería poder explicar con detalle esas mismas interacciones aparentemente indirectas. Además esto permitiría superar, afirma Greenstein, la brecha existente entre la ciencia política –psicológicamente ingenua-, y la psicología, para la cual la realidad política no precisa, por lo general, de ningún abordaje analítico, pues su influencia resulta muy sutil o demasiado compleja.

Con el fin de reforzar esta conexión, Sabucedo, citando directamente una de las más celebres frases de Lasswell, afirma que “El hombre político es el producto de motivos privados, desplazados sobre un objeto público, y racionalizado en términos de interés público” (1996, p. 20). De lo anterior puede inferirse el claro interés y la motivación irrenunciable por buscar en la psicología la explicación más clara de aquellos móviles que llevan a los hombres a involucrarse en un asunto que va más allá de su universo inmediato, y que tiene fuerte implicación en los cambios sociales propios de esferas mucho más amplias. Según la lógica expuesta, la psicología política de Lasswell tendría matices característicos de procesos psicológicos y sociales tales como motivación, conflicto, percepción, aprendizaje, cognición, socialización, génesis de actitudes y dinámicas de grupo, personalidad y psicopatología del individuo; factores que serían analizados y relacionados siempre como causas e indicadores formales del comportamiento político.

Stone (1988) no se aleja mucho de la concepción que busca encontrar en la psicología los motivos explicativos del comportamiento político pues, según su punto de vista, la psicología política es aquella disciplina que, gracias al estudio de los procesos psicológicos, coadyuva a develar los móviles de la conducta política; agrega además que una manera óptima de comprender los efectos y la constitución psicológica de los sujetos es recurrir al contexto, la historia, y los sistemas y acontecimientos políticos que los rodean.

Al respecto, Sabucedo (1996, p. 21) retoma las definiciones de Hermann (1986) y Deutsch (1983), el primero “(...) entiende la psicología política como una interacción

entre procesos psicológicos y fenómenos políticos. Pero en ambos casos, la referencia a esa interacción no supone el abandono del enfoque psicológico individual”. Deutsch, por su parte, señala que “La psicología política tiene por objeto el estudio de la interacción de los procesos políticos y psicológicos, osea que comporta una interacción bidireccional”. De suerte que, en la perspectiva de ambos autores, las actitudes y procesos cognitivos influyen y determinan la forma en que son tomadas y ejecutadas las acciones políticas, del mismo modo en que, a la larga, la adopción de ciertas decisiones políticas repercute sobre las aptitudes cognoscitivas.

Martín Baró (1991) en su análisis sobre el objeto de la psicología política atina a ofrecer una definición un tanto más amplia y menos “psicologicista” de la disciplina; afirma que la clave para poder entender un comportamiento como político está en la relación e impacto que produce en un orden social determinado, de manera que solo aquellos comportamientos que tengan efectos significativos sobre el sistema social, bien para mantenerlo, bien para cambiarlo, serían considerados políticos, y por ende representarían interés para la psicología política.

Se va estableciendo así un marco que dicta que no necesariamente es el Estado —o sus correspondientes instancias— el campo constitutivo para el análisis de la psicología política; en lugar de esta visión restrictiva e institucional que busca aplicar el conocimiento psicológico al estudio de la conducta política en los linderos estatales, se trata de aseverar que:

“La psicología política consiste en el estudio de las creencias, representaciones, o sentido común que los ciudadanos tienen sobre la política, y los comportamientos de éstos que, ya sea por acción u omisión traten de incidir o contribuyan al mantenimiento o cambio determinado orden socio-político” (Sabucedo, 1996, p. 22)

La definición planteada debe complementarse con una advertencia necesaria. No se trata solo de asumir que existen dimensiones psicológicas universales factibles de ser transversalizadas a todas las comunidades con el fin de crear categorías de interpretación generales para los diferentes comportamientos políticos. Asumir esta

condición como cierta implicaría desconocer fenómenos históricos y socio-culturales en los que esos mismos procesos y comportamientos tienen lugar, y que, como se ha visto, influyen e inclusive moldean la forma en que los procesos cognitivos operan. Condensar en el análisis esas dos dimensiones, es decir, la esfera política y la naturaleza psicológica de los individuos, justifica entonces la vocación claramente interdisciplinaria de la psicología política, definida de mejor manera por su pluralidad que por su uniformidad teórica y metodológica.

Pero esa misma justificación a propósito de la interdisciplinariedad y la pluralidad en métodos y teorías obliga, según los fines del presente trabajo investigativo, a delimitar y detallar un campo específico dentro de la gran vertiente de temas propios de la psicología política. Como se dijera en algún momento, los tópicos desarrollados desde hace ya más de cuatro décadas por la disciplina en cuestión han estado vinculados con el liderazgo, la socialización política, las actitudes socio-políticas, el autoritarismo, la participación y acción política, la opinión pública, el conflicto, las relaciones internacionales y la comunicación política. Sin desconocer que la mayoría de estos temas se traslapan e imbrican constantemente dada la complejidad del mundo social, es necesario, en términos analíticos, desagregarlos para resaltar solo aquel que tiene mayor preeminencia sobre los demás en el enfoque teórico del presente manuscrito.

La comunicación política es el campo a partir del cual se desarrollan los capítulos subsiguientes; hecho que el lector comprenderá en el momento que se encuentre con categorías como persuasión, discurso, lenguaje, dimensiones simbólicas y representacionales, entre otras. La comunicación política tiene fuertes vínculos con los estudios sobre opinión pública, trabajos clásicos como los de Lazarsfeld y Berelson (1948) no solo se ocuparon, según se ha comentado, de develar los móviles y variables explicativas de la conducta electoral; además sus investigaciones sobre actitudes y persuasión, influencia y conformidad, relaciones intergrupo y percepción social, y la permeabilización de los medios y los mensajes sobre estas diferentes categorías posicionaron como temas de interés capital en

la agenda investigativa las tesis y fenómenos vinculados con la comunicación política.

Los estudios sobre opinión pública tienen un interés primordial para la comunicación política, pues señalan la manera en que las preferencias de los sujetos —entendidas como opiniones—, pertenecientes a un ámbito territorial delimitado encuentran cabida, identificando además las esferas a las que esas mismas preferencias se encuentran vinculadas. Son dos vías las que pueden resaltarse en las investigaciones sobre opinión pública, por un lado, la que puede abstraerse de la opinión pública en general, por ejemplo cuando un porcentaje de ciudadanos da cuenta de su opinión eligiendo determinado candidato. La Segunda, y que más interesa para la línea de comunicación política en psicología, tiene que ver con la forma en que cada uno de los individuos que compone esa misma opinión pública general termina por formar su propia opinión particular, respecto a un objeto específico. Opinión que en la mayoría de los casos no es aislada, pues se construye a partir de la relación con los universos simbólicos de los demás miembros pertenecientes a un mismo grupo social, y especialmente, a partir de la influencia y movilización direccionada por los mensajes y discursos a los que los individuos tienen acceso. De esta manera, indica Sabucedo (1996), se hace posible señalar una triada constitutiva de la opinión pública: el sujeto o sujetos que opinan o indican sus preferencias, el objeto o estado de cosas a partir de cual se genera dicha opinión, y el ámbito o contexto sobre el cual tal opinión termina por generar un impacto simbólico y/o material. Es el ámbito el que permite hacer el anclaje entre los estímulos que han generado la opinión y las consecuencias que ese estímulo pueda tener en el mundo político. En síntesis, es la comunicación política el instrumento a través del cual una agencia (élite) puede direccionar una visión particular del mundo sobre un sujeto o grupo de sujetos, en aras de motivar una reacción particular, para mantener o modificar el escenario político y de toma de decisión en el que dicha visión tiene origen.

Los estudios sobre opinión pública y comunicación política tienen además gran relevancia por la transición hecha a propósito de la manera en que se concebían sus efectos. Es claro que entre el agente que emite un mensaje y el individuo que lo recepciona existen variables que tamizan o median dicha transmisión. Katz y Lazarsfeld (1977) resaltan a la exposición al mensaje, al medio, el contenido y las predisposiciones como los agentes mediadores más influyentes en la relación entre emisor y receptor. Agentes que permiten afirmar, en clave psicológica, que el individuo no es una tabula rasa, recibiendo información de forma pasiva y actuando conforme a la directriz interpretada; al contrario, debe tenerse muy en cuenta para el análisis de los efectos en la transmisión del mensaje tanto al individuo, con sus creencias, temores, prejuicios y predisposiciones, como a las redes sociales a las que él mismo pertenece. Esta afirmación se enmarca en la teoría del doble flujo de la comunicación, según los autores; “(...) sugerimos, en otras palabras, que la respuesta de una persona a una campaña —política— no puede preverse sin tener en cuenta su ambiente social y el carácter de sus relaciones interpersonales” (Katz & Lazarsfeld, 1977, p. 27).

Esta perspectiva crítica frente a la creencia del poder desbordado de los medios de comunicación, da preminencia a la influencia aun mayor de los procesos internos —psicológicos— de los sujetos. Perspectiva reforzada por las investigaciones que habrían de mostrar la poca capacidad que los medios tienen para influir de manera unidireccional sobre la conducta electoral, así como a la existencia de fenómenos, como el de la exposición selectiva por ejemplo, que limita y mediatiza la información de los medios (Sabucedo, 1996).

En la misma línea, Sabucedo (1996, p. 158), citando a Noelle Neumann con el mismo fin de relativizar la influencia directa de los medios y destacar el proceso psicológico que da forma al mensaje, destaca “(...) la tendencia imperante consiste, más bien, en centrarse en la forma sutil e indirecta a través de la cual los medios forman nuestra percepción del entorno”. Es importante entonces comprender, en clave de la psicología política, que no se trata solo de pensar en la influencia externa

que antecede y determina en todo caso las conductas de los sujetos, ni de creer que el individuo es un agente blindado frente a cualquier estimulación externa que pretenda persuadirlo. La importancia del asunto estriba en asimilar la idea de que ambos procesos —el comunicativo y el psicológico— se conjugan y que, según las características mediáticas, culturales, históricas y personales de ese mismo procesos de conjugación, se desprende al final una visión y conducta particular del sujeto frente al medio que lo influencia. De allí la importancia de destacar el papel de la comunicación política, pensando en los sujetos y en la potencial influencia que puede tenerse sobre los mismos en escenarios complejos de toma de decisiones sociales y políticos.

La influencia de los mensajes y la comunicación sobre la cognición de los individuos es importante, además, porque deviene en una de las principales fuentes de información, a partir de la cual esos mismos sujetos ven, entienden y dan cuenta de la realidad que los circunda. Moldeando así actitudes y juicios hacia diferentes temas políticos. Los mensajes percibidos dan cuenta, por una parte, de los temas definidos y priorizados según la coyuntura, por la agenda política y mediática, pero además, tendrán injerencia sobre la manera en que serán percibidos y considerados por los diferentes círculos sociales a los que se dirigen (Katz & Lazarsfeld, 1977).

Pese a que han sido expuestos pocos ejemplos entre la gran cantidad de tipos de influencia que la comunicación política puede ejercer sobre los individuos a la hora de enrutarse el discurso o influenciar sus conductas, se añade finalmente un caso que tiene que ver puntualmente con la injerencia de los medios de comunicación sobre el comportamiento electoral. Este es el del reforzamiento o detrimento de la credibilidad, honestidad y competencia de los líderes que aspiran a ser elegidos por los ciudadanos en una circunscripción determinada. Las características mencionadas resultan ser las que tienen mayor peso e importancia en la conquista del favor de la audiencia y son importantes en la medida en que dependen en múltiples sentidos de la percepción social y psicológica que los individuos receptores de los discursos y mensajes de los candidatos políticos se hagan de los

mismos (Sabucedo, 1996). De esto puede abstraerse que, a la hora de destacar los elementos discursivos que influyen sobre los individuos, no solo se trata de analizar la información disponible en medios y del proceso de interpretación que los sujetos hacen sobre la misma, sino además de la manera en que características comportamentales y de personalidad de los candidatos políticos pueden potenciarse o menguarse, con el propósito de alcanzar niveles persuasivos mucho más depurados.

Ha quedado claro el panorama histórico que en terminos académicos e investigativos permite hablar tanto de la psicología política como una disciplina independiente, así como de la importancia y amplia justificación del abordaje interdisciplinar de los fenómenos. Ahora se buscará mostrar cuáles son los conceptos clave del trabajo investigativo que se desarrolla, con el fin de completar el panorama teórico y disciplinar que permita crear el marco de referencia para el análisis del discurso nacionalista como ejemplo de un dispositivo persuasor exitoso.

## **2. El Discurso**

En 5 de sus 10 acepciones, El diccionario de la Real Academia de la lengua española, describe al discurso como:

- Reflexión raciocinio sobre antecedentes y principios
- Serie de palabras y frases empleadas para manifestar lo que se piensa o siente
- Razonamiento o exposición sobre algún tema que se lee o pronuncia en publico
- Doctrina, ideología, tesis o punto de vista
- Escrito o tratado de no muchas extensión, en que se discurre sobre una materia para enseñar o persuadir.

Según Alcolea (2011), cuyo trabajo se enmarca en la filosofía, específicamente en la lógica y la teoría de la argumentación, el discurso, escrito o hablado, comprende diferentes niveles que le dan una forma y orientación específicas, a saber; estructuras sonoras y visuales (multimedia), la sintaxis (estructuras formales de las oraciones), la semántica (las estructuras del sentido y la referencia), la pragmática (actos de habla, cortesía, funcionalidad, etc.), la interacción y la conversación, los procesos de representaciones mentales de la producción y comprensión del discurso, y las relaciones de todas esas estructuras con los contextos sociales, políticos, históricos y culturales.

Tomando en cuenta solo la mitad de las 10 acepciones expuestas por la RAE, además de la desarrollada por el catedrático Alcolea, puede advertirse desde ya el inmenso número de significaciones y propósitos que la noción de discurso evoca. Según los alcances del texto que se desarrolla, podremos convenir en que, básicamente, el discurso habrá de entenderse como una serie de frases, palabras, imágenes y sonidos producidos por un actor particular sobre un tema específico, (Doctrina, tesis o punto de vista), dirigido a un auditorio determinado, con el propósito de informar, enseñar y especialmente persuadir<sup>2</sup>.

Según esta definición convenida a partir de la categorización hecha por la RAE, y de la estructura expuesta por Alcolea (2011), se destaca la funcionalidad que tiene el discurso según actores y propósitos fijos, así como la manera en que éste se vincula e interactúa con representaciones mentales – de producción y comprensión del discurso-, en contextos sociales, históricos y especialmente políticos.

La orientación que se asumen del término es de corte funcional; el discurso (oral, escrito, visual, sonoro) es la muestra de la intención que tiene un actor por influir

---

<sup>2</sup> Para el desarrollo del presente apartado tomo en cuenta, dada la multiplicidad de enfoques y acepciones, la propuesta elaborada por el lingüista Van Dijk (2001), su postura crítica y el reconocimiento de los alcances así como de la funcionalidad del discurso en relación con nociones como la política y el poder, permite enriquecer mucho más la visión y propósitos que encausan el desarrollo del presente capítulo.

sobre un auditorio o público determinado, convirtiendo así al discurso mismo en acción específica. Según esto, el lenguaje se utiliza esencialmente para desarrollar acciones (Searle, 1969). Esta Perspectiva funcionalista y de orientación al logro a partir de acciones discursivas es también compartida por Van Dijk (2001, p. 28) “la mayoría de las acciones son ejecutadas intencionalmente para realizar o producir alguna otra cosa, esto es, otras acciones, sucesos, situaciones o estados mentales; es decir, las acciones tienen metas, y esto hace que sean significativas o tengan un sentido, se orienten según propósitos”. Este enfoque precisa entender que el discurso se da en el marco de prácticas sociales y entre personas que interactúan verbalmente, permitiendo así la existencia de eventos comunicativos en escenarios precisos; tres son las categorías inmersas en esta definición de discurso: el lenguaje (no solo verbal), la cognición y la interacción en contextos socioculturales<sup>3</sup>.

Esto nos ubica además en un plano particular, según el cual, “los usuarios del lenguaje utilizan activamente los textos y el habla no solo como hablantes, sino también como miembros de categorías sociales, grupos, profesiones, organizaciones, comunidades, sociedades o culturas” (Van Dijk, 2001, p. 22); por lo que esta forma de interactuar en diversos contextos, y con fines diferenciados, lleva también a que el lenguaje, en especial el discurso, termine por obrar como un agente a través del cual se reafirman o contradicen roles y posiciones. El discurso no solo indica o manifiesta, también modela y recrea la realidad de quien lo percibe y solo en este sentido puede existir: “lo que prevalece suele ser la perspectiva y la interpretación del otro: la actividad discursiva se vuelve socialmente “real” si tiene consecuencias sociales reales” (p. 30).

Según esta línea argumentativa, es válido afirmar que el discurso no se suscribe solo a la interacción e intercambio de individuo a individuo, pues esta presente en

---

<sup>3</sup> La idea de contexto es esencial para entender la noción de discurso. A propósito, Van Dijk (2001) hace una importante reconstrucción e interpretación del término. Interesa señalar, sin embargo, que, según los alcances de la tesis que se desarrolla, esta noción de contexto estará especialmente ceñida a la idea del poder, y a la manera como ciertos grupos en ciertos contextos hacen uso del discurso para conservarlo, acrecentarlo u obtenerlo.

contextos sociales más amplios. Los actores principales para el ejercicio discursivo son entonces: los grandes grupos de interés, los emisores y receptores de discursos (como los nacionalistas, por ejemplo), aquellos colectivos que detentan el poder y busquen legitimarlo (instituciones gubernamentales, candidatos electorales), o quienes deseen acceder a él (grupos de reivindicación, movimientos sociales).

El discurso no remite solo a la emisión de un mensaje cifrado a través de un medio específico, ya que también involucra un marco general de referencia; trasfondo o contexto que ayuda a entender dicho discurso como el producto de la interacción social, y no solo como un residuo cognitivo abstracto que se emite y analiza de forma aislada. Así, “Este contexto puede involucrar parámetros como los participantes, sus roles y propósitos, además de propiedades de un marco, como el tiempo y el lugar. El discurso se produce, comprende y analiza en relación con las características del contexto” (Van Dijk, 2001, p. 32).

Haciendo una salvedad, éste discurso emitido en escenarios precisos no está determinado por el contexto de manera unidireccional, sino que, además, el primero influye también en el diseño y comprensión del último; esto significa que “los discursos son una parte estructural de sus contextos, y sus estructuras respectivas se influyen mutua y continuamente”, adicionalmente, “los contextos son interpretados o construidos, y estratégica y continuamente producidos como hechos relevantes por y para los participantes” (Van Dijk, 2001, p. 38).

Como se ha visto, los participantes desempeñan una función primordial dentro de las lógicas de emisión y recepción discursivas. Debe haber constancia clara de que en ningún caso los receptores de los mensajes son entes pasivos que reciben y almacenan información. Son relevantes los participantes o actores como elementos constitutivos del discurso en la medida en que se entiende que “las personas adaptan lo que dicen –cómo lo dicen y cómo interpretan lo que otros dicen- a algunos de sus roles o identidades, y a los papeles de otros participantes” (Van Dijk, 2001, p. 33). Hecho que influye, además, en la potenciación o en el detrimento de

los fines y objetivos con que dichos discursos puedan llegar a ser o hayan sido emitidos.

A propósito de los actores o participantes, debe mencionarse que, en la medida en que no son simples receptores pasivos de aquello que se les dirige, terminan por involucrar también (a la lógica discursiva y contextual) toda una serie de fenómenos mentales y cognitivos. Es apenas obvio suponer que para la decodificación de un discurso (darle un sentido a lo que se lee o se escucha), y más aún, para producir un cuerpo textual objeto de interpretaciones precisas, hace falta un grado más que básico de conocimiento, tanto de la lengua y el medio que se utiliza para vehicular el discurso, como del contexto en el cual es emitido. Este grado de conocimiento básico lleva inclusive a que pueda admitirse, según Van Dijk (2001), que a esos actos lingüísticos habrán de atribuírseles también ciertos propósitos, intencionalidades o planes.

Ahora bien, es de fundamental importancia destacar que el conocimiento y las operaciones mentales básicas sirven no solo para escuchar, leer o ver el mensaje, con el fin de decodificarlo. El procesamiento cognitivo permite que quienes perciben el mensaje pongan en juego sus creencias previas, propósitos, emociones y prejuicios. Merced a esto, es posible que pueda al final sustraerse un sentido y propósito, que se haga efectivo o no el objetivo del mensaje y que puedan llegar o no a modificarse los esquemas mentales de los receptores:

Implica esto que la audiencia receptora cuente de entrada con esquemas cognitivos que le permitan inscribir en ellos aquello que ve, oye o lee; "No hay repercusión si antes no se han construido unos marcos mínimos de conocimiento de lo que se pretende hacer pasar. Debe haber una cognición compartida, una cognición de grupo, unos prejuicios de grupo, unas actitudes de grupo" (Van Dijk, 1994, p. 10,11).

Tanta relevancia cobran dichos procesos mentales y cognitivos para la emisión y recepción de los discursos que inclusive los contextos mismos llegan a estar determinados por tales procesos, en la medida en son también producto del pensamiento de aquel a quien se dirige el mensaje. Según esto se afirma que "Los contextos son construcciones mentales (con una base social), o modelos en la

memoria. Como el significado y otras propiedades del discurso también se manejan mentalmente, esto explica el vínculo fundamental entre el discurso y el contexto” (Van Dijk, 2001, p. 38).

Como construcciones mentales, los contextos llegan a ser también representaciones subjetivas, tanto así que, de no existir dichas representaciones subjetivas sería más que obvio pensar que el significado de un contexto sería siempre igual e invariable para cualquier número de personas que en él estén inmersas. Una situación determinada tendría siempre el mismo efecto sobre los usuarios del lenguaje involucrados en dicha situación. Por lo que:

además de su definición social acostumbrada, los contextos también necesitan una definición cognitiva que permita dar cuenta de la variación personal y la subjetividad, además de explicar el modo en que las estructura sociales pueden influir sobre las estructuras discursivas ‘por medio de’ la mente de los miembros sociales (Van Dijk, 2001, p. 39).

Puede ahora comenzar a tomar forma el propósito esencial planteado para este apartado, a saber: que el discurso, desde esta perspectiva funcional, toma en cuenta no solo la cognición y propósitos de quienes lo producen, sino también los referentes mentales y contextuales de quienes lo perciben, operación que le permite insertarse de manera directa en toda una estructura social compleja e influir en la forma en que las personas ven, actúan e interpretan su realidad.

Es gracias a esto último que se hace posible, por ejemplo, vincular dispositivos ideológicos con la forma individual de percibir la realidad, y así, reproducirlas socialmente, pues llegan a ser representaciones mentales propias de los individuos. Estas mismas representaciones tienen también una naturaleza funcional, puesto que, en un sentido práctico, las ideologías “no le dicen directamente a cada miembro social como actuar en cada situación, más bien sirven para que los grupos desarrollen representaciones compartidas, generales y mutuamente coherentes en dominios grandes o problemas importantes de la vida social y cultural”; además de esta función social de coordinación para los grupos, “Las ideologías tienen también funciones cognitivas de organización de las creencias (...) les dicen a las personas

cuál es su “posición” y que deben pensar acerca de las cuestiones sociales” (Van Dijk, 2001, p. 53).

En definitiva, puede afirmarse que el discurso es una forma clara de acción, una actividad humana emitida de forma controlada y con repercusiones sociales, cargada de intenciones y propósitos, que puede potencialmente influir en la manera en que los individuos, primero de forma aislada, y luego de manera colectiva, perciben en un principio el contexto que les rodea, y paulatinamente un sistema mucho más amplio, en el que, sin duda, están inmersos. Por ejemplo, los habitantes de una pequeña villa francesa, testigos de las reivindicaciones nacionalistas promovidas en un principio por un número reducido de ciudadanos, terminarían adhiriéndose a estas y formando parte de un sistema colectivo mucho más amplio y complejo que defendería una nueva soberanía popular en el territorio galo.

Finalmente, y en razón de lo que se ha venido insinuando a propósito de este enfoque particular del discurso, debe precisarse, y esto se complementará con los referentes teóricos que habrán aun de desarrollarse, que la forma en que en la presente investigación tratará la noción de discurso, está íntimamente ligada con la política y el poder. Por política apelo a una suerte de fenómenos que están en todas partes: palabras, gestos y acciones se direccionan y proyectan políticamente, en un universo social expandido más allá de lo institucional, para lo cual termino “(...) considerando lo político en un sentido amplio, en tanto posicionamiento valorativo de un individuo o grupo frente al conjunto de la comunidad que lo integra” (Mangone, 1994, p. 15).

Esto implica ir más allá de los lugares comunes a los que por antonomasia está reservada la política; gobernantes, presidentes, congresistas, partidos y movimientos políticos, etc. Lo que hace, claro está, mucho más compleja la definición y delimitación del término pero que, al mismo tiempo, permite pensar el fenómeno del discurso político en un marco social mucho más amplio y enriquecido. De suerte que la significación no se limita al hecho de que el mensaje sea emitido

por un político, o que tenga de entrada un contenido político, sino además, “(...) desde ya, el uso de los discursos o sus efectos pueden (lo son de hecho en casi todos los casos) ser políticos, pero con el fin de descubrir lo estrictamente político, será útil siempre vincularlo con la cuestión de la lucha directa o formal por el poder” (Mangone, 1994, p. 27).

Espero ahora sí dejar mucho más claro el vínculo pretendido desde un principio entre el discurso y la funcionalidad que llega a tener para un grupo particular. No se trata solo de pensar el discurso político-funcionalista como una fuente hegemónica y legitimadora del poder de las élites pues, ese mismo discurso, puede también ser utilizado por movimientos reivindicativos para disputar y conquistar las mismas posiciones de poder que detentan las élites. Puesto que “la forma última de poder es influenciar a las personas hacia lo que se quiere y el discurso puede influenciar la sociedad a través de las cogniciones sociales de éstas” (Van Dijk, 1994, p. 10).

Doy paso ahora a la siguiente categoría, que parece desde ya se revela necesaria. Se trata del poder, de la forma en que habrá de entenderse y de los propósitos que le son confinados.

### **3. El poder**

El poder<sup>4</sup> puede ser entendido, afirma la RAE, como el dominio, la facultad, imperio y jurisdicción que alguien tiene para mandar o ejecutar algo<sup>5</sup>. Idea que lo sitúa de inmediato en un escenario de disputa, ya que por razones lógicas, para que alguien domine, mande o ejecute sobre algo se hará necesaria una contraparte sobre la que

---

<sup>4</sup> Elaborar una tipología del poder en el sentido estricto del término sería una empresa que además de compleja escapa lejos a los propósitos del actual trabajo de grado. Es por esto que, apelando al buen juicio y a autoridades académicas de amplio reconocimiento, retomo la elaboración hecha por el pensador y teórico político Norberto Bobbio, en su diccionario general de política. Diccionario que es además el producto de la puesta en discusión y conciliación de diversas corrientes teóricas y filosóficas a propósito del concepto.

<sup>5</sup> Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Recuperado de <http://lema.rae.es/drae/?val=poder>

se dirijan estas intenciones. A la naturaleza del poder le subyace entonces una contraparte sobre la cual se ejerce influencia o frente a la que éste mismo está en disputa; no puede aceptarse la existencia del poder si no existe, junto al individuo o grupo que lo ejerce, otro individuo o grupo que llegue a comportarse de la forma en que el primero lo desea (Bobbio, 2005).

Debido a que el trabajo que se desarrolla está vinculado con las lógicas sociales y, por ende, con los individuos, se delimita desde ahora el concepto; entendiendo al poder como fenómeno producido específicamente en un contexto social y humano. Desde esta perspectiva, se hace pertinente adoptar la tesis propuesta por Van Dijk (1994) que apunta a vincular la noción de poder con la de control, pues en muchos sentidos tener poder sobre alguien es también *poder* controlarlo, y viceversa, pues cuando un individuo o colectivo se aparta de las lógicas de poder a las que estaba supeditado, termina por dejar de ser controlado y regulado. Control y poder se manifiestan de manera clara sobre dos dimensiones: los actos y la mente de las personas. Según Van Dijk, los actos pueden controlarse de manera directa o indirecta, el control directo es casi siempre el control coactivo. Althusser (1970) dirá que, verbigracia, el Estado impone instrumentos represivos que ejercen una coerción directa para lograr dicho control (ejército, policía).

En cambio, en su forma más elaborada, indirecta y sutil, el poder busca controlar los actos y, más allá de ellos, el pensamiento, no de forma directa y coactiva sino por medio del control mental; Van Dijk (1994, p. 11-12) sostiene que “El poder moderno consiste en influenciar a los otros por medio de la persuasión para lograr que hagan lo que se quiere”, para lo cual el discurso deviene en herramienta fundamental. Más adelante el autor insiste en que “El discurso es poder y la persuasión es el mayor controlador de actos lingüísticos en la modernidad”. Se acepta así que el poder es mental y discursivo; poder controlar las representaciones mentales es también poder controlar los actos.

Por supuesto que esto no es nuevo. Althusser, citado por Mattelart (1997), lo ha descrito muy bien para diferentes momentos de la civilización, denotando que existen aparatos que cumplen funciones ideológicas <<aparatos ideológicos del Estado>>, “Estos aparatos significantes (escuela, Iglesia, medios de comunicación, familia,) tienen la función de asegurar, garantizar y perpetuar el monopolio de la violencia simbólica, la que se ejerce en el terreno de la representación” (p, 64-65).

De suerte que, gracias a estos mecanismos mucho más refinados de control, una clase con poder termina por legitimar y ejercer su influencia sobre las demás. Ni en sentido económico ni en sentido práctico resulta viable ejercer siempre y en todo momento un control directo y coercitivo sobre las personas. Bien lo decía Goebbels, citado por Beccassino (2003, p. 63): “El problema central del poder era atraer seguidores y mantenerlos adictos, y que la única solución efectiva para resolver ese problema era el uso de la propaganda”, aclarando que en este caso, la propaganda funge solo como un mecanismo más a través del cual se ejerce el control indirecto sobre un determinado grupo de personas.

De manera que, cuando logra ponerse en juego de forma real y directa la posibilidad de determinar la conducta de otros, el poder deja de ser solo una posibilidad y deviene en acción, en *ejercicio real del poder*. Así que la distinción se hace no solo entre el poder directo e indirecto, sino además entre el poder como posibilidad o potencial y el poder efectivamente ejercido (Bobbio, 2005).

Una de las formas más elaboradas de ejercer el poder de forma indirecta es la persuasión; ella busca influir sobre el pensamiento y las representaciones mentales de las personas, modificándolas a favor de cierto orden u objetivos preestablecidos. Esto puede hacerse –convencionalmente es así-, desde las élites sobre el pueblo, pero también, manifiesto abiertamente, puede llegar a ser ejercido por un grupo sobre otro sin que necesariamente medien instituciones estatales o clásicamente hegemónicas.

Comienza a vislumbrarse una virtud central y fundamental que ha llevado a un sinnúmero de teorías y cambios históricos, esta es, la de la conquista del poder, su mantenimiento, legitimación y expansión. Hechos que no remiten solo a la ambición o apetitos mórbidos de los tiranos que lo ostentan sino, esencialmente, a la capacidad de acción; lo contrario a la impotencia, el no poder.

El poder no es solo una categoría abstracta, sino además, un escenario apetecible que ofrece la posibilidad de ser conquistado en función de ejercer mayor influencia de un sujeto o grupo sobre otro:

“El poder se precisa y se convierte de genérica capacidad de obrar, en capacidad del hombre para determinar la conducta del hombre: poder del hombre sobre el hombre (...) el hombre no es solo el sujeto sino también el objeto del poder social. Poder social como la capacidad de un hombre de impartir órdenes a los hijos, o la de un gobierno de impartir órdenes a los ciudadanos” (Bobbio, 2005, p. 1190).

Esto es así porque el poder es una categoría factible de ser ejercida solo entre los seres humanos (bien como individuos, bien como colectivos). Según Bobbio, el poder no reside en ninguna cosa, ni en el dinero como pensarán algunos, pues si al individuo que busca determinarse dejan de importarle los asuntos materiales, el poder pierde toda su capacidad de influencia. De allí que sea posible argumentar que “El poder reside pues en el hecho de que hay otro y que éste se ve inducido por mí a comportarse según mis deseos” (Bobbio, 2005, p. 1191).

No basta, sin embargo, describir el poder como una fuerza que mantiene la tensión entre dos actores, uno que lo ejerce, y otro que lo acoge. Para ser comprendido, el poder precisa de la ubicuidad, ello es, del escenario en que se ejerce. La relación planteada por el poder como fenómeno entre los hombres es siempre una relación triádica. Para determinar el poder debe también determinarse la esfera de actividades a la cual se refiere, pues inclusive “la misma persona o el mismo grupo pueden ser sometidos a varios tipos de poder relacionados con diversos campos” (Bobbio, 2005, p. 1191).

El poder real y efectivo es, como se sugería, la capacidad que tiene A de determinar la conducta de B, provocando intencionalmente cierto tipo de comportamiento en éste último. Según Bobbio, esto hace necesario ampliar la noción de poder, pues esta suerte de cosas introduce otro elemento fundamental y mediador, el del interés. Este último entendido como un estado meramente subjetivo, en la forma en que el comportamiento al que intenta inducirse es resultado del ánimo o interés del individuo o grupo que ejerce el poder.

Lleva esto a un cuarto elemento, que enriquece aún más la discusión y pone en dialogo directo la noción actual con la antecedente de discurso. Es claro que existe un escenario sobre el cual se sitúan mínimamente dos individuos o grupos (de nuevo A y B). Uno ejerce poder sobre el otro en la medida en que tiene la voluntad y el interés de hacerlo. El individuo o grupo receptor de dicha voluntad (B) — sometido al poder por ser más claros—, termina por ejecutar una conducta precisa según los fines de quien ostenta el poder (A), aclarando con esto que el grupo o individuo que así actúa no necesariamente tiene que tener la conciencia de que dicho poder opera sobre él. Aquí el cuarto elemento, además de los actores, el escenario y los intereses, indica que el comportamiento de quien ostenta el poder es además la causa de la conducta de quien se somete a éste último.

Es posible, bajo esta lógica, darle fuerza a la idea funcional del discurso, en la medida en que deja más que claro que una conducta emitida por un actor particular (para el caso un discurso), no solo tiene como propósito influenciar el comportamiento de otro, sino que además y especialmente termina por erigirse como la causa de dicho comportamiento. Se vinculan así propósito y acción, o lo que es lo mismo, discurso y construcción de un tipo detallado y específico de representaciones mentales que se traducen en acciones deseadas<sup>6</sup>. La relación de

---

<sup>6</sup> No sobra aclarar, por supuesto, que la anterior afirmación no funciona como las fórmulas matemáticas, es aún más riguroso señalar que no en todos los casos ni en todas las circunstancias en que el grupo dominante pretenda influenciar cierta acción o comportamiento, atendiendo a unos mecanismos precisos, logrará de forma efectiva conquistar dicho propósito. Bobbio lo ejemplifica así: "(...) decir que en un ejercicio de poder el comportamiento de A es causa del de B significa sólo

poder establecido es entonces una relación de tipo causal, de causación social para ser más específicos. Afirma Bobbio (2005, p. 1193) que “el comportamiento de A es condición suficiente para el comportamiento de B (Si tiene lugar el comportamiento de A tiene lugar el comportamiento de B)”.

De todas formas, y muy a pesar de lo tentativo de las soluciones directas y causales, es preciso llamar a la prudencia y el reposo. Es a todas luces claro que el poder está lejos de funcionar siempre de forma unívoca, unidireccional y con tasa de éxito categórico. Por lo general, quien es receptor de los hechos o acciones de poder (el grupo dominado por ejemplo) no es agente pasivo que ejecuta conductas según comandos precisos; esto es cierto en parte, como se veía, pero es también actor responsable y activo, que reacciona frente a los imperios a que se ve sometido y termina o no por acatarlos según las circunstancias. De otra forma, la manera en que habrá de actuar A está determinada en múltiples puntos por la forma en que B se relaciona con el mundo. De allí la necesidad de medios persuasivos bien elaborados, afinados y en consonancia con los preceptos, mitos comunes y aspiraciones del conjunto de personas o grupos que busca influenciarse.

Es ésta, según Bobbio, otra de las tipologías del poder, definido por el pensador como poder potencial; no sería otra cosa que la capacidad de determinar los comportamientos ajenos; el poder potencial no es ahora una relación de comportamientos, como sí lo es el poder real; El poder potencial es una relación entre actitudes para actuar: “por una parte A tiene la posibilidad de tener un comportamiento tendiente a modificar la conducta de B; por otra, si esta posibilidad es puesta en juego es probable que B tenga el comportamiento en el cual se concreta la modificación de la conducta deseada por A” (Bobbio, 2005, p. 1194).

Es esta última concepción la que mayor relevancia representa para los fines del actual trabajo académico. Pues reconoce una tensión e interacción entre dos

---

afirmar, por lo menos en muchos tipos de relaciones, que *a* es causa de *b* en ese caso *determinado*” (2005, p. 1193).

fuerzas que luchan por imponer un propósito deseado, pero deja claro que este objetivo no siempre es factible de ser conseguido; es decir, es una intención potencialmente probable, que deja sobre el papel una condición esencial, a saber, que el grupo o individuo que busca ejercer su poder tenga a su disposición los recursos necesarios y precisos para que esto llegue a ser realmente efectivo. (Bobbio, 2005, p. 1194). Esta nueva tipología más elaborada aún que aquella del poder real permite, entre otras cosas, resaltar la importancia de los recursos de los cuales se dispone. En nuestro caso, el discurso es a todas luces uno de los medios potencialmente empleables para ejercer poder de un grupo o individuo sobre otro.

Pero señalo de nuevo, solo un medio potencial, no suficiente, pues en todo caso, este nuevo papel mucho más activo que se le otorga al individuo o grupo objeto de ser influenciado deja abierta la posibilidad de que el medio fracase pues, en todo caso, dicho individuo o grupo podrá escapar a la intención de ser dominado, de resultar insuficientes los medios y recursos, y optar por una actuación que se desligue de los medios y objetivos del comportamiento al que se buscaba llevarle, según esto: “El poder potencial, como el actual (real), es una relación entre hombres: una relación que se quebranta si a los recursos de A no corresponde la disposición de B de dejarse influir” (...) “La probabilidad de que B tenga el comportamiento querido por A depende en última instancia de la escala de valores de B” (Bobbio, 2005, p. 1195).

Ahora bien, el hecho de verdad destacable en esta forma de influir de A sobre B tiene que ver con la acción que éste último decide ejecutar a convicción. En ese sentido, “B atribuye mayor valor al comportamiento que tiene después de la intervención de A, que al comportamiento que habría tenido en ausencia de tal intervención: en consecuencia podemos decir, que al final de la intervención, no hay conflicto de voluntad entre A y B” (Bobbio, 2005, p. 1197). De esta forma entonces, a la tensión inicial que plantea el fenómeno del poder, en la medida en que A busca influir sobre el comportamiento de B, le subyace, según el método que guie el ejercicio de dicho poder, la posibilidad de menguar o anular la conflictividad entre

ambas partes; de la forma en que es ejercido el poder, depende no solo el éxito del mismo sino también la posibilidad de que exista o no la aparición de conflictos<sup>7</sup> y futuras tensiones.

Con ánimo de delimitar aún más la cuestión a propósito de la comprensión y uso del poder, puede agregarse a las categorías de persuasión, discurso y audiencia activa, una que ya aparecía también en la noción de discurso, esta es la de política. Se hace necesaria por un asunto diáfano para muchos, éste es, en la medida en que el poder involucra intereses, motivaciones y deseos de influencia de un agente sobre otro, la pregunta por el poder se disgrega en infinidad de contextos.

Casi todas las personas, más allá de si les gusta o no votar, escuchar o no al Presidente venezolano Nicolás Maduro, o pensar en cambios institucionales para la ciudad que habitan, terminan también ejerciendo o siendo objeto del ejercicio del poder. Es tan simple como decidir quién va en la silla de adelante de un coche, a qué lugar ir a comer con un grupo de amigos o que película ver con la pareja.

Son todas estas situaciones comunes que involucran cierto ejercicio de poder e influencia, de allí la necesidad de llevar la cuestión al terreno de lo político aunque, como advertía en el apartado anterior, entendiendo que lo político no habrá de limitarse a lo institucional; sino que apunta más bien a escenarios amplios de discusión, tensión y toma de decisiones, en muchos casos entre grupos complejos y constituidos (coyunturalmente o de largo aliento). Esto además porque, más allá de los ejemplos cotidianos, que no dejan de ser interesantes, la política es por excelencia el campo en el cual el poder adquiere mucha más importancia y protagonismo. Al respecto, Parsons, citado por Bobbio (2005, p. 1199) define:

El poder en el sentido específico de poder político como “la capacidad generalizada de asegurar el cumplimiento de las organizaciones vinculadoras de un sistema de

---

<sup>7</sup> Una salvedad importante se deriva del hecho de entender que esta es una condición ideal, pues entre la persuasión y la manipulación existe un margen divisorio en extremo reducido, de forma que si B se da cuenta que su conducta ha sido influida por A, es muy posible que se dé lugar a conflictos entre las partes. Sobre la manipulación y el conflicto puede verse (Bobbio, 2005).

organización colectiva, en el que las obligaciones están legitimadas por su coesencialidad con los fines colectivos, y por lo tanto pueden ser impuestas con sanciones negativas, sea cual fuere el agente social que las aplica”

Debe llamarse la atención sobre esa última parte: pues no solo depende de los entes institucionales la potencial imposición de las sanciones, ya que cualquier agente social podrá hacerlo. El poder deviene así también en un elemento integrador del sistema, es propiedad del mismo, coadyuva a su estructura y funcionamiento; anclado, tanto al gobierno por ejemplo, como a fuerzas y grupos sociales que pueden dejar de reconocerlo primero y operar mecanismos para agenciarse ellos mismos con esa fracción de poder que ya no reconocen en quienes los representan.

Dicha cuestión final sobre el poder, y la circunscripción especial que de él hacemos a la dimensión política, a la necesidad de definirla. Como parece costumbre a lo largo del cuerpo textual construido hasta ahora, el de política es también un concepto esencialmente impugnable, polisémico, y con siglos de evolución; de allí el afán por definirlo según alcances y propósitos particulares.

#### **4. La política<sup>8</sup>**

Como es bien sabido, la palabra *política* se deriva del adjetivo griego polis, que puede ser definido como todo aquello que hace alusión o se refiere a la ciudad; en este sentido, ciudadano, civil, público, y también sociable. Claridad que es factible de hacerse de manera directa gracias a la influencia del filósofo griego Aristóteles (2007) en su obra *la política*.

---

<sup>8</sup> Así como con la noción de poder, la de política, por su esencia polisémica, dadas las múltiples definiciones desde donde se la ha caracterizado a lo largo de la historia, presenta serias dificultades para definirla sin terminar haciendo de este propósito toda una tesis en si misma sobre el concepto. Estimo entonces de gran aporte la elaboración de Bobbio (2005) a propósito del término. Renombrado catedrático y gran autoridad en la filosofía y teoría política, permite, basados en su diccionario general de la política, sintetizar posturas y adelantar definiciones precisas, coherentes y funcionales.

Un sentido bastante similar, de manera lógica, lo otorga la definición arrojada por la RAE; además de la relación entre política y los asuntos de Estado o de gobierno, el término alude de manera inmanente a lo público:

- Actividad de quienes rigen o aspiran a regir los asuntos públicos.
- Actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto, o de cualquier otro modo.

Preciso entonces que este término, al igual que los que lo anteceden, pese a tener vínculos claros con el Estado y la institucionalidad no se circunscribe a ella única y exclusivamente. Lo público es mucho más amplio y complejo de definir; pero, para el caso, puede convenirse que es todo aquello que involucra relaciones de poder entre agentes interesados en que sus opiniones y cosmovisiones sean tenidas en cuenta, e influyan en el rumbo de los destinos colectivos.

La política, teniendo como referente a la polis, o lo público, puede ser, según Bobbio (2005), sujeto u objeto. Como sujeto, pertenecerían a la política actos tales como ordenar (o prohibir) ciertos actos para los miembros que constituyen un núcleo social específico y ordenado, ejercer dominio exclusivo sobre un territorio, legislar, extraer y distribuir recursos. Como objeto, la política se vincula con acciones precisas encaminadas a conquistar, mantener, defender, ampliar, reforzar, abatir o trastornar el poder estatal (Bobbio, 2005). En uno y otro caso, quienes en últimas son afectados de operaciones y decisiones son los habitantes del territorio, los grupos que lo componen, y que mediante interacciones sociales complejas, entre las cuales se cuenta la asimilación o rechazo del poder, configuran un orden colectivo determinado.

Afirma Bobbio: “el concepto de política entendida como forma de actividad o de praxis humana está estrechamente vinculado con el del poder” (2005, p. 1215); siendo una de sus formas clásicas, como se veía, el de ejercer dominio sobre otros hombres a través de diferentes medios. El poder político se entenderá entonces

como aquel perteneciente a la categoría social según la cual un agente ejerce influencia sobre otro en lo que atañe a lo público; entre el gobernante y sus gobernados, entre soberano y súbditos, entre Estado y ciudadanos y, añadiría, a esta tipificación de Bobbio, grupos o movimientos sociales importantes para los escenarios de toma de decisiones.

Se supone entonces, siguiendo a Aristóteles desde la reconstrucción hecha por Bobbio, que el poder político -como una de las formas de ejercer poder de un hombre sobre otro- está apuntalado en el interés de quien gobierna y es gobernado. Haciendo una salvedad poco atractiva para quienes estudian las relaciones en la forma como se dan realmente y no en la que *deberían* darse. Dicha salvedad señala que el poder político, a diferencia del paterno o el despótico, está basado en el consenso, pues pretende representar los intereses de gobernantes y gobernados, lo que lo hace distintivo no de cualquier gobierno sino del *buen gobierno* (2005, p. 1216).

La salvedad anterior permite comenzar a hacer diferenciaciones históricas importantes. En ese sentido, la anterior obedece más a una clasificación del poder clásica en la que imperan las intenciones consensuadas para ejercer un buen gobierno por parte de todos los ciudadanos. En la modernidad en cambio, aunque se mantienen las características de ejercer dominio o influencia de un actor sobre otro, se hace énfasis ya, según Bobbio, no solo en el buen gobierno como punta de lanza y objetivo primordial (desde lo teórico por lo menos) sino también en los medios que posibilitan el ejercicio del poder político.

Tres son las categorías generales del poder en la modernidad: poder económico, poder ideológico y poder político. La primera defiende la idea, contrastable fácilmente en la realidad, de que los medios económicos, y en especial aquel que los posee, pueden condicionar el comportamiento del desposeído; el patrón sobre el trabajador por ejemplo. El poder ideológico “se basa en las influencias formuladas de cierta manera, emitidas en ciertas circunstancias, por una persona investida con

una cierta autoridad y difundidas con ciertos procedimientos, sobre un grupo particular de asociados” (Bobbio, 2005, p. 1217). El poder político, en un sentido estricto y radical, se diferencia de los dos primeros porque, de forma directa, apela al uso de la fuerza y la coerción. Es decir, ostentar el poder político es tener también el dominio y el control sobre los aparatos de violencia legítima, como el ejército por ejemplo. “El poder político es en toda sociedad de desiguales el poder supremo, el poder al que todos los demás están subordinados”, afirma Bobbio.

Sin embargo, y atendiendo a cierta contradicción que advertirá ya el lector, el poder político no es solo coacción. Es, empero, el poder que subsume a los otros poderes, y en todo caso, el uso de la violencia o la fuerza será la *extrema ratio* o acción final de imposición (Bobbio, 2005). El mismo teórico que venimos citando advierte que el poder político no se agota en el uso de la fuerza, esta es más bien una condición necesaria aunque no suficiente. Por lo que puede inferirse con toda tranquilidad que, como una de sus partes constitutivas, el poder ideológico toma lugar importante en el ejercicio del poder político.

Es esto precisamente lo que interesa para el caso: entender que, ejercido de forma correcta (bien encaminado a la consecución de su objetivo), dicho poder ideológico, coadyuva de manera directa en el ejercicio del político, tanto así que el ejercicio exitoso del primero podría evitar en muchos casos que el poder político deba recurrir a esa *extrema ratio* o razón última que es la violencia. Sin desconocer, y la historia lo atestigua, que en muchos casos el poder ideológico ha sido el germen preciso y más volátil del ejercicio de la violencia.

La tesis respecto a esta tipología, que sirve al propósito de este estudio, es entonces que el poder ideológico no riñe ni está escindido del político, más bien lo complementa o potencia. Pero como podrá verse de manera clara en el capítulo contenido en este mismo trabajo sobre la nación, pretender enfocarnos solo en el poder ideológico sería una desobediencia funcional, pues lo que trata de mostrarse es que los medios de persuasión y potenciación de los discursos existen no solo en

la medida en que sirven a ideologías particulares sino, sobre todo y de manera especial, como recursos para influir sobre la esfera política, bien como fuerzas institucionales o como grupos sociales independientes y reivindicativos. A este respecto se afirma:

(...) de la política y sus fines, la única cosa que puede decirse es que, si el poder político es, debido al monopolio de la fuerza, el poder supremo de un determinado grupo social, los fines que persiguen a través de la obra de los políticos, son los fines que un determinado grupo social considera de vez en vez preeminentes (Bobbio, 2005, p. 1219).

Los fines de la política no están dados sin más o fijados en la ruta de los colectivos por antonomasia. Estos fines se ponen en dialogo con la realidad solo en la medida en que quienes los persiguen logran conquistar el espacio o escenario que así lo permite; Piénsese por ejemplo en el congreso, la presidencia o una alcaldía municipal. De allí la importancia de entender que la persuasión y el discurso son medios a través de los cuales los grupos pueden -y de hecho lo hacen-, acceder a dichas esferas de poder, y de esta forma transformar los fines propuestos desde el poder político.

La definición a convenir entonces —después de exponer brevemente la forma en que puede comprenderse la política—, señala que esta es por excelencia el escenario de ejercicio del poder, no necesariamente vinculado a la institucionalidad de Estado. Al ser cambiante, y sus fines dependientes del grupo que en determinado momento ostente el poder, deviene en meta o escenario posible de conquistar; esto de muy diversos modos, uno de los cuales es por supuesto el del discurso, aparejado a la persuasión. La psicología política, vista así, deviene en centro de gravedad de las apuestas teóricas y comprensivas por aportar elementos ligados, ya no tanto a las estructuras gramaticales directamente, sino más con los fenómenos emocionales y cognitivos convergentes que ejercen poderosa influencia sobre la manera en que los sujetos perciben y analizan tanto su mundo exterior como interior, para adoptar posturas a favor de ciertas propuestas y en ultimas, tomar decisiones.

Es por esto que ahora se da inicio a la definición de persuasión, con el fin de comprender un poco más la importancia e influencia de que dicha categoría goza, y por supuesto, comenzar a dar pistas sobre cómo la psicología aporta importantes elementos explicativos a favor de dicho medio.

## **5. La persuasión**

Se da inicio ahora al apartado final del presente capítulo, que ha pretendido exponer de forma breve y concisa las categorías conceptuales básicas transversales a la presente pesquisa, así como la forma en que ellas dialogan y se imbrican en este contexto investigativo.

Como categoría conceptual, la persuasión no podía estar alejada de la naturaleza de los conceptos que la anteceden, en la medida en que, a pesar de que apunta a un hecho básico y directo, ha sido objeto de múltiples desarrollos teóricos en un no despreciable número de diferentes disciplinas. La alternativa de solución es también la misma que se ha seguido en los anteriores apartados; se trata de tomar autores específicos, respetados en la materia y que elaboran un desarrollo semántico que, tanto desde la teoría como desde la práctica, aporta importantes luces a los objetivos del actual ejercicio.

Persuadir, en la forma infinitiva del verbo, señala según la RAE la voluntad por parte de un agente de inducir, mover u obligar a alguien con razones a creer o hacer algo. Así mismo, siguiendo a Roiz (2002, p. 45), denominamos persuasión "(...) al empleo de argumentos, verdaderos o falsos, por medio de técnicas de carácter lingüístico, semántico y psicológico para conseguir que determinados colectivos adopten ciertas creencias, actitudes y conductas acorde con las instituciones, fines u objetivos de quienes emplean la persuasión".

De estas definiciones será importante destacar dos hechos básicos que pueden ser concebidos como el núcleo central del significado que busca construirse; el primero es el de la necesidad de que existan por lo menos dos agentes, uno que persuade y otro que es el objeto de tal empresa persuasiva. El segundo es el de la búsqueda de la creencia o la acción producto del ejercicio persuasivo y del discurso direccionado; se persuade en función de algo, es decir, persiguiendo un fin. Destaco ambos elementos porque permiten anclar de una vez el término a las categorías antes desarrolladas, en la medida en que reconocen la existencia de mínimo dos partes involucradas, y dan preeminencia a los métodos indirectos de inducción a pensamientos o acciones, característica particular de la concepción de poder antes expuesta y transversal a la presente tesis de grado.

nuevamente Alcolea (2011), en el *Compendio de Lógica, Argumentación y Retórica*, es quien mayores pistas da sobre la forma en que puede reconstruirse el término, a partir de su análisis de las principales corrientes epistemológicas que han buscado definir el concepto.

Según esta reconstrucción, el fin principal de la persuasión estriba en el hecho de inducir a alguien a hacer o creer cualquier cosa a través de su convencimiento. Esta aproximación inicial lleva también a hacer una distinción fundamental entre persuadir y convencer. Convencer significa “inducir a un asentimiento racional (después de haber hecho comprender), mientras que persuadir significa conseguir que se crea algo o que se haga algo (intentando mostrar, a veces, los beneficios que seguirán de la creencia o de la acción)” (Alcolea, 2011, p. 450). La verdad de un hecho, por ejemplo, apunta más a la idea de convencer, ligada al pensar, que a la de persuadir; deduciéndose entonces que el persuadir, aunque en su base pretenda un mínimo de convicción, apela más al acto y a la emoción que a la razón más pura.

Aun así, pueden establecerse dos elementos en común; en primer lugar, persuadir al igual que convencer no es algo que se haga sobre alguien, sino algo que se hace

con alguien; debido a que ambos procesos son factibles solo en la medida en que los actores involucrados cuentan con los medios cognitivos necesarios para comprender y materializar el ejercicio. En segundo lugar, persuadir y convencer son actividades plenamente conscientes; persuadimos y convencemos intencionalmente (Alcolea, 2011).

La persuasión involucra además una categoría que, desde la antigua Grecia, se destaca ya como inmanente a la primera y que será objeto de desarrollo en éste apartado. Se está hablando de *la retórica*, entendida en sentido amplio según Aristóteles como «la facultad de teorizar (*tou theoresai*) lo que es adecuado en cada caso para persuadir (*pithanon*)». Se desprende de esto la idea de que no solo se trata del discurso elaborado, producto del calor de la argumentación, la contingencia y movilización de la audiencia hacia ciertos fines; la retórica permite destacar elementos clave para la construcción y transmisión del mensaje persuasivo. Esta definición puede complementarse desde la perspectiva funcional en aras de conseguir ciertos resultados esperados, con aquella que expone Lausberg, citado por Alcolea (2011, p. 450), para quien la retórica es “el sistema de reglas que garantiza el éxito de la persuasión”.

Por su parte Perelman (1997, p. 211) afirma que la importancia de la retórica está dada por el hecho de que, con su ayuda, se afinan los instrumentos lingüísticos y psicológicos para obrar sobre el auditorio y conseguir su adhesión. Sus propias palabras informan:

Afirmamos que todo discurso que no pretende una validez impersonal tiene que ver con la retórica. Desde que una comunicación tiene a influir sobre una o varias personas, a orientar su pensamiento, a excitar o a calmar las emociones, a dirigir una acción, ella es del dominio de la retórica (Perelman, 1997, p. 211).

En últimas, la retórica, entendida como instrumento de la persuasión y poderosa herramienta para la influencia social, debería dotarnos, desde su estudio, del dominio técnico preciso para producir y evaluar cualquier discurso persuasivo, bien sea escrito, oral o visual, de tipo argumentativo o expositivo (Alcolea, 2011, p. 450).

En cuanto a la persuasión, Alcolea (2011, p. 452) realiza una importante síntesis de la forma en que puede entenderse el término, según las corrientes teóricas y los diferentes significados desarrollados a lo largo de la historia, diferenciándola además del acto de convencer; síntesis que se presenta por considerarse de valioso aporte a la claridad del término:

- La persuasión refiere más a la esfera de la *acción*, que específicamente a la del pensamiento, propia de la convicción.
- La persuasión presenta un envoltorio de naturaleza tendiente por lógica a motivar la acción, que no se encuentra en la convicción.
- Persuadir parece un acto que busca apoyo en la emotividad, apoyo del cual se prescinde a la hora de convencer. La convicción remite a un acto que apela a la lógica, a la razón, *al lógos*, mientras que la persuasión apela a la autoridad de quien habla o a su habilidad para cambiar afectos y emociones, o sea aquellas fuentes que tradicionalmente caen bajo el nombre de *ethos* y *pathos*. Quien nos persuade, puede disuadirnos, pero quien nos convence, no puede hacernos dudar.
- El convencimiento o convicción es mucho más fuerte que la persuasión: «mi convencimiento», «tengo la convicción», «me he convencido», «he llegado a convencerme». En la raíz y en la etimología, el *vincere* (*vencer*) lleva la mejor parte sobre el *suadere* (*suadir*).
- Persuadir se centra más en el *hablante*, en su voluntad y capacidad de modificar estados mentales, opiniones, valores o comportamientos.

Una vez establecidas las convenciones básicas a propósito del significado, puede justificarse cuál es la importancia que tiene respecto a los conceptos antes expuestos. Es claro que dicha justificación puede desde ya derivarse del desarrollo investigativo adelantado y de las ideas presentadas a favor del discurso que seduce en lugar de la fuerza que coacciona. Sin embargo, no estará de más ampliar un poco dicha inferencia, ya que, entre otras cosas, permite también contextualizar un

poco la discusión. Hecho a todas luces necesario pues, sin desconocer que toda la riqueza del termino y las facultades de las que goza, están expuestas ya desde la retórica aristotélica, la forma en que la sociedad ha evolucionado, y los cambios que dicha transformación representa, inducen a pensar de inmediato la valía del termino en función de un escenario bien diferente al de la clásica *ágora* griega.

Uno de esos cambios es sin ninguna duda el de la introducción de medios tecnológicos a la esfera privada de la sociedad. Medios que han significado, para quienes persiguen el control social por ejemplo, una herramienta útil para dejar de apelar al control directo e institucional propio de sociedades que se ven ahora lejanas en el tiempo. La sociedad de la información, como “sociedad conectada”, da la apariencia, de forma bien directa, de horizontalidad y por ende de mayor igualdad en el acceso y trato de los productos culturales (Roiz, 2002, p. 17). La presión ahora tiene un tinte más persuasivo, inclusive seductor, que físico y coactivo. De allí que, en clave prospectiva, la Psicología Política pueda encontrar ricas vetas académicas e investigativas que ayuden a comprender de manera más elaborada las socializaciones complejas que las plataformas comunicativas contemporáneas facilitan, no solo desde dimensiones relacionales y del uno a uno, sino también teniendo como derrotero la manera en que esas mismas plataformas sirven para legitimar y ampliar las estructuras hegemónicas de poder, o para modificarlas, pues en todo caso, el análisis deberá recaer sobre el tipo de efectos potenciales o reales que tienen los mensajes persuasivos sobre los procesos cognitivos de los sujetos y en la misma medida, sobre sus acciones.

Percibir el mundo social, formarse una imagen suya, y poner a dialogar dicha imagen con los prejuicios, representaciones mentales y sesgos cognitivos propios de los individuos, es un proceso cognitivo básico que redundando en la generación de procesos culturales (dada la socialización que se impone a las personalidades que han fabricado cosmovisiones propias del mundo) y políticos (pues permiten agenciar campañas electorales o promover y legitimar políticas publicas específicas) (Roiz, 2001, p. 19).

Este hecho básico para la psicología política es inherente a la forma en que los sujetos se relacionan con el mundo. Ahora bien, dicha relación no es, -por lo menos no siempre-, producto de la espontaneidad y la distribución casual de discursos. Los grupos sociales generan dichos patrones de pensamiento asimilados por los sujetos, y logran, muchas veces, atendiendo a objetivos precisos, multiplicar dichos patrones a través de medios diversos, entre los cuales no podrán dejar de contarse los modernos medios de comunicación. Y la presentación no se agota en los alcances informativos que los sujetos deciden incorporar o no a su realidad individual, pues ella está fuertemente ligada con la voluntad e intención de ganar adeptos por parte de colectivos que promueven estos mensajes; y uno de los mecanismos privilegiados para lograr tal vinculación es sin duda la persuasión.

Podrá esta idea ser objeto de numerosas críticas, sustentadas sin duda en el hecho de que los grupos sociales se conforman por intereses individuales que no siempre son el producto de la voluntad de un agente que busca agruparlos. Y es completamente válida la apreciación; pero resulta que, según el objetivo que persigue el actual trabajo investigativo, las cosas pueden ser llevadas a un plano superior. Piénsese que esos grupos, existentes y formados de manera autónoma no están blindados de los discursos que del exterior les llegan.

Ejemplo claro de ello son los colectivos animalistas, con criterio propio y formación autónoma. Que a pesar de existir sin la necesidad de que un agente externo los convoque de manera directa han terminado por apoyar causas de personajes quienes, basados en las convicciones y el discurso distintivo de dichos colectivos, encuentran la forma de seducirlos y persuadirlos. Las pasadas elecciones legislativas del 10 de marzo de 2014 dan cuenta de representantes al congreso nacional que recaudaron un importante número de votos a razón de la promoción de dichos discursos.

No puede olvidarse que esta monografía busca (y el tercer capítulo es el argumento elaborado de dicho objetivo) mostrar cómo los discursos propios de los grupos sociales ya existentes pueden insertarse (y de hecho lo hacen) en una esfera en la que los mensajes, la persuasión y las pretensiones de poder terminan por configurar escenarios políticos promovidos y capitalizados, ahora sí, por agentes con propósitos específicos. ¿De qué forma logran entonces capitalizarse dichos escenarios desde el dispositivo de la persuasión? Técnicas como la argumentación, la semantización, la presentación de imágenes y sonidos, y su correlato, y los principios psicológicos del procesamiento de la información de los sujetos, son herramientas propias de los discursos elaborados para auditorios precisos. Según Roiz (2002), son precisamente estas técnicas, empleadas por grupos de interés a través de medios de comunicación, las que permiten caracterizar a la sociedad actual, como *sociedad persuasora*.

A favor del contexto al cual nos suscribimos los agentes sociales en la actualidad habrá de agregarse, y este punto se desarrolla también en el tercer capítulo, que los discursos tradicionales promovidos por la iglesia, la empresa, el estado de bienestar y la familia han entrado en una profunda crisis<sup>9</sup>. Se comprende que, según se enunciaba en el apartado sobre el poder, la influencia social ejercida por dichos grupos no ha desaparecido, sino que ha mudado de agente. Los que antaño fabricaban cosmovisiones ahora ven cómo los medios de comunicación, entre estos las redes sociales, los nuevos programas de televisión y los grupos que reivindican derechos muy precisos, han asumido este rol de influencia y fabricación de sentido, a través de soportes con contenidos que se antojan mucho más atractivos y por tanto seductores. Esto es posible gracias a que “El contenido transmite símbolos y significaciones, pero también crea, modifica o refuerza actitudes y comportamientos prescritos; y a largo plazo, por sus efectos persistentes también opera sobre la

---

<sup>9</sup> No es casual, por ejemplo, que el actual Papa de la iglesia católica busque implementar reformas radicales dentro de su iglesia, no solo para ganar adeptos sino también para impedir que se alejen los creyentes con los que ahora cuenta, induciendo además a discursos “modernistas” que buscan actualizar la iglesia y recuperar la legitimidad con que contara en otros periodos de la historia.

estabilidad y transformación de los sistemas de valores, las creencias y la moral” (Roiz, 2002, p. 70).

Paso ahora a cerrar el presente capítulo con un apartado que antecede al constructo sobre la nación y que seguramente dará luces para enmarcar la exposición allí planteada. Se aborda un asunto de enorme peso para el actual trabajo académico y es el momento en el que emoción y cognición se conjugan para dar paso al acto. Mantengo firme la posición que dicta que, lejos de trabajar de manera independiente, emociones y cognición se interrelacionan de manera constante, tanto así que conseguir elicitación de las primeras para que sean interpretadas por la conciencia y dar paso a actos congruentes con dichas emociones resulta un recurso tan poderoso que para un dispositivo como el persuasivo no podría, en ninguna medida, ser pasado por alto.

## **6. A modo de provocación: pasión, retórica y emociones que devienen en actos**

*Es inmerso en la tonalidad afectiva y a partir de ella que el orador habla*  
Heidegger<sup>10</sup>

Un breve esbozo ha alcanzado a realizarse sobre la retórica, sin embargo, en este apartado, que se plantea muy breve, la propuesta será ampliar un poco dicha noción, que tiene como correlato la elaboración a propósito de las emociones y la cognición. Para esto parto de la elaboración hecha por Cárdenas (2011) a propósito de la retórica aristotélica y su vínculo con las pasiones. Tópico que tanto Perelman (1997) como la misma autora reconocen de pobre desarrollo en la actualidad pero con grandes promesas interpretativas para la sociedad y la academia.

Debe en principio resaltarse que, en su segundo libro de la retórica, Aristóteles da cuenta de ella como dispositivo inmerso en el acto persuasivo. Retórica y

---

<sup>10</sup> Citado por Cárdenas (2011)

persuasión no son lo mismo, pues la primera se ocupa de facilitar el reconocimiento de los medios más pertinentes para el acto persuasivo (Cárdenas, 2011, p. 53). Aristóteles hace énfasis además en que el dispositivo retórico debe involucrar en su desarrollo la concepción sobre las emociones; un buen discurso debe dirigirse no solo a la razón sino al hombre completo.

De lo anterior se deduce que ya desde esta postura clásica griega se reconoce el importante papel que habrán de jugar las emociones en la composición y puesta en práctica del discurso retórico. Estudiarlas y comprenderlas (Aristóteles fabrica incluso una tipología de las mismas), sirve de materia prima para afinar el instrumento persuasivo y garantizar con mayor convicción su éxito pues, como se vio, las pasiones inciden en los juicios y mueven a tomar decisiones que repercuten sobremanera en las acciones humanas. Si seguimos a Cárdenas (2011), la lógica le asiste al filósofo griego cuando afirma que “Se persuade por la disposición de los oyentes, cuando estos son movidos a una pasión por medio del discurso. Pues no hacemos los mismos juicios estando tristes que estando alegres”.

La idea de concebir las emociones como móvil de la acción humana se refuerza además por un fenómeno esencial. Si se parte de una concepción según la cual los hombres son seres atravesados por el lenguaje, un lenguaje que es además articulado, al punto que es precisamente esta característica peculiar la que logra diferenciarlos de los animales. Las pasiones, como fenómeno humano representado por signos y sonidos interpretables gracias a convenciones semánticas establecidas, son factibles también de comunicación y estudio. Pueden describirse y analizarse, de forma física y dialéctica, y en el mismo sentido evocarse sí se llega a tener clara su comprensión y motivación; hecho que a toda luces permitirá capitalizarlas en aras de afinar la persuasión y orientar la acción (Cárdenas, 2011, p. 49).

Siguiendo a Cárdenas (2011), la técnica persuasiva explota tres elementos básicos para conseguir la persuasión completa; el discurso debe enseñar, agrandar y

conmover. Por enseñar se entiende el ejercicio de informar (contar, narrar) y argumentar, atendiendo a la vía intelectual e interpretativa del auditorio. Pero informar y argumentar pueden fácilmente conducir al aburrimiento, por lo que se precisa explorar recursos que permitan aumentar la confianza del auditorio y estimularlo física y emocionalmente (*pathos*), para dejar preparado así el escenario que puede de manera potencial desembocar el paso al acto. La importancia está entonces en poder destacar que las emociones favorecen ciertos escenarios cognitivos, conforme a los cuales puede potenciarse o no el éxito persuasivo de un discurso. No quiere decir esto que las emociones sean el único recurso retórico al que puede apelarse, pero sí que devienen en componente fundamental para la construcción de un buen mensaje.

Elaborar la idea de la cognición vinculada con la emoción implica plantear entonces que la cognición es además causa eficiente y esencial de la emoción; de lo que se deriva la tesis de que las respuestas emocionales pueden ser de hecho respuestas inteligentes y razonables. Cárdenas (2011) citando a Aristóteles lo ejemplifica claramente al indicar que cuando un orador demuestra que el peligro es inminente, despierta el miedo en la audiencia, lo que lo conduce a concebirlo como una amenaza, y en consecuencia, en pensar en su propia seguridad, de esta manera lo hace deliberar. Estos son, según el mismo Aristóteles, argumentos razonados, y no solo, como defendía Platón, simples encantamientos. La cognición, comprometida con la emoción, lejos de ser hostil e ir en detrimento de la razón, la prepara y la dispone hacia ella, “el hombre virtuoso es quien está bien dispuesto a una respuesta emocional” (Cárdenas, 2011, p. 121).

El dialogo entre emoción y cognición representa además un importante capital a los fines persuasivos, pues tiene como producto la formación de la opinión; es esta última la que permite generar en el oyente un criterio propio a partir del cual actuar, podemos finalizar diciendo entonces que:

No se trata de un teatro de las pasiones, sino de la producción de pruebas racionales. Esto lleva consigo, según lo creo, a pensar en una retórica que no manipula

mediante las pasiones, sino más bien que crea las condiciones afectivas adecuadas para que se forme el juicio (Cárdenas, 2011, p. 75)

Paso ahora a la exposición del segundo capítulo. Es importante aclarar que, aunque sea independiente del primero, buscará (especialmente en su último apartado) mostrar cómo, en un momento preciso y rastreado de la historia, grupos sociales de interés buscaron y de hecho consiguieron defender una idea racional y compleja, que vehiculizada desde la persuasión, las emociones y el discurso logró tener impacto directo en la política a un nivel múltiple, reconfigurando los escenarios y las estructuras de poder y diseñando un nuevo mapa político que hizo parte de la irrupción histórica de la Modernidad en la historia de la civilización humana.

## **Capítulo 2: De productos culturales e identidades interrelacionadas: La nación y los sentimientos políticos**

“la propaganda es una suave niebla que no vemos, pero la respiramos y nos va calando hasta adueñarse de nuestra opinión y, más allá, incluso de nuestra imaginación” Becassino (2003, p. 80)

El presente capítulo tiene como principal objetivo servir de introducción a las posibles relaciones que puedan establecerse entre los sentimientos y las emociones en el terreno de lo político. Son dos las dimensiones teóricas que se abordan, para crear así vínculos de manera continua: Por una parte, la teoría política y su afán por dar cuenta de un concepto sumamente complejo y etéreo como es el de la Nación. Y por otra parte, la psicología; cuya estructura y forma particular de entender al ser humano permite analizar las movilizaciones cognitivas y emocionales permitiendo así esclarecer un principio rector según el cual esta idea de nación no podría abstraerse sólo a partir de elaboraciones teórico-políticas y aproximaciones filosóficas, sino también, y en especial, desde las movilizaciones particulares que en los sujetos elicit.

El objetivo propuesto se desarrolla en tres partes esenciales. En la primera, se busca definir el concepto de nación, mostrando los límites que implica esta tarea, para llegar así a un acuerdo semántico básico de comprensión. En segundo lugar, se abre la discusión a propósito del origen histórico y evolutivo del mismo, esto resulta fundamental en la medida en que permite comprender que los límites definitorios del termino se derivan precisamente de su evolución particular y diferenciada. Es necesario decir además que dicha evolución ha estado marcada por un punto crítico que abre la puerta al siguiente apartado, a saber, la funcionalidad que esta idea de nación ha tenido para los pueblos (tanto desde las élites como desde su base) en la historia reciente. Lo que permite entender la idea de nación en un sentido práctico y la liga a la eterna disputa social por tomar el

control y asumir posiciones de poder. Finalmente, se hace énfasis en el componente que ha permitido que el uso de la idea de nación como discurso –bien de emancipación, bien de dominación- sea exitoso, a saber, la movilización de emociones y sentimientos que dada su naturaleza particular termina por potenciar.

## **1. De la complejidad semántica al establecimiento de definiciones funcionales**

Como ya se advierte en la introducción, es sumamente complejo atinar a elaborar una definición unívoca y estricta de la idea de Nación. En muchos sentidos, este es un concepto teóricamente huérfano; bien lo advertía Anderson (1993, p. 22) en su texto *Comunidades imaginadas*: “al revés de lo que ocurre con la mayoría de los "ismos", el nacionalismo<sup>11</sup> no ha producido jamás sus propios grandes pensadores: no hay por él un Hobbes ni un Tocqueville, ni un Marx o un Weber”.

Frente a esto, el mismo Anderson (1993) expone tres paradojas que permiten argumentar esa propuesta de complejidad definitoria. En primera instancia, la modernidad y su afán de positivización epistemológica pretenden hacer pasar por objetivo un concepto de naturaleza meramente subjetiva dado su desarrollo diferencial en cuanto a territorios y momentos. Así mismo, presentar la nacionalidad como termino universal choca con la realidad contrastable que dicta que dicho término se ha acuñado según medios y propósitos concretos de quienes a ella apelan. Y en tercer lugar, la gran fuerza movilizadora y de cambio del *status quo* jalonada por la idea de nación, frente a la incoherencia y pobreza de desarrollo filosófico del mismo concepto.

---

<sup>11</sup> Cuando el autor hace explícito su propósito de definir el concepto nación, termina por homologarlo momentáneamente a la categoría de nacionalismo: “parece conveniente que consideremos brevemente el concepto de <<nación>> y obtengamos una definición operativa” (Anderson, 1993, p. 22). No quiere decir esto que el presente escrito pretenda igualar ambos términos. .

La dificultad definitoria se esboza en la medida en que no puede encontrarse de manera directa un sustrato que permita definir el concepto. Es claro, recurriendo a autores clave como Hobbes, Locke o Rousseau que puede entenderse por liberalismo, cuáles son sus principios fundamentales y a que se apela al referir el termino en el escenario de la filosofía política. No pasa lo mismo con la idea de nación, pues según Parekh (2000, p.91) “No estamos seguros sobre qué se apoya el nacionalismo y diferimos fuertemente (desde la elaboración de diferentes teóricos y académicos) sobre sus orígenes, ejemplos paradigmáticos, naturaleza, variedades y contenido)” (2000, p. 91). Por lo cual es claro que no pueden hallarse directamente algo así como los precursores teóricos del termino y menos aún, sus paradigmas teóricos rectores.

La misma dificultad en cuanto a definir y delimitar puntos clave para la caracterización del termino es reconocida por Bobbio (2005, p. 1023) “No obstante el contenido semántico del término, a pesar de su inmensa fuerza emotiva, permanece hasta ahora entre los más vagos e inciertos del vocabulario político”. No se trata de pensar en que no existan definiciones precisas sino más bien que hay tantas posturas alternativas que es complejo reconocer una sola, hecho que produce indefectiblemente la sensación de vaguedad e incertidumbre propia de aquello que no es totalmente conocido.

A manera de esbozo, pueden identificarse tres grandes bloques de fuentes teóricas: el primero es de origen alemán y está representado por autores tales como Fichte (1922), Herder y Schleiermacher, Kedourie (1960), Snyder (1952; 1954), hacen hincapié en lo que ha sido el proceso de construcción de nación en su país y en los elementos culturales y territoriales necesarios para una transformación estatal de este tipo. En la misma línea del peso y la influencia que tiene un territorio particular para la consolidación nacionalista aparecen autores que destacan la influencia de la Revolución francesa y su tradición filosófica, para marcar como canon definitorio y padre del nacionalismo a Jean Jaques Rousseau, considerado incluso el primer teórico nacionalista (Cobban, 1957; 1964). Otros en cambio rechazan el supuesto

de circunscribir el concepto de nación y su desarrollo teórico a un territorio específico, por lo que presentan al nacionalismo como un fenómeno universal rastreable en toda comunidad establecida (Kellas, 1991). Kedourie (1960) y Minogue (1969) sostienen por su parte que el nacionalismo no es más que una suerte de super estructura que dicta cómo deben ser formulados y regulados los Estados. De igual forma, si como referentes se toman los desarrollos del nacionalismo en territorios hindúes o musulmanes, la categoría se materializa esencialmente en una propuesta de egoísmo colectivo centrado en la descolonización y la independencia social y económica (Tagore, 1917).

Es defendida también la idea de que la nación y sus expresiones nacionalistas no responden más que a un anhelo por mostrar el afán de un grupo determinado por alcanzar y perpetuar cierta condición de autonomía que lo blinde de influencias externas para conservar sus rasgos y tradiciones distintivas; hecho factible de constatar en expresiones afincadas en el nacionalismo religioso, lingüístico o cultural. Otros teóricos argumentan por su parte que el nacionalismo se entiende como el amor a lo propio, a la comunidad nacional, su territorio, usos y costumbres, por lo que es visto más como una consecuencia que como el dispositivo detonador de ciertos sentimientos (Barry, 1991, p. 177-84). Esto último da cuenta de cierta forma de patriotismo, por lo que, materializada en sus diferentes vertientes nacionalistas, para otros autores la nación termina por ser una forma exclusiva y agresiva de patriotismo (Gellner, 1983). Las aproximaciones conceptuales llegan incluso al estadio según el cual la nación debe ser la base ontológica última de la vida social, así como su más elevada unidad moral (Kedourie, 1960).

Frente a este panorama, la solución práctica y factible de ser propuesta es la de retomar algunas de las definiciones más paradigmáticas (a modo de elaboración conceptual), para arribar así a un intento de definición que satisfaga las directrices del presente capítulo enunciadas ya en su preambulo. Ahora bien, para darle tránsito a este momento polisémico, es necesario recurrir a delimitaciones teóricas

que permitan comenzar a plantear ideas claras de aquella definición que se persigue.

Como un referente ineludible en estas cuestiones semánticas, Bobbio (2005), señala que, desde una aproximación preliminar, la nación puede entenderse como el vínculo que une a un grupo de seres humanos en un territorio específico; es en razón de dicho vínculo y de la fuerza aglutinante que el mismo representa, en términos de cohesión grupal y objetivos compartidos, que deviene en base del poder político. Esto por un hecho simple: el grupo nacional que funge como base se erige en fuente legitimadora del poder que lo determina (2005, p. 1023). Bobbio advierte que esta definición sigue plagada de ambigüedades y generalizaciones que solo dan la ilusión de coherencia semántica. Es preciso entonces definir la nación desde el comportamiento observable de los individuos. Apuntalado en esta idea, caracteriza el término como un grupo de sujetos vinculados entre sí que manifiestan una conducta particular, ligada por lo general a un ente abstracto caracterizado en la modernidad bajo la figura del Estado (en su forma más general y simple; Italia, Francia, Argentina). En segundo lugar, y este es el componente con mayor peso, tal fidelidad no tiene un correlato meramente político que desemboque de manera exclusiva en el aparato estatal, “sino que implica otros valores en los que la motivación autónoma, por sí considerada, no es política ni estatal y que de por sí identificaría grupos de extensión diferente a la nacional” (2005, p. 1024).

Esta nueva definición permite integrar elementos que hacen mucho más rica la discusión, en la medida en que la complejizan y la llevan más allá de la falsa homologación de la nación con el Estado. A modo de ilustración puede tomarse el argumento de Smith (1991), respetado teórico del nacionalismo, quien defiende la postura de un significado de nación que se ligue a elementos más amplios constitutivos de los sujetos. Según este autor, “nationalism, the ideology and movement, must be closely related to *national identity*, a multidimensional concept, and extended to include a specific language, sentiments and symbolism (p. 7). Es claro también, como ya se ha advertido, que nacionalismo y nación no tienen el

mismo significado pero, para el caso, lo que interesa es mostrar cómo esta idea de nación trasciende el solo hecho de significar teórica y filosóficamente para devenir en un constructo que liga dimensiones tan diversas como la del lenguaje, los sentimientos, la identidad y todo el sustrato simbólico que la cobija; Así, “A national identity is fundamentally multi-dimensional; it can never be reduced to a single element, even by particular factions of nationalists, nor can it be easily or swiftly induced in a population by artificial means” (Smith, 1991, p. 14). Es válido compartir además la siguiente caracterización que, en el mismo lugar, el autor elabora, con el anhelo de sintetizar los componentes propios de una nación que se ha constituido en Estado:

- an historic territory, or homeland
- common myths and historical memories
- a common, mass public culture
- common legal rights and duties for all members
- a common economy with territorial mobility for members

Como puede verse en la enumeración, se trata entonces de entender que, además del vínculo cohesionador, la identidad nacional y los sentimientos factibles de ser movilizados por ella, se integran elementos que van desde los mitos y relatos compartidos, pasando por el territorio (factor crítico dada la importancia con la que se representa) hasta llegar a un sistema legal y económico estatalmente constituido que cobija a cada uno de los miembros del territorio nacional. Así las cosas, resulta enteramente necesario, además de conveniente –en función de la síntesis de ideas–, apelar a la definición del filósofo Renán (2000, p. 63), quien en su clásico texto ¿Qué es una nación?, atina a caracterizarla como:

Un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, en verdad, tan sólo hacen una, constituyen esta alma o principio espiritual. Una está en el pasado, otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa.

Esta última forma de entender el concepto deja en punta de lanza un hecho que viene esbozándose como central pero que solo será retomado hasta el final del apartado: la dimensión simbólica, imaginaria y emocional del concepto. Permite eso sí, por ahora, dar paso al segundo punto de la agenda, que abrirá la ventana para entender la manera en que esta idea ambigua ha operado en ciertos momentos de la historia según direccionamientos y objetivos específicos.

## **2. Implantación y funcionalidad de la idea de Nación: La historia y el cambio social al servicio de los intereses**

Ya desde el comienzo se hacía un especial llamado a entender que la complejidad en la definición del término que inspira el presente capítulo no se debe a caprichos y egos de intelectuales. Muy por el contrario, esa naturaleza ambigua la marca su misma historia. En la medida en que se revisan los distintos textos y fuentes para este trabajo, pareciera que la filosofía y la teoría han ido detrás de los acontecimientos políticos y sociales. Esto goza de toda lógica, ya que la nación, según se ha visto, tuvo mucho que ver con fuerzas sociales movilizadas desde las mismas bases y no a partir de élites intelectuales y políticas. Sin embargo, dicha naturaleza afecta el establecimiento unívoco de significados.

El discurso de la nación puede homologarse a una gran estructura vacía que fue adquiriendo su contenido en la medida de las necesidades de sectores particulares. Debido a esto mismo es que el presente apartado hace énfasis en los hechos que caracterizan la aparición de esta idea global de nación según elementos culturales, políticos y, en alguna medida, históricos. No interesa señalar los momentos y lugares exactos en que los movimientos nacionalistas comienzan a aparecer, en cambio sí es fundamental mostrar las condiciones y motivaciones que marcan el rumbo de dicha aparición.

Es importante aclarar desde el comienzo que la idea de nación no es el producto de un desarrollo específico y lineal según una concepción teleológica de la historia, ni mucho menos el resultado simbólico del rumbo evolutivo de la organización social. Según Renán (2000) y Smith (2000), es ***una creación ficticia de la humanidad***. Pensar que las naciones son la resultante de un proceso de evolución continuo y lineal es caer en un estado de completa miopía, debido a que implica pasar de largo hechos tan determinantes como la formación espontánea de movimientos libertarios, la aparición de actores en disputa de ciertos intereses, el impacto que dichos actores han tenido sobre el rumbo de la historia y la manera como ellos han terminado por configurar el mapa geográfico y político actual.

En principio, se puede argumentar que las naciones se constituyen como artificio, a partir de un pasado común glorificado. Pasado que no es retomado por antonomasia ni mucho menos, sino construido desde la selección de una serie de hechos muy precisos, que servirán en todo caso como pretexto para enaltecer la idea de un pasado fraternal, común y glorioso; el anhelo de volver a los mejores tiempos. Según Renán (2000, p.65), volver sobre los antepasados es una acción que de entrada está plenamente justificada, pues a ellos se les deben los triunfos y las glorias míticas; elementos de antaño que inspiran toda la fuerza para cohesionar el capital social del presente. Literalmente expresa: “Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer aún hacerlas; he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo”.

Se hace comprensible ahora sí la tesis de Smith (2000, p. 186) según la cual “(...) las naciones se componen de elementos sueltos y sus culturas poseen una variedad de ingredientes de diferentes sabores y orígenes”. Sin esa selección cuidadosa de elementos del pasado que glorifiquen el presente sería sumamente complejo constituir un momento de inicio que, por sí solo, resulte inspirador para que amplias capas de la sociedad quieran suscribir el propósito emancipatorio y de cambio del orden establecido que encarnan por lo general las propuestas políticas nacionalistas. Construir ese pasado implica volver sobre relatos que han quedado

en los libros de historia, y que no necesariamente se corresponden de manera unívoca con la forma en que el pueblo que busca movilizarse está compuesto en el presente. No puede desconocerse, sin embargo, la presencia de elementos objetivos propios de esa misma historia, pues son en últimas esos mismos elementos, reconocidos por muchos de los individuos que buscaba influenciarse, los que ayudaran a darle una forma mucho más sólida a la idea de nación que buscaba implantarse; de lo que puede deducirse entonces un componente constitutivo esencial en el proceso de redescubrimiento histórico jalonado por la propuesta nacionalista. Solo a manera de ilustración puede analizarse el siguiente fragmento de uno de los textos de Smith, quien pone como ejemplo la historia de Masada en la configuración nacionalista del actual pueblo judío:

El hecho es que "Masada" fue redescubierta, tanto literal como simbólicamente, por grupos concretos en un momento específico de la experiencia judía. Su culto se propagó activamente y pulsó una cuerda profunda de los corazones y las mentes de muchos judíos, tanto del interior de Israel como de la Diáspora. Hay una explicación obvia: en la moderna conciencia popular judía, Masada es el eco de la heroica resistencia de los combatientes del gueto de Varsovia y, más ampliamente, del martirio del Holocausto. Esto es lo que otorgó a un episodio relativamente ignorado de la historia judía antigua su gran resonancia. Eso y la excitación de los descubrimientos de Yadin en la misma fortaleza (2000, p. 200).

Apoyado en Hobsbawm, el mismo autor define de manera magistral la construcción de la nación: "La nación es como un ruiseñor artificial. Es una pieza de ingeniería social" (Smith, 2000, p. 185). Es así que el nacionalismo, el Estado-nación, los símbolos nacionales y demás fenómenos a ella asociados son la resultante del mismo proceso de prudente y calculada ingeniería social. Los nacionalistas y sus seguidores han sabido mezclar varios ingredientes (historia, símbolos, mitos, lenguas) para componer un artefacto con inmenso poder simbólico gracias a la rica variedad de fuentes culturales.

Esto último es fundamental en muchos sentidos pues permite aclarar que, el hecho de aceptarla como un dispositivo fabricado en la historia reciente, no implica en ningún sentido desconocer que la idea de nación encuentra gran parte de su fuerza inspiradora en el pasado. En palabras de Smith (2000, p. 199), "La nación puede

ser una formación social moderna, pero está en cierto sentido basada en culturas, identidades y herencias preexistentes”.

Debe también considerarse que, además de la constitución de un pasado común glorioso que llamaba a la unificación, en el proceso de fabricación de este gran dispositivo movilizador de masas tuvo gran injerencia una cosmogonía particular propia del renacimiento. Para nadie es un secreto que la Revolución francesa es entre otras cosas producto de la total pérdida de legitimidad del reino monárquico, que encontraba como forma única de justificar su presencia en el centro del poder al “mandato divino”.

El Renacimiento y la Ilustración inauguran pues una nueva cosmovisión, antropocéntrica por excelencia. Para Occidente los referentes dinásticos y religiosos (encarnados en la iglesia) pierden gran parte de su fuerza, lo que hace comprensible que el dispositivo nacional y de constitución de un estado autónomo basado en el criterio del pueblo, haya encajado de manera tan precisa en la mentalidad de los ciudadanos de la época.

Según Anderson, al final del medioevo se produjo una declinación continua de certezas interconectadas que comenzó en Europa Occidental. Esto bajo la influencia del cambio económico, los descubrimientos sociales y científicos, el avance vertiginoso de las comunicaciones, entre otros. Cada componente, a su manera, sembró brechas infranqueables entre la precedente forma oscurantista de ver el mundo solo como un medio transicional para alcanzar el fin mayor (el paraíso), y la nueva manera de entender la historia de la humanidad como el producto de un avance constante gracias a la ciencia y la razón. En lo mismo pensaba Hobsbawm al afirmar que “los garantes tradicionales de la lealtad tales como la legitimidad dinástica, la ordenación divina, el derecho histórico y la continuidad de gobierno, o la cohesión religiosa, resultaron seriamente debilitados” (Anderson, 1993, p.93).

Esto supuso una clara consecuencia: las comunidades ya no eran las de antaño, es decir, los pueblos sumisos sumergidos en el dogma y la religión, dispuestos a respetar la monarquía merced a su sangre real. Estas comunidades que comienzan a emerger tienen como ancla fundamental el poder y el tiempo, en función del sentido de la existencia. La irrupción del capitalismo impreso y el crecimiento en las tasas de alfabetización permitió en aquella época que las personas comenzaran a pensarse desde referentes distintos. Leer y reflexionar les permitió que conectaran y desarrollaran sus anhelos y propósitos con un número cada vez mayor de personas. Esta fue una nueva forma de relación que, desde el material impreso, comenzó a crear comunidades de intereses proto-nacionales que coadyuvaban en el desarrollo de esta nueva cosmovisión (Anderson, 1993, p. 62).

Tal vez la mejor manera de ilustrar este cambio de mentalidad, que sirve de plataforma a la implantación del dispositivo nacional en amplios territorios en tan poco tiempo, es entendiendo que dentro de las muchas transformaciones ontológicas que significó la transición del medioevo a la modernidad hubo una fundamental: la de comenzar a creer que la vida era algo más que el paso “correcto” de cada individuo por la tierra para aspirar a las mieles del paraíso. Según Anderson, lo que logra conquistarse es la idea de “la transformación de la fatalidad en continuidad, de la contingencia en significado”.

La idea de nación se adapta de manera casi perfecta a este fin; “Si se concede generalmente que los estados nacionales son “nuevos” e “históricos”, las naciones a las que dan una expresión política presumen siempre de un pasado inmemorial, y miran un futuro ilimitado, lo que es aún más importante” (Anderson, 1993, p. 29). Ahora no se piensa la existencia como mera consecuencia del azar que resulta determinada en gran proporción por fuerzas extra terrenales, la nueva concepción habrá de dictar que cada quien (bien como pueblo, bien como individuo) será responsable de labrar su propio destino.

### **3. Medios y fines: Recursos simbólicos en función de intereses particulares**

Todo esto plantea un interrogante crítico, a saber, ¿qué actor podría estar interesado en capitalizar esta nueva cosmovisión, y en fabricar ese pasado común y glorioso para promover un proyecto nacional particular? Es preciso aclarar que no todo el aparataje de fabricación del proyecto de la nación puede ser endilgado a un agente específico capaz de mover los hilos políticos desde algún lugar de la tierra mueve. Como en muchos de los fenómenos sociales, el fenómeno de las expresiones nacionalistas resulta ser la mezcla entre el hervor de cambios y transformaciones de amplias capas de la sociedad y los intereses de grupos particulares por promover sus propios fines. La actual propuesta busca resaltar lo que gira alrededor de estos últimos.

Quiero decir con esto que, sin desconocer los fenómenos propios, producto tanto del cambio de paradigmas sociales como de la aparición espontánea de nuevos referentes, la idea de nación tuvo funciones precisas orientadas a fines prácticos, promovidos por algunos sectores de la sociedad.

Hago entonces un pacto con el lector a partir del cual me permito asumir como hecho factico que, según lo planteado en el apartado anterior, el interés primordial de organización macro de la sociedad en los albores de la modernidad para Occidente y América es el de las naciones (que habrán de devenir paulatinamente en la conformación de Estados). Según esta premisa, el objetivo principal sería el de conformar comunidades cohesionadas bajo la sombra de un determinante primordial materializado en la idea de nación.

Esta idea de cohesión social no habría podido funcionar sin un sustrato que mantuviera adheridos unos a otros a los integrantes de tal comunidad. El

nacionalismo —como expresión de la nación— viene entonces, como aglutinador, a constituirse en el común denominador de tales integrantes.

En la línea argumentativa de Bar-Tal (1995, p. 44), es el nacionalismo el que cumple la función de unidad, cohesión y movilización; sin este mínimo, esta nueva estructuración social se habría desintegrado. No puede existir tal forma de sociedad organizada sin que sus miembros sientan amor y sentido de pertenencia por esta idea que se les vende de unidad nacional ya que “Esta es la base de semejanzas y refuerza la integración, al resaltar los intereses, destino y aspiraciones comunes”. Bhikhu Parekh ayuda también a dar luces claras sobre esta naturaleza funcional de la nación. Según este autor, el Estado (forma de organización perseguida por aquellos que promovían los discursos nacionalistas) no habría podido, por sí solo, alcanzar un solo adjetivo que lo acercara mínimamente a un sustrato emocional que lo vinculase con sus ciudadanos. (2000, p. 111). Esto representaba entonces, de facto, un problema para aquellos que estaban en las esferas más encumbradas del poder (la élite de los nuevos Estados). El asunto central estribaría en la necesidad crucial de ganar legitimidad frente a la comunidad nacional. Por su parte, para Hobsbawm (1998, p. 92-93), “la identificación con un «pueblo» o «nación», fuese cual fuere su definición, era una forma cómoda y elegante de resolverlo, y, por definición, la única forma en los Estados que insistían en la soberanía popular”.

Es preciso hacer énfasis en un punto; si bien tiene fundamental prelación para la conformación de los primeros Estados, en términos prácticos, y a nivel de ganancia de legitimidad y adhesión según referentes identitarios comunes, la nación como dispositivo mantiene su vigor aun en la actualidad, no solo en términos de movilización de masas y ganancia de poder, sino también en un sentido institucional y aun legal, para el propio Smith:

Perhaps the most salient political function of national identity is its legitimation of common legal rights and duties of legal institutions, which define the peculiar values and character of the nation and reflect the age-old customs and mores of the people. The appeal to national identity has become the main legitimation for social order and solidarity today. (Smith, 1991, p.16)

¿A partir de qué instrumentos podría entonces ponerse en sintonía a todos aquellos a quienes habría de dirigirse este nuevo discurso nacionalista? Sin duda, una de las mejores maneras de poner en los arquetipos definitorios de los referentes sociales esta nueva forma de vinculación patriótica sería de nuevo la imprenta, como caso concreto, la literatura como producto cultural de consumo generalizado. Ya Anderson advierte el poder que tiene la vinculación desde los relatos comunes de amplios sectores de la sociedad. Vinculación que deviene plausible en la medida en que logra reproducirse en masa y ser adquirida por numerosos ciudadanos sin distinción de clase social o ubicación territorial.

Un libro canónico, afirma Smith, tendría el poder de forjar de manera directa una comunidad imaginaria. La creación de la literatura canónica es pues una estrategia popular encaminada a dicho fin. “Shakespeare, Milton y Wordsworth. Racine, Moliere y Balzac; Pushkin, Tolstoi y Lermontov, se convierten en iconos de la nueva comunidad imaginaria, creando en sus públicos lectores una comunión de devotos y presentando la imagen nacional con un tejido textual” (Smith, 2000, p. 187)

El punto de anclaje central de esta forma de popularizar cierta visión del mundo estriba en el hecho de poder crear una imagen clara y definida de nación, materializada en páginas de sublime literatura, sensible al gusto y por tanto de consumo deseado. Se logra así instruir de manera indirecta para crear una comunidad imaginada que entrelaza a cada uno de los lectores e imprime en ellos la idea firme de su vinculación nacional, en oposición a todos aquellos que por no tenerla devienen en simples forasteros (en el más pacífico de los casos). Así, “El significante y lo significado se han fundido. Imagen y realidad han llegado a ser idénticas; en última instancia, la nación no tiene existencia fuera de su imaginaria y de sus representaciones” (Smith, 2000, p. 188).

Bobbio expone un argumento más a favor de esta empresa nacional en función de los intereses de las élites. Según el teórico, el estado de guerra permanente que representaba la aparición de nuevos estados para el continente europeo y la nueva

América, implicaba que el pueblo mismo le otorgara a las élites políticas y a sus representantes de Estado un grado de compromiso y fidelidad muy superior al acostumbrado. Por lo que esas mismas élites llegaron a encontrarse en la situación de tener que exigir una mayor fidelidad a sus ciudadanos, tanto para hacerlos partícipes de la guerra (entregar la vida por su pueblo), como para asegurar que estos no pudieran hacer parte del germen de la formación de nuevos Estados nación. “La idea de nación, con la representación de un oscuro y profundo vínculo de sangre que conlleva y con el ritual seudoreligioso que lo acompaña, ha sido y es el vehículo para la creación y el mantenimiento de esta lealtad potencialmente total” (Bobbio, 2005, p. 1026).

Queda así esbozada, de manera clara, la forma en que el dispositivo nacional llega a calar en la mentalidad de cada uno los integrantes de los pueblos, quienes terminarían por verse, en diferentes grados, identificados con los discursos nacionalistas. Haciendo explícito además que tal suerte de cosas no se debe solo al devenir constante de la humanidad, sino también, y en gran medida, a la gestión realizada por ciertos actores sociales interesados de una u otra forma en promover dichos impulsos nacionalistas. ¿Pero, qué es lo que hace tan poderoso este discurso y lleva a que pueblos enteros, en diferentes momentos de la historia reciente, den su vida a cambio de la gloria nacional?

#### **4. Una propuesta alternativa de análisis: el rol de las emociones y los sentimientos en la impronta de la idea de nación**

Al comienzo del presente capítulo se esbozaba una tesis que, para los objetivos perseguidos por esta investigación, es central y transversal. La manera racional de abordar las cuestiones sociales y, para el caso, políticas da luces sobre materias básicas de análisis en términos teóricos y filosóficos, pero ahoga otras tantas que podrían ayudar a comprender mucho mejor esta idea de nación en sus complejas dimensiones. Quiere resaltarse con esto la necesidad de virar las fuentes de

interpretación y entendimiento del fenómeno hacia disciplinas que poco han tenido que ver con el análisis de mismo. Como se ha visto, la impronta nacional implicaba elementos tanto teórico-políticos como sociológicos, culturales, históricos y cognitivos. Razón por la cual y atendiendo a la lógica, es más que esperable que el análisis de un fenómeno tan complejo como el de la empresa nacionalista se nutra de aportes interdisciplinarios. En éste sentido es que la psicología política puede jugar un rol fundamental, en la medida en que ayuda a entender en retrospectiva cuales fueron los sustratos subjetivos e individuales, cargados discursiva y emocionalmente, que llevaron a darle fuerza y potencia a relatos nacionalistas tan profundos que motivaron no solo cambios políticos sino también y de forma muy especial adscripciones identitarias sustanciales que derivaron en acciones rastreables en el tiempo.

Es de amplio conocimiento que la configuración política y geoespacial de la actualidad es producto en gran parte de las ideas nacionalistas promovidas a principios y a lo largo de la modernidad. La Gran Colombia y los Estados en los que ha terminado por materializarse en el continente suramericano son solo uno de los múltiples casos que pueden encontrarse si se da la vuelta al globo. Así lo afirma Bobbio cuando comenta que “en nombre de la nación se han librado guerras, hecho revoluciones y transformado el mapa político del mundo” (2005, p. 1022).

Siguiendo solo el ejemplo de Europa, es fácil destacar la manera en que la escala de lealtades y fidelidad resultó tan seriamente afectada. La nación adquirió toda la fuerza gravitatoria conforme a la cual terminaron por girar a su alrededor el enaltecimiento y vinculación emocional que otrora fueran propias de sistemas de pensamiento y control social tales como la religión, los feudos o las monarquías. Deviniendo además en el núcleo central del sentido de pertenencia ligado también en otros momentos de la historia a componentes territoriales, religiosos o ideológicos (Bobbio, 2005, p. 1023).

Esto llama poderosamente la atención a la hora de destacar los elementos psicológicos que allí se ponen en juego. Pues la nación no puede existir más que como un elemento simbólico representable desde la abstracción, debido a que no tiene un correlato objetivo y material en el mundo factico. Para Bobbio, “La nación se trata de una entidad ilusoria a la que no corresponde un grupo concretamente identificable que pueda servir como cuadro natural de referencia de los comportamientos que normalmente se refieren a “Francia”, “Alemania”, “Italia”, etc” (2005, p. 1024). En otras palabras, como artefacto y dispositivo cuya influencia no se pone en duda, la nación puede existir solo en la mente de aquellos que se la representan, es *una idea* de profundo calado y amplias consecuencias materiales. Al respecto, en un texto llamado *narrando la nación*, Bhabha (200) explica cómo más allá de que la idea de nación pueda llegar a tener tintes excesivamente románticos y metafóricos según las lecturas que de ella se hagan, termina por ser siempre (para los casos en que ha tenido éxito) una forma de pensamiento político y de lenguaje literario tan particular que marca un hito sin precedentes en la historia reciente de Occidente. Idea jalonada en todo caso por la inmensa fuerza cohesionadora producto del poder simbólico que ella misma entraña (p. 211).

La mejor manera de ilustrar esta idea de fuerza cohesionadora, que tiene sus condiciones de posibilidad en dispositivos simbólicos y realidades ilusorias

“(…) se imagina como **comunidad** porque independientemente de la desigualdad y la explotación que efectivamente puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobretodo, estén dispuestos a morir por imaginaciones tan limitadas” (Anderson, 1993, p. 25).

Un ejemplo puede servir para ilustrar un tanto más las ideas de cohesión e identificación vehiculizadas por dispositivos simbólicos a través de procesos cognitivos: es válido tomar como referencia novelas escritas en Europa para los siglos XVIII y XIX, ampliamente difundidas gracias al desarrollo de la imprenta y la creciente alfabetización que tuvo lugar en el continente para la época reseñada. Se justifica el ejemplo además, porque puede pensarse en la imprenta como uno de los

grandes transformadores sociales, en la medida en que permitía que amplias capas de la sociedad pudieran acceder por razones estéticas, académicas, personales o profesionales a las novelas; es claro que para un momento en el que la tecnología del entretenimiento —como la conocemos hoy—, no tenía lugar, la literatura devenía en el gran dispositivo cultural de consumo generalizado. Un hecho particular caracterizaba dichas novelas, puestas al servicio de los intereses nacionalistas según el caso que nos interesa: el relato de historias de protagonistas vendidos como héroes que tenían como fin esencial de su existencia luchar por una causa común, defender los colores de su madre patria, abatir al enemigo, rescatar mujeres, niños y ancianos de manos de captores inmisericordes pertenecientes a otros pueblos, en últimas; ensalzar, defender y promover la consolidación de una patria, de la nación compartida y forjada por hermanos, única e indivisible, soñada y conquistada por la fuerza de todos. De la lectura del relato y las virtudes de quien lo escribiera, podrá concluirse, sin darle mayor cabida a la especulación, que en los ciudadanos-lectores se forjaría paulatinamente un estado de conciencia que alentara esa misma idea de “imaginación nacional” para permitir que los ciudadanos tradujeran en aspiraciones reales las acciones de aquellos héroes de mundos imaginarios. La cognición y la representación permiten que los universos simbólicos se traslapen con los universos materiales, una idea que tiene cabida en la imaginación puede articularse perfectamente con otra que se defiende en el mundo real: El relato generaría patrones de identificación compartidos en la mente de aquellos que lo leyeran y compartieran verbalmente; lograba así fundirse la idea del héroe nacional con la realidad exterior que circundaba a sus lectores. Cada uno podía ser también para su pueblo el héroe y artífice de una causa común.

Una manera de poner en otras palabras esto que se quiere transmitir es mostrando cómo ese sustrato simbólico que venía a ocupar la mente de aquellos “hermanos” nacionales o compatriotas, terminaba por unirlos de manera tan fuerte que todos se sentían uno sin necesidad siquiera de conocerse. Algo análogo a la clásica metáfora de la familia, que era extrapolada a una comunidad nacional; metáfora retomada por Hobsbawm a partir de la formulación de Naim Frashéri (1846-1900): “Todos

nosotros somos sólo una única tribu, una única familia; somos de una misma sangre y una misma lengua”<sup>12</sup>.

Es fundamental dimensionar que el poder y la fuerza de esta idea cohesionadora residía no solo en los lazos físicos efectivos que se daban al interior de una pequeña tribu o villa, sino también, entre aquellos que habitaban territorios mucho más amplios. Esto gracias no al intercambio directo de ideas y pensamientos en la cotidianidad, sino a una suerte de cadena simbólica y discursiva que llevaba las formas de relación e integración a un plano que, visto detenidamente, escapaba incluso a la contingencia de lo cercano e inmediato. Anderson ahonda mucho más en este argumento pues, a propósito del rol de la lengua y el discurso en la construcción de la nación, afirma: “En efecto, demuestra que la nación se concibió desde el principio en la lengua, no en la sangre, y que podríamos ser "invitados a" la comunidad imaginada” (1993, p. 205). Tesis válida en tanto logre admitirse que, lejos de subrayar la necesidad de conocer al “compatriota” como hermano de sangre y nacido de la misma tierra, lo que en realidad representaba esta idea de nación era la posibilidad de enlazar, uno a uno y en grandes proporciones, los ánimos, anhelos y sentimientos de cohesión de aquellos otrora desconocidos entre sí, que terminarían por ser nombrados como hermanos en la patria.

Pensar en estrategias discursivas que alineen a las personas en función de cierta idea de nación no puede ser suficiente. Los recursos culturales y políticos no se agotaban en este afán; de allí la práctica renovada en cada lucha independentista por encontrar no solo retóricas reivindicativas y nacionalistas sino además, y sobre todo, relatos, lugares, anhelos, personajes, símbolos y prácticas comunes.

Lograr que territorios profundamente heterogéneos en términos sociales lograran cohesionarse para darle mayor solidez al espíritu nacionalista exigía, por parte de aquellos que defendían y promovían esta empresa, la capacidad de comprender que era solo a partir de lugares comunes, reforzados por la historia y la mitología

---

<sup>12</sup> Citado por Hobsbawm (1998, p. 65)

local, que se hacía posible sintonizar de manera más o menos pura los ideales y objetivos de aquellos que compartían diferencias obvias. Desde el análisis de Hobsbawm (1998, p. 99), esta posibilidad de trascender la diferencia próxima por una semejanza mucho más profunda aunque impalpable, se hacía efectiva solo en la medida en que la idea misma de nación proponía una lucha ultraterrena, que rebasaba de manera amplia las características más tradicionales que dictaba la heterogeneidad de los territorios. La propuesta entonces era cambiar los conflictos inmediatos por una cosmovisión mucho más amplia y comprehensiva donde todos tuvieran un lugar común.

Así mismo, hace falta insistir en la trascendencia que tiene la capacidad de abstracción, sumada a la condición imaginaria y de representación propia de los seres humanos; en términos funcionales, esta última hace más fácil dar cuenta del componente ficticio y de fabricación de los significados de la nación (y de sus mitos fundacionales) a partir de imágenes proyectadas a través de productos culturales de consumo masificado (cine, literatura, obras de teatro...); en aras de alcanzar amplios márgenes de simbolización y representación de referentes nacionales en torno a los cuáles se situaban las masas, merced a los grandes niveles de identificación que dichos productos evocaban (Smith, 2000, p.186.)

A propósito de esta cercanía generada a partir de los productos culturales de consumo masificado, desde su planteamiento de la nación como la gran comunidad imaginada, Anderson propone analizar los himnos nacionales con el fin de materializar la idea de la simultaneidad a partir de la representación en masa. En términos prácticos el análisis es sencillo: consiste solo en pensar que un gran número de personas —individuos separados—, en un momento histórico determinado, defendiendo unos ideales patrióticos más o menos similares, terminaron por ser una realidad única e idéntica —por una fracción de tiempo al menos— al entonar todos y desde diferentes lugares del territorio, estrofas y metáforas que habrían de encarnar y simbolizar un ideal particular de nación; Haciendo posible afirmar que esta es “La realización física de la comunidad

imaginada en forma de eco. Nada nos une a todos fuera del sonido imaginado” (1993, p. 205).

Esto facilita ahora sí hablar del juego que he tratado de esbozar hace algunas líneas; dicho juego consiste en la magia de la simultaneidad a partir de la representación y el símbolo. Este último, desde el psicoanálisis por ejemplo, tiene fuerza ya que logra erigir la presencia en medio de la ausencia, crea una realidad cognitiva inmediata; es, en últimas, la representación misma de la cosa, posible gracias al ejercicio cognitivo de la abstracción.

Hecho que justifica pensar en la gran capacidad aglutinadora de los santos iconos, la fe en la patria y en la causa, la entronización del gobernante y la materialización del nosotros vs los otros en banderas, himnos y escudos. Símbolos que devenían en emblemas e insignias exitosas debido no tanto a un elaborado programa de mercadeo, sino más bien al estratégico diseño político y discursivo realizado por las élites nacionalistas, para persuadir amplias poblaciones a partir lo que estas habían erigido históricamente como sus mitos, costumbres, ideales y tradiciones más arraigadas.

Hobsbawm (1998, p. 59) lo sintetiza bien al afirmar que las banderas y los iconos fueron instrumentos poderosos de vehiculización del pensamiento y la conducta porque permitían imaginar aquello que de otra forma no podría haberse imaginado. Al respecto, Smith afirma, “In the Western model of national identity nations were seen as culture communities, whose members were united, if not made homogeneous, by common historical memories, myths, symbols and traditions” (1991, p. 11).

Se formaliza la tesis de una nación construida e implantada en la mente de las personas, a partir no de la imposición ni de la aceptación pasiva de mensajes y argumentos, sino desde el desarrollo de modelos comunicacionales y persuasivos inspirados en la cultura y el territorio de quienes buscaba convencerse: esto hacía

los mensajes más cercanos, de fácil aprehensión y asimilación para quienes los atendían. Los Nolan y Dicaprio, en *Inception*, muestran un ejemplo brillante de esta concepción, pues se trata, en última instancia, de implantar una idea que el individuo habrá de desarrollar por sí mismo.

Es claro que a esta idea que se elabora puede cuestionársele el afán por la unidad y homogeneidad extremas, pero no podría ser de otro modo: quienes promovían en su momento ideales nacionalistas tenían solidas pretensiones de sincronización y eliminación de las diferencias inmediatas, sociales e individuales, presentes en los grupos sociales que buscaban convencer. La unidad y la *comunidad* eran figuras deseadas y perseguidas. Parekh (2000) sostiene que, más allá de promover status individuales, anclados a fenómenos propios del yo tales como la inclinación religiosa particular, el reforzamiento de identidades micro-grupales o la promoción de las distancias económicas, lo que interesaba al Estado moderno, constituido a partir de la movilización nacional, era la potenciación de la igualdad a partir de la elección y capacidad de autodeterminación, no del individuo sino de un grupo de individuos que compartían un conjunto de creencias, territorio y voluntades, que los convertía en hermanos de una misma causa. Además, y parafraseando a Smith (1991, p. 76), unidad significaba la oportunidad de alcanzar cohesión social, el sentimiento de hermandad entre los nacionales (llamado por los franceses la *fraternité*) hecho que acercaba a los pobladores a la metáfora de la familia. Ciudadanos con historias iguales, en la misma época y el mismo territorio, dispuestos a todo por defender su madre patria, hombro a hombro con sus hermanos nacionales.

Aparece la etnicidad como herramienta para el trabajo persuasivo en manos de quienes defendían la empresa nacionalista y buscaban construir mensajes que alentaran la identidad y el reforzamiento de los lazos entre villas lejanas que pertenecían a una misma patria. ¿Por qué la etnicidad precisamente? Porque permitía relacionar el origen y la descendencia comunes, elementos esenciales que de entrada marcaban un nexo cercano que incluso antecedió a aquellos que lucharían por su nueva patria. “El parentesco” y “la sangre”, a la sazón de

Hobsbawm (1998, p. 70), eran ventajas obvias para unir a los miembros de un grupo y excluir a quienes eran ajenos a él, dando así mucho más vigor a las pretensiones de unidad e identidad.

Frente al reto de encarar las distancias entre los “compatriotas” y las profundas diferencias que se desprendían de un desarrollo que, a principios y a lo largo de la modernidad, debía ser bien focalizado, tanto en Europa como en la Nueva América el nacionalismo propuso, además de los mitos y relatos comunes, la trascendencia del origen compartido, sin importar que para alcanzar esto se precisara construir artificialmente dicho origen. El objetivo era claro y el medio contundente: más que servir de adorno a la cultura general de los pueblos, la relación con los gloriosos antepasados, los unía y emparentaba, impulsándolos a la lucha por la reivindicación y la autodeterminación nacional.

Por lo que es válido afirmar que una de las grandes conquistas de la estratagema nacionalista fue cambiar por un gran **“nosotros”**, —coyunturalmente por lo menos— una realidad de islas geográficas y culturales, asentadas en villas y comarcas que se caracterizaban tanto por su alto fraccionamiento y localismo como por las diferencias de clase entre los diferentes grupos que las componían. Por ello, Smith (1991, p. 73), plantea lo siguiente “A nationalist language and symbolism is broader than an ideology or ideological movement; it often connects that ideology with the 'mass sentiments' of wider segments of the designated population, notably through slogans, ideas, symbols and ceremonies”.

Sin embargo, Este dejo de romanticismo étnico-nacional no puede nublar el criterio. Desde su juiciosa interpretación histórica, Hobsbawm, aclara que, aun dejando de lado las migraciones, era tan complejo poder comunicar, y tan heterogéneas las poblaciones (incluso las que devendrían luego en Estados pequeños), que reivindicar una etnicidad común, con un pasado glorioso representado por héroes ancestrales resultaba casi imposible. Fue sobre la marcha y gracias a los medios de difusión masiva (entre los cuales la escuela terminó por desempeñar un rol

fundamental) que los años dorados de los antepasados fueron implantados en los ciudadanos. Aun así, materializada en la impoluta unidad nacional, la marca del nosotros fungía de herramienta perfecta a los objetivos de cohesión.

Por lo que fue trascendental que los promotores del espíritu nacional independentista lograran construir y transmitir el supuesto de polarización existencial traducido como “el nosotros” vs “el ellos”: una lectura en clave dicotómica que ilustra en varias direcciones la presente discusión. Para la época de las reivindicaciones patrióticas y las luchas nacionalistas, el hecho de haber trabajado insistentemente en forjar la lengua propia de un territorio, perdería mucho de su sentido de inspiración primigenia si en el terreno circundante no fuera posible escuchar otros dialectos (Hobsbawm, 1998, p. 65). Entendida en términos negativos, esta etnicidad y construcción de identidad terminaba por ser en extremo funcional al ahorrar un paso complejo, el de la definición en todas las dimensiones de lo propio, pues se antojaba fácil, además de propicio, definir “al otro” en contraposición al propio grupo, llenando así de sentido aquellos espacios que los discursos patrióticos no podían copar (p. 74).

La propiedad de un argumento de este tipo en los discursos nacionalistas se deriva de comprender que no se trataba solo de aquello que hacía similares y terminaba por hermanar a los compañeros de lucha, sino también de tener muy en cuenta que la definición y creación de identidad por oposición era otra herramienta bien efectiva.

Tres elementos pueden rescatarse entonces antes de pasar al último apartado del presente capítulo. Por una parte, la importancia de la representación, el símbolo y la creación cognitiva de realidades, juntas erigían un universo común entre los diferentes miembros de las naciones. Así mismo, la importancia de afinar los sentimientos y pensamientos en torno a propuestas y símbolos más o menos similares. Y por último, argüir que para estas mismas propuestas de nacionalismo resultaba altamente efectivo asegurar los sentimientos propios merced a la contraposición con otros grupos sociales que podían excluir o amenazar la nación.

#### **4.1 El sentimiento por la acción; movilización emotiva más allá de dispositivos racionales**

Dispositivos centrados en el discurso, con fines políticos y persuasivos tales como: los argumentos de identidad, la construcción discursiva en torno a lo común, el privilegio de lo étnico-histórico, la fabricación de mitos y símbolos en aras de cohesión y adhesión a relatos de patria... eran recursos fuertes y efectivos, precisaban de amplias elaboraciones lingüísticas y de la capacidad de abstracción y pensamiento de quienes los presenciaban; eran en suma recursos preminentemente racionales, por lo que adolecían de un asunto central de crítica importancia, el del amor, el sentimiento, la emoción, en síntesis, el sustrato afectivo del que precisa la persuasión.

De poco servirían argumentos y mensajes bien elaborados y afincados en el pasado inmediato y glorioso de las naciones si no provocaran en su audiencia reacciones capaces de escapar a toda forma eminentemente racional de explicación; como fundamento esencial del presente trabajo de grado se plantea como una de la tesis centrales el argumento que aboga por el papel de las emociones como categoría de influencia directa en las decisiones que se toman en materia política. No basta solo con la identificación o la racionalización de los discursos patrióticos, la naturaleza humana está profundamente vinculada con móviles de acción apuntalados en determinantes afectivos.

Es por esto que el apartado final del presente capítulo tiene como germen de desarrollo la pregunta por el afecto y su movilización. Tarea compleja en muchos sentidos, pues tratar de explicar aquello que han llamado “amor de patria” escapa a la teorización en la medida en que es producto de lo que se siente y no de lo que se piensa. Pero es por esto mismo que se figura tan pertinente además de necesario tratar de elucidarlo, pues no es ningún desvarío la afirmación aquella que reza que

todo lo que sentimos influye de manera directa –tal vez más de lo que la teoría ortodoxa defiende- en todo lo que hacemos.

Renán (2000, p. 64) afirmaba que, más allá de sus objetivos prácticos y geográficos, la nación lograba aglutinar a los hombres gracias a que despertaba en ellos un poderoso sentimiento materializado en la movilización. De acuerdo con sus palabras, “La comunidad de intereses es, en verdad, un vínculo poderoso entre los hombres. ¿Bastan, sin embargo, los intereses para hacer una nación? No lo creo. Hay en la nacionalidad una parte de sentimiento. Es a la par alma y cuerpo: un *Zolliverein*”.

Desde el mismo Renán, se halla el parangón ideal para buscar en los arquetipos sociales más clásicos una forma de ejemplificar este amor que en muchos casos llegaba inclusive a ser desbordado. Según este autor, el estudio juicioso de la idea de nación en varias lenguas arroja como resultado símiles que señalan siempre a la familia, en especial, a la protección del seno materno. Pensaba pues en la patria como el terruño que proveía, cobijaba y abrazaba de manera maternal a sus hijos allí nacidos; hijos que a pesar de las diferencias de clase y las distancias intra estatales podían ser pensados como hermanos.

El hogar y el parentesco son expresiones que “denotan algo a lo que se está naturalmente atado” (Anderson, 1993, p. 202). Expresiones capitalizadas por el dispositivo nacionalista, y que servían como recurso para mover a la lucha, a la acción, a la identificación poderosa con aquello en lo que los hombres lograban regocijarse, aquello que en múltiples sentidos ayudaba a responder a su pregunta por el ser y la existencia. Hogar territorial dador de sentido y significado. Bobbio (2005) lo advierte: la ideología nacional, propiciada por las primeras guerras patrióticas y las formas que fue adquiriendo el Estado en la modernidad, marcó la aparición no solo de un nuevo mapa geopolítico, también tuvo como consecuencia la afiliación de los sujetos al mismo Estado a través de vínculos guiados tanto por intereses sociales de reivindicación o de seguridad y protección de la propiedad

privada, como (de manera muy especial) por movilizaciones intrasubjetivas de sentimientos profundos de honor e identificación. La gran conquista que se perseguía era, digamos, lograr extrapolar todo el cumulo de vínculos subjetivos que adherían a los sujetos a sus comunidades naturales (la familia, o la tribu por ejemplo) a esta nueva gran familia nacional que por sí sola no tendría por qué representar para los sujetos el lugar en el que depositaran toda su fuerza de acción y movilización.

Ahora bien, lo interesante del presente asunto aparece si se le desprende todo este halo romántico de amor genuino y espontaneo y se lo reemplaza por los intereses de aquellos que buscaban agenciar de manera funcional dichos sentimientos. El problema que aquí se plantea tiene interés para la psicología en la medida en que es una muestra clave de cómo pueden ser movilizados sentimientos tan íntimos y subjetivos por unos agentes específicos, en aras de una causa que termina por ser social —nacional o estatal—. Jalonado por las mismas revoluciones nacionalistas (en especial la Revolución francesa y su declaración de los derechos del hombre y la autodeterminación de los pueblos), el cambio de paradigmas políticos llevó a que la legitimidad dependiera del pueblo mismo y ya no de los vínculos de sangre o la elección papal. Hace gala de su aparición ahora el dispositivo democrático, en tanto herramienta única y privilegiada para elegir y legitimar a las figuras que habrían de marcar el rumbo de los nacientes y aun manchados de sangre Estados-Nación modernos.

Este es un paso histórico para el que no interesa entrar en detalles pero que marca una ruptura fundamental frente a la manera como era concebido el “pueblo”; ahora esos mismos ciudadanos comienzan a tener poder de elección (los hombres en principio, luego llegaron las mujeres); por tanto, aquellos interesados en gobernar habrían de comenzar a fijar métodos y estrategias para ganar su simpatía, generar identificación, movilizar a las personas y, por supuesto, conquistar su voto. “El pueblo elige”, es la consigna que inaugura la democratización en Occidente. Los individuos, vueltos masa, serían el objetivo primordial para la movilización, ya no

con el fin de la independencia y la autodeterminación de los pueblos (al menos no exclusivamente) sino también con el interés de movilizarlos y persuadirlos para elegir ciertas opciones de gobierno. Es así como “El desarrollo de la revolución industrial, que había creado las condiciones para una participación activa de las masas en la vida política y para una integración nacional de la clase obrera, permitió a los gobiernos nacionales penetrar en la vida común de todos los individuos” (Bobbio, 2005, p. 1032).

Una teoría básica del mercado ayuda a entender un poco la necesidad que tuvieron los aspirantes a gobernantes de comenzar a diseñar mecanismos para persuadir al pueblo a favor de ciertas opciones políticas. Para el decenio de 1880, según anuncia Hobsbawm (1998), eran tantas las opciones ofrecidas a los ciudadanos para resultar favorecidas electoralmente que ya no bastaron la lealtad y el apoyo automáticos a los superiores del Estado otrora otorgados por el pueblo a sus élites. Esto además porque, para el siglo. XIX, aparecieron nuevas clases sociales que no accedieron de manera automática a favorecer dichas elecciones, pues carecieron de un lugar tradicional en el esquema general de la sociedad. Dictada por la misma racionalidad del mercado, la solución al asunto fue entonces ofrecer más y mejores productos a los nuevos electores; no es esto otra cosa que la competencia por el voto entre rivales políticos. Proceso que finalmente fue decantando en que los intereses del estado pasaran a depender de la participación del ciudadano corriente en una medida que nunca se había imaginado.

Las clases gobernantes se las tuvieron que ver con los nuevos intereses de las recién inauguradas clases sociales, y la forma de los dispositivos para captar la simpatía de dichas clases fue mudando paulatinamente. Las actitudes políticas de los trabajadores (clase obrera) se tornaron de capital importancia. La aparición del voto (masculino reitero) y la forma moderna del Estado (necesitado de legitimación, atado al pueblo), “colocaba tanto el asunto de la <<nación>> como los sentimientos del ciudadano para con lo que considerase su <<nación>>, <<nacionalidad>> u otro

centro de lealtad, en el primer lugar del orden del día político” (Hobsbawm, 1998, p. 92).

Introduce esto además una manera diferente de situarse frente a la patria y frente a los demás. Aunado al proceso de convertir criollos e indígenas en ciudadanos de la Gran Colombia, por ejemplo, hizo falta exaltar aún más el sentimiento de superioridad frente a las demás naciones. En sentido lato, nada que brindara la Gran Colombia sería muy diferente a lo que ofreciera Brasil o Perú; es por esto que se antojó como necesidad extrema educar a los compatriotas, afincar mucho más su sentido de pertenencia e identificación al himno y la bandera, despertar en ellos la necesidad de sentir que su patria precisaba de su movilización y, en términos francos, de su voto.

#### **4.2 De falsas escisiones; emoción y cognición en el dispositivo nacionalista**

La pregunta por el título se mantiene, ¿Qué tiene que ver todo este proceso de cambio y democratización de la política con la idea de nación y los sentimientos que desde ella se evocan? Pues los nuevos discursos llegan precisamente a capitalizar todo aquello que en los albores de la nación fueron descubriendo quienes promovían tal empresa. Ahora más que nunca (y esto se hará evidente en la I y II Guerra Mundial) afloraba el deseo de las clases gobernantes por alentar en sus ciudadanos el amor puro a la patria; patria que cobija y no traiciona, la patria, símbolo de protección y libertad según rezan los textos de los grandes himnos nacionalistas.

Se conjugan dos procesos bien interesantes y de gran importancia para el presente trabajo. Por un lado, la movilización de sentimientos y lealtades; por el otro, la representación de dichos sentimientos en la conciencia de los ciudadanos. Esto busca menguar las profundas diferencias, acentuadas por un filósofo como Descartes, entre emoción y cognición; ambas terminaban por estar situadas en dos

polos opuestos, y sin facilidad alguna de interconexión. Lo interesante de este discurso nacionalista es que, de manera suficientemente clara, permite ver cómo ambas esferas se tocan y afectan constantemente. Se antoja tan clara esta relación que los agentes responsables de movilizar los pueblos, bien para luchar por su nación, bien para elegir sus nuevos gobernantes, apelaban a dispositivos psicológicos y racionales (muchos de los cuáles han sido enunciados en el presente capítulo) en aras de potenciar dicha movilización.

Bar-Tal (1995) no titubea al defender la tesis según la cual el hecho de que los individuos dotaran de significado y fuerza (tanto motora como mental) la identificación con su nación, así como la adhesión que mantenían a la misma, daba cuenta del papel central que el patriotismo desempeñó en su disposición psicológico-social. La adhesión, ya por sí misma, habla de amor y asistencia, pues los sujetos no se adhieren a aquello que desprecian o les resulta indiferente. Los sujetos, efectivamente, amaban su patria, su territorio, su historia y costumbres, y esto no era producto de la determinación genética ni de la maduración gradual de un sentimiento de afiliación, sino más bien, y es esta una de las principales tesis que defiende, del agenciamiento de las emociones controlado y llevado a cabo por grupos sociales interesados en exacerbar dichas emociones, agenciamiento que se vinculó además con la necesidad de identificación y adhesión propia de los seres humanos.

La metáfora de Anderson (1993) de la nación como una gran comunidad imaginada sirve de nuevo como recurso explicativo. En este caso, era un dispositivo que venía a satisfacer una necesidad clara de los sujetos por vivir en comunidad, ya no la comunidad para garantizar la supervivencia, propia de los orígenes tribales, sino una comunidad en sentido más complejo, en la que se desarrollaban relaciones en red entre los sujetos y a la que, por su parte, ellos dotaban de significados debido a que les permitía mantener vivas las fuerzas por la afiliación, la cohesión y la lucha mancomunada.

La modernidad rompe, como se enunciaba en algún momento, con las formas de relación primigenias y focalizadas en pequeños grupos. Este vacío emocional que implicaba el abandono de una sociedad micro con fines y sentidos, es llenado entonces por la nación, el país y la patria. Lo curioso en este punto es la manera como las personas terminaron por aceptar esta nueva macro comunidad artificial en detrimento de sus otrora comunidades y redes humanas reales (Hobsbawm, 1998, p. 55).

Tal vez la mejor respuesta que pueda atinar a darse sobre esta sustitución tan particular dependa de reconocer la manera como se gestionaron y movilizaron sentimientos de identidad, historia común, territorio circundante y promoción de las emociones individuales. Aclarando, por supuesto, que la generalización se hace con fines prácticos y de facilidad para el análisis, pues en cada territorio y en cada momento, la manera como se movilizaron estos sentimientos varió, ajustándose a las necesidades y características precisas del contexto y su población, adaptación que sin ninguna duda fue otro de los agentes clave para el éxito del discurso nacionalista. A propósito de la capacidad de adaptación de los discursos nacionalistas puede citarse:

Chameleon-like, nationalism takes its colour from its context. Capable of endless manipulation, this eminently malleable nexus of beliefs, sentiments and symbols can be understood only in each specific instance; nationalism-in-general is merely a lazy historian's escape from the arduous task of explaining the influence of this or that particular nationalist idea, argument or sentiment in its highly specific context. (Smith, 1991, p. 49)

Se ve la posibilidad de volver constantemente sobre lo emocional y de allí pasar a lo cognitivo y viceversa. Es gracias a la mente de los sujetos que los discursos podían ser representados (y en esta medida existir) y potenciados al conectarse con las redes neuronales precisas que activarían todo el sistema emocional. Esto aunado a otro hecho básico para la psicología general: con el paso del tiempo y entre más profundo calado llegaban a tener los referentes de patria y nación, más fácil se hacía para los estrategas de la época encontrar medios efectivos que

facilitaran la evocación mnémica del pasado glorioso y la identificación con los símbolos patrios.

Smith argumenta; tanto el lenguaje como el simbolismo nacionalista conjugan dimensiones cognitivas y de expresión de sentimientos. Dan cuenta de aspiraciones y afectos comunes que las elites supieron explotar muy bien; nociones como autonomía y autenticidad, símbolos de autorrealización y consignas que reforzaban la idea de una alianza natural materializada en la comunidad patriótica, daban cuenta de esta misma posibilidad de fusionar aspectos cognitivos y afectivos en torno a una idea de comunidad ampliada. (Smith, 1991, p. 76).

Para reforzar esta idea, clave para la comprensión del presente apartado, recorro de nuevo a Bar-Tal (1995). Según este psicólogo social, en la empresa patriótica hay indicios claros de la fusión entre las dimensiones cognitivas, emocionales y conductuales. El primer elemento podía verse reflejado en una gran gama de creencias por medio de las cuales se expresaba el patriotismo, (por ejemplo, «Amo a mi nación», o «soy leal a mi estado»). Por su parte, el componente emocional se hacía evidente en los afectos demostrados por los patriotas a su país, factibles de rastrearse en las industrias culturales como el cine de las primeras guerras, que mostraba la lucha a muerte por la patria, o en el llanto de los nacionales ante las victorias de su país en unos juegos olímpicos. Finalmente, el aspecto conductual termina por desprenderse de los dos primeros, las emociones y pensamientos se traducen en acción; la historia es benévola con ejemplos en este respecto, las numerosas luchas, la entonación juiciosa de los himnos, enarbolar las banderas, son todos muestra de cómo los nacionales accionaban creencias y sentimientos en nombre de su sagrada patria.

La síntesis hecha a partir de Bar-Tal sirve para cerrar un apartado que buscó ilustrar como una idea puede devenir en sentimiento y acción. Entender cuáles son las características esenciales de un grupo social dado es esencial si se quieren encontrar dispositivos persuasivos que realmente sirvan a la idea de conquistar

esferas de poder a través de instrumentos políticos y con el favor del pueblo. Sin embargo, los tiempos, las sociedades y los individuos cambian. El discurso nacionalista fue poderoso y efectivo, son aun visibles sus efectos, pero en la actualidad no tiene la presencia ni la fuerza con que contara antaño. La sociedad actual precisa otro tipo de relatos, le urgen otro tipo de explicaciones; por ello, el apartado final buscará mostrar como a pesar de que el discurso persuasivo sigue siendo una herramienta fundamental de trabajo, el punto a partir del cual se desarrollan los mensajes políticos se ha modificado sustancialmente. Entender esto será clave para quienes piensen desarrollar mensajes efectivos o vean en los entramados discursivos de la contemporaneidad el centro gravitatorio de sus ejercicios investigativos.

### **Capítulo 3: Nuevos cohesionadores sociales: La gestión del individualismo desde la emoción colectiva y la identidad grupal**

“El acabamiento de un mundo —nunca se insistirá bastante— no es el fin del mundo”.

(Maffesoli, 2009, p. 160)

Un asunto llama poderosamente la atención; frente a la consabida dinámica social, la transformación de referentes políticos y culturales y el protagonismo asumido en las últimas décadas por cosmovisiones alternativas que riñen o se complementan con aquellas que las preceden, se impone la necesidad de comprender cuáles son las fuerzas subyacentes a dichos cambios de referentes y cosmovisiones. Ejercicio que claramente puede tener presunciones teóricas, prácticas e inclusive predictivas.

Sin embargo, lo que se propone ahora es un ejercicio de naturaleza descriptiva, a partir de aproximaciones teóricas interdisciplinarias que coadyuven al desarrollo de interpretaciones más depuradas frente a los desafíos que plantea el contexto de una época enmarcada por discursos pos modernos, de hiper acentuación del individuo y de caída en desuso de los grandes relatos y referentes sociales de cohesión.

El capítulo que ha precedido al actual tenía un doble propósito en términos de desarrollo práctico. Por un lado, dar pistas sobre el poder de las ideas y la manera en que ellas confluyen con emociones y pensamientos, creando un poderoso canal de movilización que en términos económicos, políticos y sociológicos llevó, desde el presupuesto de la nación, a reconfigurar el mapa político de Occidente. El aparataje nacionalista dio paso a vínculos identitarios, cognitivos y emocionales que decantaron en la unión de individuos antes aislados. Una interpretación del componente multifacético que encarna la idea de nación amerita estudios no solo desde la teoría política y la historia, sino también desde la psicología, partiendo de estudios sobre el individuo, el desarrollo de la identidad, la formación de grupos y

las teorías cognitivo-emocionales. Resaltar la influencia política y geográfica de la idea de nación es más un pretexto para señalar los importantes aportes que las investigaciones y posturas académicas en psicología pueden aportar a fenómenos sociales complejos.

El segundo propósito consiste en facilitar el establecimiento de un lazo en términos analíticos con el actual apartado; en aras de realizar un contraste entre las fuertes movilizaciones sociales —especialmente nacionalistas— de los siglos XVIII y XIX en Europa y América, y el mundo actual, que pareciera estar subsumido en el ideal propio del liberalismo que tiene como protagonista esencial al individuo, según han planteado numerosos teóricos políticos y sociólogos.

Si se piensa en clave de influencia social y potencial de organización y movilización con fines políticos, la contemporaneidad deja serias dudas pues resulta complejo persuadir a una sociedad atomizada, en la que los referentes cohesionadores son débiles y que tiene como dimensión preeminente de desarrollo al YO.

Desde esta aproximación descriptiva tratarán de plantearse alternativas de solución a la complejidad que representa para los fines sociales y políticos el individualismo; de allí la importancia de la psicología, y del estudio de los fenómenos individuales descritos hace algunas líneas. De manera que al interrogante planteado por el protagonismo de las teorías individualistas y a la preocupación por la pérdida de causas comunes dada la caída de los grandes discursos reivindicativos, como mayo del 69, el movimiento Hippie, las movilizaciones de izquierda, feministas, los sindicatos y partidos obreros, entre otros, podrá responderse que el estudio del individuo y sus determinantes de acción permiten proponer nuevas líneas de abordaje de la cuestión, y desarrollar herramientas centradas en la gestión del poder, con matices persuasivos que exploten condicionantes emocionales y cognitivos. En coherencia con la época en que aparecen, dichas herramientas tienen como eje articulador y centro de toda atención al propio Yo.

Para ello, éste capítulo desarrolla tres momentos fundamentales. En primer lugar, se hace un breve acercamiento de tipo descriptivo a teorías sociológicas sobre el Yo; esto con el fin de caracterizar al individuo de la contemporaneidad en relación con escenarios sociales para mostrar un cambio considerable: apático de las grandes causas políticas de antaño deviene en sujeto preocupado de una forma singular por sí mismo. En segundo lugar, se hace un esbozo de las configuraciones sociales que llevan a que los individuos aparentemente aislados, por la misma hiperacentuación del Yo, encuentren plataformas de relacionamiento muy específicas, que no son tan amplias como las de antaño pero que dan cuenta de que la idea de individuos completamente atomizados y preocupados solo por ellos mismos es cierta solo en apariencia. Finalmente, a partir de la psicología política, específicamente de la teoría de grupos, podrá verse cómo la identidad, la emoción y la configuración cognitiva tan particular de los sujetos agrupados, crean un escenario ideal desde el cual pueden no solo comprenderse sino además proponerse alternativas de cohesión y vinculación en clave de agenciamiento de esas emociones, a partir de unos modos particulares de enfocar y guiar el discurso. Probando como las reivindicaciones micropolíticas enmarcadas en escenarios grupales, resultan ser espacios factibles de influencia externa, lo que constituye en sí una estrategia potenciadora del mensaje persuasivo.

### **1. El Yo toma la palabra: agremiaciones y discursos colectivos en desuso**

La contemporaneidad no ha olvidado la forma en que décadas atrás se ofrecían a los sujetos asistentes a los grandes teatros espectáculos de orquestas y coros, encantadores de inmensas audiencias, pertenecientes a todos los estratos, sin distinción de edad o posición social. Hesse..., todos los asistentes serían testigos, en la coincidencia espacial y temporal, de la puesta en escena que serviría de referente para las conversaciones, críticas e ilusiones colectivas.

Debido a la misma contundencia del entretenimiento como dispositivo social es que la contemporaneidad no lo olvida, al contrario, lo explota más que nunca, eso sí, con sustanciales cambios respecto de la alteridad temporal. No se escucha ahora la palabra presentación o espectáculo orquestal, se habla en cambio de performance. Decir “se habla” es también impreciso, más bien se comenta, y ya no a la salida del teatro sino por medios de la redes —virtuales—. ¿Cómo es esto? Tanto las tablas como sus protagonistas han sido paulatinamente desplazados, el uno por dispositivos tecnológicos y mediáticos y el otro por las estrellas fugaces del mundo del espectáculo. A diferencia de los coros o grupos, nuestras estrellas deben ser “solistas”, que acompañan su show con sonidos sintéticos o tímidas orquestas anónimas.

Hace poco el walkman o el discman, recientemente el mp3 y el Ipod, y primordialmente los audífonos, son cómplices directos del cambio de un escenario social donde pocos tocaban para muchos a otro en el que cada quien, en casi cualquier lugar del mundo, tienen la posibilidad de elegir un artista de turno según gustos, estados emocionales y anhelos de proyección; la tecnología lo permite, y cada uno decide. El de ahora es pues un concierto del Yo, o de los Yoes, que dialoga —pese a las apariencias—, solo con un individuo al tiempo y que agota su existencia en el momento de la descarga virtual.

En la misma línea, Lipovetsky afirma que el individuo de la sociedad contemporánea no puede pensarse aislado de los dispositivos que lo circundan. El consumo, la seducción y el hedonismo marcan su naturaleza como sujeto, haciéndolo al tiempo protagonista social y actor dependiente, pues solo de dichos dispositivos deriva su existencia. El consumo de masa, con la profusión lujuriosa de sus productos, imágenes y servicios, ha abierto la puerta a la democratización del hedonismo (2002). Democratización que no debe entenderse solo desde el gran ideal político por universalizar derechos, sino además desde el axioma que reza que a la democratización le subyace una suerte de homogenización de estándares y valores deseables para el grueso de la sociedad.

Un mundo en el que el Yo toma la palabra es también aquel en que se “goza” de la posibilidad de un sin fin de elecciones individuales. Cada quien puede elegir según sus gustos, tanto en música y moda, como en religión y política; hecho por el que proliferan las ofertas de corte independiente y privado: deportes, tecnologías psi, turismo, moda, relaciones humanas y sexuales... (Lipovetsky, 2002, p. 19)

Así como en su momento la modernidad y los sistemas de pensamiento a ella asociados representaron la caída de inmensas cuotas de poder clerical y confesional, en la contemporaneidad es factible observar cómo quedan sueltos grandes sistemas de sentido, de forma especial aquellos relacionados con los vínculos autoritarios y directivos, de inscripción ideológica partidista, bien fuera de derecha o de izquierda, de observancia estricta de principios católicos como la prohibición de planificar e inclusive de reivindicaciones macro mucho más recientes como las feministas; Instituciones, costumbres y actores disciplinario-autoritarios que hasta hace muy poco legislaron y regularon los modos correctos de vivir, la sexualidad, la educación y la ética son hundidos a una velocidad vertiginosa por la pregnancia discursiva, comercial, religiosa, económica y cultural del Yo (2002: 24).

Esa asociación es clave y fundamental, ya que permite que sea el individuo mismo quien decida sobre sus gustos y acciones y en la misma medida, resulte objeto deseable y factible de ser seducido, frente a la ausencia de una autoridad suprema que le dicte un rumbo correcto de acción. La opaca presencia de amplias autoridades formales, influenciando amplios grupos de individuos, será llenada por miles de ofertas tendientes a persuadir y satisfacer miles de sujetos decidiendo individualmente. Se trata de promover la libre elección en detrimento de la sujeción uniforme, la pluralidad en contra de la homogeneidad y la realización de los deseos en sustitución de la austeridad (2002: 19). La naturaleza actual de las cosas permite hacer una afirmación bastante llamativa: cada individuo toma la carta y muta, escoge o rechaza los accesorios que precisa para decorar su existencia, pues en todo caso “La independencia es un rasgo de carácter y también una manera de

viajar al propio ritmo, según las preferencias de cada uno; construid vuestro viaje” (Lipovetsky, 2002, p. 19).

Muy a la sazón de aquello defendido por escuelas de la psicología clínica, cada paciente es agente activo en su propio proceso de cura. Lo mismo aplica para el campo profesional, familiar y emocional. Cada quien labra su propio destino, y la idea de nacer en una clase social a la que el sujeto, (raras excepciones según la promesa liberal), pertenecerá por toda su vida, sobreviviendo de mano de un oficio familiar que también lo precede, es una realidad rastreable ahora solo en novelas históricas de la antigüedad o el medioevo. De allí que Lipovetsky le de tanta preponderancia a la idea romántica de la actitud y el todo se puede, pues el deporte, el culto a la espontaneidad y la cultura psi son dispositivos supremamente efectivos; ayudan a encontrar una conciencia del propio cuerpo, a ser más uno mismo, a liberarse de roles y complejos impuestos desde afuera, a tener más feeling, *más actitud*, a superarse y ser un ciudadano ejemplar, exitoso (2002).

La política, como una de las dimensiones básicas para el presente trabajo investigativo, no ha dejado de verse afectada por los vertiginosos cambios. Según el mismo filósofo y sociólogo francés, la política también ha devenido en seducción, ha mutado de los grandes discursos polarizados a la personalización impuesta por la imagen de los líderes occidentales: “Con simplicidad ostentosa, el hombre político se presenta en téjanos o jersey, reconoce humildemente sus límites o debilidades, exhibe su familia, sus partes médicos, su juventud” (Lipovetsky, 2002, p. 25). Muy a pesar de los románticos de la política, las elecciones de representantes en la actualidad están cada vez más lejos de la influencia ideológica y las maquinarias de pensamiento y más cerca del carisma y la simpatía, el cara a cara entre candidato y ciudadano, la psicologización y humanización del poder, la construcción de un presidente a “escala humana”

Por lo que no puede considerarse un abuso argumentar que es real la renuncia a las causas comunes por parte de los sujetos. Desertar es una atractiva opción

cuando las expectativas meramente personales dejan de satisfacerse. Lipovetsky (2002) hace un juicioso diagnóstico estableciendo que nunca hubo tantos canales y formas diferentes de participación directa e indirecta, sin embargo, a mayor creación de oportunidades, mayor abandono de las mismas.

Es necesario advertir que centrarse en el Yo, buscando a ultranza su seducción y persuasión, no implica construir una total ficción de la realidad. Más bien, busca identificar elementos clave para contar una versión de la historia en la que la libertad depende de tener más opciones entre las cuales escoger y la construcción del individuo de contar con elementos diversos que le permitan fabricar una personalidad muy propia y diferenciada. De allí que amplios referentes sociales, públicos y comunes caigan. La alternativa del sujeto es el sujeto mismo, pues cada una de las acciones que emprenda no tiene sino como finalidad suprema su propio bienestar y tranquilidad. Razón por la cual la seducción adopta también múltiples formas, construyendo y remodelando el mundo en procesos sistemáticos de personalización, sustituyendo sujeción por la libre elección, y sin renunciar a la consabida promesa de la felicidad hecha a partir de posters y segmentos publicitarios (Lipovetsky, 2002).

Afirmar que no hace falta construir una ficción total de la realidad tiene que ver mucho con una de las tesis de Debord (1999) según la cual sí se precisa construir una realidad (por lo menos parcial) según intereses particulares. Las cosas no andan por ahí determinándose. El mundo y la historia (el capítulo precedente a propósito de la nación es un importante ejemplo) han mostrado una y otra vez el sinfín de determinantes que bien desde el pueblo mismo o bien desde las élites más encumbradas del poder, pueden marcar la forma como vemos y pensamos la realidad. Los dispositivos de poder tienen un correlato en el mundo, le dan forma, lo crean o lo destruyen.

Según Debord, la lógica del Yo y la seducción se alimentan de la contemplación como instrumento que satisface y genera placer. La existencia del individuo se

alimenta de los objetos que puede contemplar y adquirir. Esto sin importar que tanto se ajuste el objeto a la realidad o felicidad que promete, pues como se ha visto, la importancia de la seducción y aun de la persuasión estriba en poder prometer simbólicamente algo que puede no encontrar una materialización real. Una promesa cognitiva, podría afirmarse.

De allí que el juego clave consista en crear las condiciones precisas para que cada persona sienta que está consumiendo y construyendo su propio mundo. En últimas, lo más lúcido es lograr generar la sensación de libertad y estructuración de una vida particular y diferenciada en aquellos sujetos que consumen productos similares. Ya que por más promesas subjetivas que pueda hacer el mercado, no es posible tener una oferta particular para cada habitante del planeta. Es complejo pero posible, debe recordarse que no se trata de ofertar productos acomodados al deseo de cada individuo, sino más bien de crear la sensación de que cada individuo puede acceder al producto que desea y en esa misma medida estructurar su propio mundo, individual y diferente al de los demás. Lo sustancial, lo que amerita una observación detenida, es precisamente ese afán individual y tan marcado por querer construir un mundo singular. La idea de la reciprocidad y la empatía se ve opacada por el brillo que se desprende de la autenticidad como promesa.

Individualismo extremo acentuado por Lipovetsky cuando afirma que “Después de la deserción social de los valores e instituciones, la relación con el Otro es la que sucumbe, según la misma lógica, al proceso de desencanto” (2002, p. 48). La conquista para el sujeto está en la neutralidad y autonomía supremas, cada uno exige estar solo, cada vez más solo. “Un individualismo puro, desprovisto de valores sociales y morales, sin referentes comunes que se aleja del homo economicus, la familia, la revolución y el arte” (2002, p. 50).

La era de las revoluciones ha concluido, lo político ya no es lo mismo, no porque haya llegado a su fin, sino porque sufre una profunda transfiguración (Maffesoli, 2009). A las grandes revoluciones sociales de principios del siglo pasado y

presentes hasta mediados de la década del 70 les sobrevino un abandono generalizado de lo común. “(...) únicamente la esfera privada parece salir victoriosa de ese maremoto apático” (Lipovetsky, 2002, p. 51). Vale solo cuidar la salud, salir de vacaciones, liberarse y realizarse como individuo. Inclusive se ha perdido el sentido de la continuidad, la marca generacional tiene cada vez menos vigor y el mundo se piensa solo desde las posibilidades individuales en el presente, qué queremos proteger y arreglar reciclando la juventud. El individuo rehúye de los grandes encuadres de masa, a favor de la construcción del individualismo puro; revolución de las necesidades y de su ética hedonista. El nuevo ethos de masa es entonces el discurso psi que potencializa las capacidades del individuo. Creciente apatía política, fragmentación de lazos sociales, vacío de las relaciones, virtualización de lo humano, entre muchas otras, son denuncias propias del siglo XXI que dan cuenta del mismo centramiento en el individuo, en detrimento de vínculos sociales precedentes.

Es así como, afirma Debord (1999), la sensibilidad política ha derivado en sensibilidad terapéutica. Cada vez es menos enferma la sociedad y lo son mucho más los sujetos, por lo que, frente al agotamiento del crecimiento económico como discurso, la promesa del desarrollo psíquico y espiritual ha tomado relevancia. De suerte que el primer momento democrático de regulación política y universalización de causas sociales ha cumplido su etapa, no es factible ahora identificar jerarquías moralistas de finalidades. Afirma Lipovetsky “El placer se ha vuelto en parte autónomo respecto de las reglas morales, la felicidad subjetiva es la que irriga la mayor parte de la cultura cotidiana” (1994, p. 49).

Es válido sostener, a la luz de lo expuesto, que una de las tareas que ameritaría gran dificultad además de responsabilidad, sería la de agotar los ejemplos asociados con las palabras “cada quien”, “cada cual”, “cada uno”, “Yo”. El mundo se ha fragmentado a un nivel tal que es fácilmente defendible el aforismo popular que dicta que “cada quien es un mundo”. Sin embargo, la teoría expuesta a partir del diagnóstico realizado por Gilles Lipovetsky es escasa y desconoce realidades

individuales que vinculan escenarios de socialización más complejos. El apartado que ahora finaliza no es más que el pretexto para conseguir dos fines: el primero es mostrar que no es cierto que la sociedad actual sea igual e idéntica a la de hace algunas décadas. El segundo, consiste en dar cuenta de cómo las teorías que defienden la hiper acentuación del Yo y la suprema atomización social, materializadas en novelas como *La posibilidad de una isla*, o *las partículas elementales*, tampoco son del todo ciertas. Entre uno y otro universo existen resquicios grupales y sociales que fungen, así como el discurso de la nación en su momento, de agentes cohesionadores que pueden estimularse, recurriendo a las mismas herramientas persuasivas y de seducción diseñadas por el mercado en la contemporaneidad, para conquistar sectores sociales amplios a favor de propuestas para la toma de decisiones en escenarios políticos contemporáneos.

## **2. Más allá del Yo como frontera, la pervivencia del vínculo colectivo**

El panorama descrito no es más que un pretexto según se advertía. Un pretexto que tiene mucho de real y válido pero que se agota pronto, por lo que a continuación se muestra como elementos sociales muy propios de los seres humanos perviven aun, eso sí, un tanto transformados. La identidad, la formación de grupos, el anhelo por la reivindicación de causas particulares y la pregnancia del Yo en medio del escenario social son categorías clave para entender la tesis defendida, según la cual el propósito de diseñar discursos efectivos que logren persuadir a los individuos en escenarios políticos para toma de decisiones que decanten en conquistas de poder, deberá tener en cuenta la transformación actual del mundo colectivo, revisando y analizando teorías y propuestas en las que el individuo sea el centro gravitatorio: sus emociones, percepciones, anhelos de identidad y conducta grupal.

Desarrollar la idea planteada a propósito de la transformación de la naturaleza social y las potencialidades que para el mensaje político puede representar comprenderla precisa ahora de un pacto cognitivo, histórico y teórico si se quiere. Retornar sobre

el ideal democrático de las causas comunes y los ciudadanos interesados en la política y el debate es un acto de absoluta desobediencia y de falta de reconocimiento de formas sociales contemporáneas. Maffesoli (2009) diría al respecto que no es más que el capricho por repetir machaconamente lugares comunes sobre el retorno de ese mismo ideal, a lo que agrega: “reemprender *ad nauseam* las sempiternas discusiones sobre la ciudadanía, el contrato social, la República Una e Indivisible, equivale a no percibir las nuevas mitologías posmodernas” (p. 115). El valor del contrato que se ofrece ahora con la esperanza de ser firmado dicta entonces que habrá de aceptarse una realidad que en ningún sentido es nueva. Una realidad que da alta preminencia al Yo y en la que el respeto profundo por figuras como la del Sacerdote, el Padre, el Maestro o el policía está totalmente erosionado. Una realidad heterogénea, líquida desde la perspectiva de Bauman, pero que no por eso ha eliminado completamente el vínculo social y político. Vínculo que persiste y que puede aún reforzarse, sí se atiende a la forma particular de las sociedades que ha tratado de esbozarse, donde existe una vitalidad social innegable aunque extraña, en la que las actitudes políticas se asumen según circunstancias muy precisas, y así mismo se abandonan, “una adopción y apetencia eventual por lo político” (Maffesoli, 2009, 115). Así pues el contrato de aceptación de la propuesta, sin epígrafes ni párrafos, parte de reconocer que no se asiste al final de la política, sino más bien a un momento de transfiguración de la misma, rastreable empíricamente y potenciabile si se desarrollan herramientas orientadas a la comprensión psíquica de los individuos: una política del Yo, de los grupos y de la gestión de las emociones, diferente a aquella de antaño, apuntalada en discursos racionales y producto de la deliberación, así que “Lo esencial es indicar, describir y analizar las configuraciones sociales que parecen sobrepasar la visión individualista; a saber, la masa indefinida, el pueblo sin identidad o el tribalismo como nebulosa de pequeñas entidades locales” (Maffesoli, 2004, p. 54).

Para transitar de la realidad Yoica caracterizada a partir de Lipovetsky, hacia la transformación política que acaba de esbozarse es necesario volver primero a una de las características básicas de los seres humanos, a saber, la identidad. Tal forma

de proceder se justifica debido a que permite, en primer lugar, dar cuenta de procesos individuales que generan vínculos sociales y en la misma medida, potencialmente políticos. Y en segundo lugar, porque va a facilitar la articulación conceptual con el escenario de formación de grupos y luchas micropolíticas al que quiere llegarse. Igualmente, es necesario atender a las características sociales contemporáneas, la identidad ha devenido para la sociología, y la psicología política y social en asunto de trascendental relevancia. Un primer acercamiento a propósito del término, que como muchas otras categorías conceptuales del presente trabajo, se caracteriza por la complejidad para el establecimiento de una definición unívoca, permite señalar que la cuestión de la identidad puede comprenderse solo si se tiene en cuenta su *dimensión simbólica*: es desde allí que el individuo se relaciona con la sociedad, es decir, con otros individuos, para generar procesos y acciones sociales mucho más amplias; dando cabida, entre otras cosas, a roles, patrones de comportamiento, pautas socioculturales y sistemas de sentido compartidos (Mead, 1982).

El estrato simbólico de la identidad es defendido además desde el campo de la antropología cultural. Descrita como identidad colectiva se define como un estado de conciencia, un sentimiento de pertenencia más o menos explícito hacia un grupo o categoría de personas. Sentimiento de pertenencia resultado de la puesta en común de afinidades subjetivas, comunión de intereses o condiciones. Hecho que facilita la emergencia de un movimiento reflexivo que va desde el propio Yo hacia el otro (s), para componer así una suerte de armonía constitutiva de un Nosotros frente a un Ellos; de forma que lo que se es o se aspira a ser es realizado al contraponerlo a aquello que no se es ni se desea ser (Yañez, 1997). Este argumento es reforzado por la teorización hecha por Bar-Tal (1990) acerca de la categorización. El investigador social afirma que el proceso básico que subyace a la formación de un grupo es la categorización, la cual tiene como propósito fundamental hacer que los miembros pertenecientes a un mismo grupo definan el carácter único del colectivo

al que están adscritos<sup>13</sup>. Consecuencia lógica del proceso en mención es también “la exageración de las diferencias entre los componentes de diferentes grupos y la acentuación de las semejanzas entre quienes pertenecen al mismo grupo” (Morales, 1996, p. 202). En clave de la psicología social y política, será importante destacar que la categorización está relacionada claramente con un proceso cognitivo a través del cual los sujetos agrupan objetos, personas y acontecimientos equivalentes entre sí; hecho importante en la medida que permite comprender la forma en que se da el agrupamiento de individuos según características particulares, fenómeno conducente a la creación y división social en grupos. Así que tal sentimiento de identidad colectiva<sup>14</sup> y el realce de esas mismas características particulares fundantes del agrupamiento, pueden ser gestionadas a través de artilugios ideológicos, simbólicos y rituales, pues en últimas, retomando a Tajfel (1984), la pertenencia a un grupo es un estado psicológico, asentado sobre realidades culturales, históricas y cognitivas que preceden a los sujetos. La identidad se relaciona pues, de manera positiva, con ideas como permanencia y continuidad, unidad y cohesión, reconocimiento y autoconciencia (Yañez, 1997; Vignoles et al, 2006).

Es clave volver sobre el movimiento individual que implica el paso del Yo hacia un Nosotros. Identificar el momento exacto y los condicionantes cognitivos que lo permiten es complejo e interesa poco al presente ejercicio. De esa misma complejidad se desprende su importancia argumentativa, ya que la fuerza que imbrica identitariamente al Yo con el Nosotros permite ir dando luces sobre las configuraciones grupales hechas redes en el marco de una sociedad supuestamente atomizada. Al respecto, Habermas (1976) defiende la necesidad de pensar como la unidad simbólica de una persona se constituye a partir del dialogo entre su pertenencia —simbólica también— a un grupo, la posibilidad de ubicar ese grupo en el mundo, y los anclajes individuales que tal pertenencia permite afirmar:

---

<sup>13</sup> piénsese por ejemplo en la forma particular de vestir que pueden encontrar tanto para identificarse entre ellos como para diferenciarse.

<sup>14</sup> para esto puede ser muy útil volver sobre el capítulo que antecede a propósito de la implantación funcional de la idea de nación y la diferenciación entre el Nosotros y los Otros.

“Una identidad grupal que abarque las biografías individuales es, pues, condición de la identidad del individuo” (p. 86-87).

Pero el complemento más cualificado a la idea del vínculo individuo-grupo vía identidad lo ofrece la misma psicología, al defender como el desarrollo de la identidad individual se da al interior de un sistema de delimitaciones: frente a la naturaleza exterior, frente a la sociedad y frente a la naturaleza interior. Tomando en cuenta la aparente discontinuidad entre el sujeto y los procesos de identidad que lo llevan a relacionarse con los otros, Owens (2006) señala que puede identificarse al individuo (self) como el componente que integra y categoriza la información que se tiene sobre uno mismo, obtenida, por ejemplo, a través de la autoreflexión. Mientras que la identidad, por su parte, funge de herramienta que media entre la realidad interior —del self— y la realidad exterior, facilitando que los individuos o grupos se categoricen y presenten así mismos frente a los fenómenos externos. Se reafirma así la tesis que defiende la complejidad de separar los aspectos individuales y colectivos de la identidad, ya que el proceso de socialización que la misma vehiculiza conduce a la internalización de la cultura y los roles sociales, estableciendo una profunda relación de interdependencia entre el mundo exterior y la afirmación y construcción del mundo interior.

En síntesis, un punto en el que coinciden diferentes propuestas ancladas a disciplinas de las ciencias sociales es en defender la identidad individual como resultante de la interacción con una variedad de relaciones sociales; la naturaleza de recíproco intercambio deriva en la reafirmación del propio Yo a partir de los vínculos establecidos con la realidad circundante, en los cuales no solo se toman referentes desde fuera, sino que además se reafirma el sí mismo en la medida en que se obtiene reconocimiento de parte de los otros: “Así el individuo adquiere su capacidad de hablar y de actuar diferenciándose de los demás y permaneciendo idéntico así mismo, a través de su capacidad autónoma de producción y de reconocimiento del yo” (Yañez, 1997, p. 30).

Aunque el proceso de atomización e hiper acentuación del Yo defendido por Lipovetsky no se ha consumado, tampoco ha dejado de ejercer influencia sobre la manera en que los individuos se vinculan identitariamente con los grupos a los que pertenecen. El mismo Yañez (1997, p. 31), a partir de un diagnóstico similar al desarrollado por Lipovetsky, sostiene que “La desacralización de los fundamentos de la identidad, traslada hacia la sociedad, hacia el actuar humano asociado, la fuente de los procesos de identificación”. Como ilustración puede pensarse en un miembro perteneciente a una familia de herreros no hace más de un siglo: en múltiples sentidos la identidad de dicho sujeto vendría jalonada por el oficio y la posición social que lo preceden. Sin embargo, en la contemporaneidad esa misma construcción de identidad va a depender mucho menos de referentes sociales a los que el individuo se encuentre adscrito inclusive antes de nacer y mucho más de las decisiones que tome a lo largo de su ciclo vital a propósito de su proceso de identificación colectiva. Taylor, citado por Yañez, caracteriza tal proceso como la individualización de los mecanismos de atribución y de reconocimiento de la identidad. En últimas, puede sostenerse según esta postura, que “(...) el paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna señala el paso de una identidad adscriptiva, a una identidad electiva” (p. 31).

En consecuencia, los referentes de identidad grupal “duros”, ligados a pertenencias de clase o de nacionalidad, cuya característica esencial fuera ser más o menos estables en el tiempo se ven reducidos considerablemente. Es en este sentido relevante la tesis de Lipovetsky cuando señala que cada quien emprende su propio proyecto, aclarando, sin embargo, que ese proyecto habrá de ligarse sobre la marcha con referentes y decisiones colectivas que estén en sintonía con los gustos y prioridades del sujeto. El panorama resultante de esta dinámica no puede ser más enriquecedor para la actual propuesta, ya que debido a la erosión de las instituciones determinantes de toma de decisiones, cifra en términos aún más amplios la responsabilidad individual frente a las determinaciones colectivas que se tomen. De individuos con una identidad social y colectiva heredada, propia de sociedades tradicionales, transitamos hacia una identidad producto de la acción y

las decisiones individuales. En últimas, y sin desconocer los condicionantes sociales, es cada uno quien decide que referentes de sentido adoptar en su proceso de constitución particular. Como se ha dicho, estas nuevas identidades no se hayan direccionadas solo por la historia familiar y de clase de los individuos, muy por el contrario, son dinámicas y están en permanente proceso de construcción y deconstrucción, pues el sujeto del que emanan no es agente pasivo, estructura su acción según marcos conceptuales que va definiendo en el tiempo. La resultante es entonces una identidad que está lejos de contar con un núcleo fijo, delimitado y estable espacial y temporalmente, es en esencia una identidad que muta conforme a las decisiones de acción operadas por el individuo (Giddens, 1995).

Esta perspectiva que da protagonismo al individuo de la sociedad contemporánea frente a los procesos de construcción de su propia identidad es retomada también por Maffesoli (2004). El autor afirma que efectivamente los vínculos sociales que el sujeto pueda establecer están ahora menos influenciados por las grandes instituciones de antaño. Pero agrega además, y aquí la relevancia del argumento, que existe una multiplicidad de colectivos a los cuales el individuo puede matricular sus procesos de construcción identitaria. Esta propuesta media entonces con la idea inicial expuesta a propósito del individualismo y sostiene una de las tesis centrales del presente capítulo: No acudimos a la fragmentación total de la sociedad en términos Yoicos, pero sí a una atomización considerable en términos de existencia y reconocimiento de múltiples colectivos o formaciones grupales. Hecho destacado sí se piensa que una de las claves para enrutar el mensaje político efectivo depende de comprender la estructuración social. No es lo mismo emitir un mensaje dirigido a una audiencia que se pretende esté dividida entre derecha e izquierda que a una audiencia compuesta por múltiples grupos que defienden y respaldan cosmovisiones bien diferentes las unas de las otras.

Reitero, es fundamental comprender lo anterior en el contexto de la idea que se desarrolla. El discurso nacionalista, agenciado en un gran sentido por actores con intereses definidos de antemano, busco conquistar esferas de poder a través de

herramientas de movilización política vinculadas considerablemente con dispositivos persuasivos. Para ello fue fundamental develar componentes clave de la estructura social, entendiendo la importancia de apelar a figuras homologables a la familia, por ejemplo la madre patria o la hermandad, así como a la defensa de un lenguaje común unificado y una historia heroica compartida. Así mismo, para pensar dispositivos efectivos de comunicación y persuasión en la actualidad es vital volver sobre esa idea de atomización grupal en la sociedad, más aun si se tiene en cuenta que una de las características centrales de esas agrupaciones es agremiarse en torno a causas micropolíticas (sexuales, religiosas, deportivas, musicales, sectarias...) y no necesariamente respaldas por los canales tradicionales de representación o difundidas en los mass media.

Ahora bien, ¿por qué es importante destacar el establecimiento de vínculos identitarios para el sujeto? En terminos funcionales la identidad y el vínculo con grupos sociales representan para el individuo ganancias subjetivas. En principio, Bar-Tal (1990) sostiene que la pertenencia a un grupo depende de tres factores básicos: en primer lugar, de los niveles de identificación que el sujeto establezca con el mismo, es decir, que el individuo pueda sentirse miembro de dicha colectividad. En segundo lugar, de que existan creencias compartidas a nivel grupal, y finalmente, de que haya algún grado de actividad coordinada. Esta aproximación preliminar hace posible destacar, en clave funcional, que la pertenencia a un grupo representa para el sujeto una forma de sentirse reconocido por otros, y a su vez miembro de una causa común (Vignoles et al, 2006; Simon, 2004). Le permite además dar respuesta a su propia existencia gracias a la identificación en otros de creencias compartidas, de forma que el grupo es una suerte de anclaje colectivo en el que los sistemas de sentido de los sujetos que lo integran son más o menos similares; y en la misma medida, la creencia de cada uno es validada por pares, solucionando así una de las angustias fundamentales producto del vacío dejado por la erosión de los metarrelatos en la modernidad.

Los sujetos se vinculan a los grupos a través de la identidad social, entendida como “el conocimiento por parte del individuo de que pertenece a ciertos grupos sociales, junto con la significación emocional y valorativa de esa pertenencia” (Tajfel, 1972, p. 292). Finalmente, los colectivos hacen posible la traducción de los deseos y pensamientos de sus integrantes en acciones, esto es, la factibilidad de materializar y darle existencia a hechos que si dependieran del accionar individual solo serían posibles como pensamientos. El trabajo conjunto permite un mayor margen de maniobra y canaliza el comportamiento de los sujetos hacia causas comunes. Morales afirma al respecto: “La diferencia crucial entre la conducta interpersonal e intergrupala es que esta última se basa en una categorización dicotómica del tipo «nosotros-ellos» por lo cual produce una alta homogeneidad en la conducta de los sujetos del grupo” (1996, p. 203).

En consonancia con lo anterior, debe agregarse que “Los grupos existen porque satisfacen unas determinadas funciones y difícilmente podrían —los sujetos— llevarlas a cabo sin realizar algún tipo de actividad” (Morales, 1996, p. 204). Lo que indica que además de obtener ganancias en terminos simbólicos y subjetivos vía procesos de identidad, los grupos traducen sus acciones, como se ha señalado, en conquistas materiales difícilmente realizables si los individuos actuaran de forma aislada. Las ganancias en ambas dimensiones implican igualmente un reforzamiento positivo de la autoimagen del grupo, esto es, un acentuamiento de los procesos de categorización; “Llevar a cabo procesos de comparación con otros grupos será también distinguir al propio de forma positiva, ya que esto tendrá efectos sobre la autoestima del sujeto, asociada a dicha pertenencia” (Morales, 1996, p. 212). Es por esto que el proceso de construcción de identidad es producto de complejas interacciones entre procesos cognitivos, afectivos y sociales, y puede, potencialmente, proveer a la persona una experiencia psicológica particular que promueva su ajuste social y su bienestar (Vignoles et al, 2006; Simon, 2004).

Puede contarse ahora tanto con la caracterización del individuo contemporáneo como con los lazos que el mismo establece en terminos de identidad con otros

individuos en el seno de grupos o colectivos sociales. Lazos que tienen funciones y productos materiales identificables, es decir, son en parte el derivado de una tendencia humana y natural al agrupamiento, como la posibilidad de construir y reafirmar el propio Yo satisfaciendo intereses simbólicos y materiales. La caracterización da también pistas sobre la manera en que esos grupos se constituyen, destacando la formación de colectivos mucho más pequeños que han reemplazado las grandes movilizaciones e ideas cohesionadoras de corte partidista e ideológico propias de sociedades ahora más lejanas en el tiempo.

Para la contemporaneidad, la política entendida en términos institucionales y burocráticos termina por ser igualmente una radiografía de lo que pasa en el universo social. El mundo político y sindical se ha visto imbuido en múltiples corrientes y subcorrientes, tendencias de pensamiento y argumentos fragmentados en las que la atomización de las otrora organizaciones homogéneas propias del ideal de la modernidad se ha vuelto paisaje: “Sin distinguir entre izquierda y derecha, lo que prevalece es una política de clanes luchando unos contra otros” (Maffesoli, 2004, p. 33). En ese escenario, así como en la sociedad, el tribalismo triunfa, encarnando además una lucha en la que las diferencias doctrinales y de pensamiento son mínimas y son los problemas personales los que se imponen.

El tribalismo —ahora no solo en el terreno político— es una declaración de guerra, afirma Maffesoli, al esquema sustancialista tan marcado de Occidente: el Ser, Dios, el Estado, las Instituciones, el Individuo. De todos, es éste último el que pervive, “(...) el Individuo es el Dios moderno y la identidad su modo de expresión (Maffesoli, 2004, p. 36). De allí que a falta de una sustancia que aglutine, se impongan las razones y afectos locales, particulares y personalistas. Fenómeno que facilita además una renovación del vínculo social, pues por lo menos en principio, cada quien está en la capacidad de identificarse con causas más o menos livianas que le permitan conquistar la simpatía del Otro. El ejemplo de la música con que se inauguraba este capítulo permite ilustrarlo: las comunidades de aficionados a cierto

genero musical o a determinado artista son escenarios para el intercambio de ideas, establecimiento de relaciones y en la misma medida de vínculos sociales.

Las ciudades, reales y virtuales, son el escenario de presentación para estos nuevos grupos sociales, llamados por Maffesoli (2004) como tribus. Al respecto, el pensador hace una particular homologación: las grandes ciudades, compuestas por barrios, guetos, parroquias y las tribus que las viven y transforman, han sustituido a las aldeas, ayuntamientos, comunas y municipios de antaño; en lugar del gurú, el sabio o las pretéritas figuras tutelares, aparece la celebridad local, el equipo de fútbol o la secta de modestas dimensiones. Las tribus materializan además la idea de dimensiones comunitarias que sobrepasan el discurso saturado acerca del individualismo, para dar cabida a lazos de solidaridad social. Esta última posición se respalda en la idea de que “El tribalismo nos recuerda, empíricamente, la importancia del sentimiento de pertenencia, a un lugar, a un grupo, como fundamento esencial de toda vida social” (Maffesoli, 2004, p. 32).

Esta posición ofrece argumentos adicionales a favor del funcionalismo que representa para el individuo establecer relaciones en términos grupales, desde una óptica diferente pero complementaria con la de la psicología social ya comentada. A la suposición del individuo y el individualismo como la única marca del actual momento histórico, Maffesoli responde haciendo un llamado a observar la formación de colectivos facilitado por la moda, el instinto de imitación, las pulsaciones gregarias de todo tipo, las histerias colectivas de muchedumbres musicales, deportivas y religiosas, que dan cuenta de una realidad más amplia que la descrita por las teorías del individualismo más recalcitrantes. Ejemplos claros de la pervivencia del vínculo social transformado, que permiten afirmar, sin vacilaciones amplias que aquello conocido como sociedad aún existe, esto es, la sociedad hace parte inmanente del universo de relaciones sociales, y no solo en términos utilitaristas; hablar de relación social es ya una forma de mantener la idea de vínculos, que además determinan la conducta del individuo; es acertado el momento en que Maffesoli cita a Poulat, quien dijera: “Cómo se *sostiene* una sociedad que

nada trasciende pero que trasciende a todos sus miembros” (2004, p. 100). Para afirmar que la constitución simbólica tan propia de los grupos o tribus sociales y el dialogo que se establece entre la subjetividad de cada individuo y otras alteridades coadyuva a la construcción de posiciones que van más allá de criterios utilitaristas o materiales, es decir, hay un plus en la relación social que, como se ha sostenido, viene a llenar vacíos subjetivos y existenciales que el mercado y su promesa de felicidad no pueden cooptar.

El hilo histórico de la naturaleza social muestra como ese mismo vinculo del que se habla no está supeditado a la realidad actual, esa tendencia al relacionamiento es antiquísima, aunque sus determinantes sean variados. La caza para la supervivencia, las comunidades que inaugura la agricultura, los reinos y la adoración a las deidades, los estados confesionales o las sectas intelectuales, las universidades y los cafés de los años dorados a mitad del siglo pasado, y ahora, las sociedades virtuales, los restaurantes de élite, los conciertos de estrellas pop, las reivindicaciones por la diversidad, la lucha por los derechos de los animales, un largo etcétera. Así que, sin restarle importancia a los argumentos sumamente validos de teóricos y estudiosores de la sociedad como Lipovetsky, debe sostenerse que la socialidad del presente —termino que acuña Maffesoli— no es una especie extinta sino modificada por esa misma pregnancy Yoica. Es más bien la resultante de procesos de transformación de cosmovisiones y metarrelatos que arroja una constitución particular para el establecimiento de redes sociales. Un lugar en el que “(...) más allá del individualismo y de su activismo proyectivo, se confortan una experiencia y un imaginario colectivos, cuya sinergia forma esos *conjuntos simbólicos* que están a la base, en el sentido amplio del término, de toda vida societal” (Maffesoli, 2004, p. 126).

La historia racional del pacto social, ilustrado y defendido por las teorías liberales desarrolladas desde el siglo XVI aproximadamente, ha sido reemplazada por la historia que representa la ganancia subjetiva del relacionamiento, es decir, la historia donde no se suman voluntades individuales para grandes causas, sino que

se suman para alimentar el propio Yo, la historia emocional del vínculo social. La inauguración del ideal del sentimiento y la emoción, “Por tanto es necesario encontrar palabras que sean lo más acordes posible con semejante ideal” (Lipovetsky, 1994, p. 116). La responsabilidad de hallazgos conceptuales y metodológicos que funjan de herramientas hermenéuticas para el actual fenómeno no puede recaer más que en aquellos que encuentran en la sociedad y los individuos su fuente primigenia de investigación y trabajo. No se asiste, empero, al fin de la sociedad, sino a la transfiguración de la misma; de allí la responsabilidad de hallar «palabras fundadoras» que describan el proceso, lo acompañen e impidan que mute, como han mutado las transformaciones sociales en otros momentos históricos, hacia efectos perversos (Maffesoli, 2004). Es desobediente negar la evolución y transformación espontánea del individuo y la sociedad o peor aún, ignorarla; el nivel de obediencia se calibrara en cambio a partir de la voluntad por encausar dicha evolución: un reto cifrado y complejo, pero filosófica y éticamente necesario. El mundo concebido no es más que representación, y la representación es producto del lenguaje, del pensamiento y la cognición, y en la misma medida objeto factible de cambiarse o crearse; nuevas representaciones para nuevas sociedades.

Varios elementos pueden ahora conjugarse: la particular forma en que se estructura y manifiesta el Yo, los vínculos que él mismo establece con otros individuos, las ganancias materiales y subjetivas producto de tal relacionamiento, las características específicas de las relaciones contemporáneas, más de corte afectual que contractual, y la necesidad de pensar esas mismas configuraciones si se tiene como deseo influir, persuadir y motivar a acciones que decanten en decisiones. Para cerrar el presente capítulo se apela en principio a una cita destacada y que abre el panorama que quiere capitalizarse:

“Finalmente, el factor emocional se manifestará en un ámbito hasta entonces preservado, ámbito que se consideraba feudo único de la razón: el de lo político. Resulta chocante comprobar que, incluso ahí, interviene la comunicación. El *look*, la puesta en escena y la espectacularización han ido invadiendo paulatinamente las campañas electorales y las grandes congregaciones políticas. El desfile a la manera estadounidense se ha vuelto ahora algo común. La consecuencia es que lo político

ya no se propone convencer, sino seducir. Y es este desplazamiento de la convicción a la seducción el que, cada vez más, va a marcar el debate contemporáneo” (Maffesoli, 2004, p. 159).

Así que, además de la transformación en sentido macro de lo social en lo que atañe a formas de relacionamiento, *massmediación* creciente, estandarización de ciertas formas de vestir, el éxito de productos o platos locales que conviven con marcas multinacionales, se asiste también a la transformación en el campo político. No solo por la caída de referentes y cosmovisiones amplias según lo que se ha comentado, sino también porque las causas se han vuelto micropolíticas y los móviles que llaman a su materialización ya no están encausados en el accionar de movimientos y partidos políticos o de instituciones estatales que dialoguen y construyan puentes con la sociedad, afirma Maigret “las reivindicaciones se volvieron micro-políticas y se relacionan con las costumbres y los conflictos que atañen a las identidades” (2005, p. 366), asuntos privados que se mediatizan y convierten en causas comunes.

La política se ha tornado aburrida y los tintes de espectacularización que comienzan a caracterizarla son síntomas de lo necesario que se hace operar un cambio. De allí que la presente propuesta encuentre oportunidades de acción, para lo que llama a un análisis detenido sobre la construcción de los nuevos referentes sociales, los productos simbólicos que se consumen y la forma en que los individuos establecen relaciones con el mundo que les rodea a partir de sus universos cognitivos y personales. Maquiavelo pedía fijar la atención sobre lo importante que sería para el príncipe escuchar la plaza pública. El análisis que se hace busca llevar a académicos y asesores políticos a un axioma similar. Se precisa escuchar y develar las estructuras simbólicas y representacionales de auditorios, bajo la premisa de que ya no existen ciudadanos activos e interesados *per se* en La Política: Los de ahora no son los individuos masa caracterizados por Arendt (2005), tampoco los sujetos políticos que la filósofa añora, con virtudes cívicas elevadas, ansiosos por afirmar su ciudadanía y su lugar en el mundo a partir del discurso elaborado y materializado en la plaza pública. De manera que los mensajes con propósitos persuasivos deben desenmarcarse de este presupuesto liberal y mudar hacia

discursos un tanto más flexibles que tengan en cuenta las configuraciones sociales contemporáneas, desenmascarando además “(...) el mito de la superioridad absoluta de la conversación cara a cara en el sentido de Habermas” (Maigret, 2005, p. 368).

Maffesoli es reiterativo, y ese mismo afán se replica en el presente escrito. Las metamorfosis culturales que se atestiguan muestran minorías activas contagiando cada vez en mayor medida la totalidad del cuerpo social de una forma bien particular, “Primero es algo secreto; luego, se vuelve discreto; y finalmente, se hace ostensible como valor dominante” (2009, p. 84). Es importante matizar el carácter de lo que afirma el autor citado. No es posible sostener la idea de un contagio generalizado del cuerpo social a partir de causas específicas, pero si es acertado observar que en la actualidad son los sectores sociales y colectivos que no han ocupado tradicionalmente un lugar en la esfera pública institucional, los que tienen real y potencialmente mayor capacidad de movilizar capitales políticos cohesionados según causas comunes, dada la particularidad y el alejamiento de la política tradicional que las mismas defienden: es una política *no política*.

Por lo que uno de los objetivos al que se busca pueda dirigirse la mirada de los interesados por lo público y lo social, como se ha insinuado, consiste en comprender de qué forma la mediatización de las relaciones y la espectacularización de los contenidos culturales coadyuvan al establecimiento de nuevas lógicas sociales. No se trata de negar el ejercicio de lo político como formulación racional traducida en componentes teóricos e ideales, sino más bien de redefinirlo a partir de las características del individuo en la contemporaneidad. Maigret ilustra a partir de productos culturales la afiliación a causas micro y la importancia que tienen para comprender el entramado social al que se asiste. Puede decirse que en términos de entretenimiento, el lugar que en algún momento ocupaba la literatura, con sus relatos sobre héroes nacionales, lo ha tomado la televisión, y ya no es siquiera la televisión del siglo pasado: “paleo-televisión”, es nombrada ahora como “neo-televisión”, que deja de transmitir saberes para “(...) establecer lazos con los

públicos y su vida cotidiana” (Maigret, 2005, p. 367). Paso obligado para los mercaderes de los medios sí se piensa en la forma como la pregnancia del Yo y el privilegio por despertar emociones vía identificación alienta la convocatoria de numerosos públicos, gracias a los puentes que pueden establecerse entre los contenidos y una audiencia ávida de estimulantes placentero-hedonistas. De suerte que el mensaje emitido “Se apega a las vivencias de los individuos estableciendo comunidades emocionales solidarias mediante un intercambio considerado como más igualitario entre oferta y demanda” (Maigret, 2005, p. 367).

El establecimiento de comunidades emocionales resulta clave al volver sobre la tesis de la identidad y la formación de grupos como un estado psicológico. Cada uno imagina, simboliza y siente; proceso que da lugar a una existencia cognitiva particular que en diálogo con *otras existencias* genera comunidades grupales. De forma que, en una perspectiva analítica formulada en términos colectivos, las emociones operan como agente que permite a los individuos definir las fronteras de sus grupos e identificarse con éstos, así mismo, dan cabida a procesos como la negociación de roles y el estatus de los diferentes miembros al interior de colectivo; son entonces un factor aglutinante con importantes repercusiones (Keltner y Hiadt, 1999).

El vínculo catalizado desde la emoción es nombrado por Maffesoli como estetización y encuentra el fundamento de su existencia en la necesidad y gusto por anteponer a las relaciones las pasiones comunes. Para la contemporaneidad solo aquello que apasiona convoca, ejemplo claro de ello es la importancia que los discursos organizacionales le entregan a la idea de la motivación para el trabajo. El sentido etimológico de la palabra estética está dado por el termino *aisthesis*, que significaba para los griegos el hecho de experimentar con otros una emoción ante una estatua, un templo, al escuchar una tragedia o una obra musical, por lo que, “En su aspecto dinámico, la estética se apoyaba en las vibraciones comunes” (Maffesoli, 2009, p. 85). Sintonizar los sentimientos e identificarse con una pieza

musical, son realidades presentes en la Grecia antigua y en las comunidades modernas.

Son múltiples los ejemplos que ilustran el protagonismo de la comunidad de las emociones: los dioses futbolistas, los incondicionales clubs de fans, la teatralización de los programas de gobierno en épocas electorales, la espectacularización de las noticias, la apoteosis de las promociones a fin de temporada en los almacenes, el vínculo afectual con los animales, la promoción del derecho al goce: Se ha pasado de la civilización del deber a la cultura de la felicidad y el placer, cualquier excusa es válida para vibrar juntos; la satisfacción del deseo ha reemplazado a la austeridad como norma (Lipovetsky, 1994). El desarrollo de la idea de identidad como el nodo central para el establecimiento de las relaciones sociales se ve ahora revitalizado con el presupuesto del afecto y la emoción. De manera que las emociones vienen a jalonar y reforzar las ganancias simbólicas producto del establecimiento de vínculos entre individuos. Reforzamiento que merced a las características contagiosas y epidémicas propias de la emoción ayuda a potenciar aún más la idea de comunidad. En lugar de la máxima de racionalidad y atomización de la sociedad puede destacarse el principio vital de estar-juntos.

Tal forma de entender y concebir lo humano no es para nada genuina ni novedosa, de hecho ha estado presente desde hace algunas décadas. Revisar la publicidad que aparecía en las revistas y periódicos de mitad del siglo pasado y compararla con la publicidad que se ofrece en la contemporaneidad permite constatar la manera en que el marketing ha buscado explotar los universos emocionales. A diferencia de las piezas publicitarias de hace más de medio siglo, ricas en argumentos y justificaciones para la venta de los productos, las actuales van más allá del intelecto del consumidor, por lo que los instrumentos persuasivos son mucho más integrales, apuntando al tiempo a los sentimientos, la identificación y los sentidos (Maffesoli, 2009). Sin embargo, esa forma de proceder ha sido explotada sobre todo por agentes privados y demeritado por las investigaciones sociales con fines público-políticos.

Adelantar análisis sobre la naturaleza social con el fin de encontrar herramientas que permitan el desarrollo de discursos persuasivos mucho más exitosos, ligados al campo de la política, implica volver, por ejemplo, a la psicología general, y a las tesis que defienden la función social de las emociones<sup>15</sup>, para establecer puentes entre disciplinas que desde perspectivas amplias integren fines, políticos para el caso, con medios, que dejen de suscribir los hallazgos investigativos a su propio campo disciplinar, haciendo viable la formulación de criterios alternativos de abordaje.

El llanto, la risa, la ansiedad, el apego, la empatía, entre otras, son poderosos puentes de vinculación subjetiva, por un hecho que ni haría falta justificar, el que señala que las emociones están presentes en cada individuo, con grados y niveles de intensidad que varían, claro está, pero en términos biológicos y genéticos todos los seres humanos tienen el potencial de sentir. Aristóteles servía de ilustración preliminar para mostrar la forma en que dichas emociones pueden ser despertadas a partir del discurso (oral, visual, auditivo). Eso es vital para la presente propuesta, pues conjugar la comprensión de dichos procesos psicológicos básicos con las teorías sobre la identidad y el relacionamiento grupal, podría nutrir de elementos teóricos válidos los ejercicios prácticos y las indagaciones a propósito del potencial de la persuasión. Izard (1991; 1992) ilustra cómo pueden ser despertadas las emociones en aras de facilitar que se conjuguen con el juicio, para darle mucho más poder de convicción al sujeto a la hora de emitir una acción, ya que estas, al estar a la base de los afectos y ser consideradas como herramientas adaptativas a lo largo de la evolución humana, entran a relacionarse de manera directa con procesos superiores de cognición y pensamiento, en la medida en que afectan positivamente la aparición de sentimientos, procesamiento de la información, sistemas de expectativas, de identificación y de respaldo o rechazo a propuestas percibidas como mensajes. En la misma perspectiva, (Marcus y MacKuen 1993; 2004) han mostrado cómo las emociones son explotadas de forma más o menos empírica por

---

<sup>15</sup> Al respecto puede revisarse James (1884), Goleman (1995).

campañas políticas. Específicamente el entusiasmo y la ansiedad; la primera para generar en el elector la sensación de que participa de un festival en el que tiene un protagonismo especial, la segunda, para mantener estados de alerta constantes que lleven a percibir los mensajes emitidos por la contraparte como amenazas, lo que motiva además una mayor solidaridad y cohesión frente a los miembros del propio grupo.

Ejemplos como los anteriores permiten ver con gran entusiasmo las ideas defendidas por Aristóteles (2007) en *La Retórica*, o por Renán a propósito del sentimiento nacionalista y más aún, el presupuesto defendido en el presente manuscrito según el cual, en clave de seducción y persuasión para la movilización social es fundamental y probable en muchos sentidos el agenciamiento de las emociones. Defendiendo que el estudio de las mismas puede aportar importantes elementos para el campo social y político, en la medida en que no son vistas como fenómenos biológicos y psicológicos, sino además y de manera especial como causa y efecto del procesamiento cognitivo y la elección de comportamientos.

La política resulta ser *una variable* práctica que prioriza al poder como fundamento de su existencia y ve en las relaciones sociales y la cohesión una forma de llegar a él, y la psicología, una fuente hermenéutica para comprender los procesos de asimilación de contenidos y toma de decisiones desde lo individual. Ambas dimensiones son las que se propone, es necesario conjugar.

## Consideraciones finales

La política, en términos prácticos, es un fenómeno que rebasa ampliamente las lógicas institucionales, normativas y electorales a las que popularmente se liga. Como instrumento de gestión de capital social para la conquista y mantenimiento del poder, tiene la obligación de concebir a los sujetos desde su dimensión más amplia y comprehensiva. La tendencia de asumir el comportamiento social e individual a partir del *como si* propio de la filosofía y teoría política es ahora injustificada. Existen las herramientas investigativas y los hallazgos teóricos necesarios para formular hipótesis sobre el comportamiento de los sujetos ligadas a descubrimientos claros y sustentados sustancial y formalmente.

Es allí donde la psicología, especialmente la psicología política, tiene todo el potencial de desarrollo. El manuscrito ha pretendido mostrar por lo menos una de las dimensiones que más se puede nutrir a partir de las propuestas de tal disciplina. Comprender el discurso en sus diferentes formas, los elementos de procesamiento de la información a los que debe atender, las configuraciones sociales y de construcción de identidad que no pueden ser ignoradas, sino al contrario aprovechadas y capitalizadas en la construcción de mensajes que se pretendan persuasivos y favorezcan la afiliación a ideas políticas con intereses particulares, son todos temas relevantes para la comunicación política y factibles de cualificarse y depurarse a partir del acervo teórico propio de la psicología.

Los conceptos y las realidades sociales se conjugan e imbrican constantemente, así también debe hacer el conocimiento. La idea de nación es un ejemplo excepcional a propósito de cómo puede potenciarse el mensaje si se parte de la forma en que los sujetos se relacionan con el mundo y asimilan los contenidos que el mismo les presenta. Sin embargo, este dispositivo se ha agotado, gracias al

cambio social e individual al que se asiste. No significa esto el fin de lo político, de lo común, de lo que vincula y relaciona. Es en cambio, un llamado al desarrollo de nuevas herramientas hermenéuticas adaptadas a nuevas realidades en las que tiene mayor protagonismo el Yo, las causas micropolíticas, la caída en desuso de los grandes metarrelatos y la apatía e indiferencia generalizadas y ligadas —así sea solo nominalmente— a todo aquello asociado con la política.

De lo que se trata entonces es de desarrollar nuevos dispositivos que reconozcan el cambio social, cultural e individual para proponer fórmulas que busquen integrar al sujeto con la política. Fórmulas novedosas, interdisciplinarias, que seduzcan e ignoren el supuesto de sujetos interesados en lo público *per se*.

Volver a los estudios sobre la emoción y ampliarlos, a las investigaciones sobre formación de grupos y construcción de la identidad, relacionar el procesamiento cognitivo con la forma en que son presentadas propuestas políticas, constituyen todos recursos válidos para la construcción de apuestas integrales que no tengan como muchas en la actualidad, un fracaso garantizado de antemano. El manuscrito es excusa para promover puentes ulteriores de integración disciplinar, que sin desconocer la independencia metodológica y conceptual de las disciplinas, vea en el interés común una fórmula para integrar supuestos e inaugurar formas de ver y comprender el mundo con ideales prospectivos; se trata de crear huellas sociales en lugar de analizar las que van quedando sobre el camino.

## Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura económica.
- Arendt, H. (2005). La esfera pública y la privada. En H. Arendt, *La condición humana* (págs. 51-106). Barcelona: Paidós.
- Aristóteles. (2007). *Política*. Buenos Aires: Losada.
- Baró, M. (1991). Métodos en psicología política. En M. Montero (Ed.), *Acción y discurso: Problemas de la psicología política en América Latina*. Caracas: Eduven.
- Barry, B. (1991). *Democracy and Power: Essays in political Theory* (Vol. I). Oxford: Clarendon Press.
- Bar-Tal, D. (1990). *Groups Beliefs. A conception for analysing group structure, processes and behaviour*. New York: Springer Verlag.
- Bar-Tal, D. (1995). La Monopolización del Patriotismo. *Psicología Política*(11), 41-47.
- Bar-Tal, D. (1996). Las creencias grupales como expresión de la identidad social. En J. Morales, D. Páez, J. Deschamps, & S. Worchel, *Identidad social: aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos* (págs. 255-297). España: Promolibro.
- Beccassino, A. (2003). *El precio del Poder: Como se vende la imagen de un político*. Bogotá: Aguilar.
- Bhabha , H. K. (2000). Narrando La Nación. En *La invención de la nación: Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (págs. 211-223). Buenos Aires: Manantial.
- Bobbio, N., Matteucci, N., Gianfranco, C., & Marti, M. (2005). *Diccionario de política* (14 ed.). México: Siglo XXI Editores.

- Cárdenas, L. (2011). *Aristóteles, Retórica, pasiones y persuasión*. Bogotá: San Pablo.
- Dietz, M. (1989). "Patriotism". En B. Terrance, J. Farr, & R. Hanson (Edits.), *Political Innovation and Conceptual Change*. Cambridge: Cambridge.
- Gellner, E. (1983). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Greenstein, F. (1973). Political Psychology: a pluralistic universe. En J. Knutson (Ed.), *Handbook of political psychology*. San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- Habermas, J. (1976). *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus.
- Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Izard, C. (1991). *The Psychology of Emotions*. Nueva York: Plenum Press Marcus.
- Izard, C. (1992). Basic Emotions, Relations Among Emotions and Emotion-Cognition Relations. *Psychological Review* (99), 561-565.
- Katz, E., & Lazarsfeld, P. (1977). *La influencia personal: el individuo en el proceso de comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- Kedourie, E. (1960). *Nationalism*. Londres: Hutchinson University Press.
- Keltner, D., & Haidt, J. (1999). Social functions of emotions at multiple levels of analysis. *Cognition and Emotion*, 5(13), 505-522.
- Knutson, J. (1973). *Handbook of political psychology*. San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- Lazarsfeld, P., Berelson, B., & Gaudet, K. (1948). *The people's choice*. Columbia: Columbia University Press.
- Le Bon, G. (1986). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata.
- Lipovetsky, G. (1994). *El Crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama.

- Lipovetsky, G. (1994). *La Era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Maffessoli, M. (2004). *El tiempo de las tribus: El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México: Siglo XXI editores.
- Maffessoli, M. (2009). *Iconologías: Nuestras idolatrías Posmodernas*. Barcelona: Ediciones Península.
- Maigret, É. (2005). El espacio público contemporáneo y las reivindicaciones micro-políticas. En É. Maigret, *Sociología de la comunicación y de los medios*. Bogotá: Fondo de cultura económica.
- Mangone, C., & Warley, J. (1994). *El discurso político. Del foro a la televisión*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Mattelart, A., & Mattelart, M. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Mead. (1982). *Espíritu, Persona y Sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Morales, F., & et al. (1996). *Psicología Social y Trabajo Social*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Moya, M., & Morales, J. (1998). Panorama histórico de la psicología política. En J. Seoane, & A. Rodríguez (Edits.), *Psicología política*. Madrid: Pirámide.
- Nussbaum, M. (1995). *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*. Madrid: Visor.
- Owens, T. (2006). Self and Identity. En J. Delamater (Ed.), *Handbook of Social Psychology* (págs. 205-232). New York: Springer.
- Parekh, B. (2000). El etnocentrismo del discurso nacionalista. En *La invención de la nación: Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (págs. 91-123). Buenos Aires: Manantial.
- Perelman, C. (1997). *El imperio retórico*. Barcelona: Norma.
- Real Academia de la Lengua Española*. (13 de Marzo de 2014). Obtenido de <http://lema.rae.es/drae/?val=discurso>

Real Academia de la Lengua Española. (11 de Octubre de 2013). Obtenido de <http://lema.rae.es/drae/?val=pol%C3%ADtica>

Real Academia de la Lengua Española. (14 de Octubre de 2013). Obtenido de <http://lema.rae.es/drae/?val=persuadir>

Renán, E. (2000). ¿Qué es una Nación? En *La invención de la nación: Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (págs. 53-67). Buenos Aires: Manantial.

Roiz, M. (2002). *La sociedad persuasora*. Buenos Aires: Paidós.

Sabucedo, J. M. (1996). *Psicología Política*. Madrid: Síntesis, S.A.

Simon, B. (2004). *Identity in a modern society: A social psychological perspective*. Oxford: Blackwell.

Smith, A. (1991). *National Identity*. London: Penguin Books.

Smith, A. (2009). *Ethno-Symbolism and Nationalism: A cultural approach*. New York: Routledge.

Smith, A. D. (2000). ¿Gastronomía o Geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones. En *La invención de la nación: Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (págs. 185-211). Buenos Aires: Manantial.

Stone, W., & Schaffner, P. (1988). *The Psychology of Politics*. New York: Springer-Verlag.

Tajfel, H. (1972). La categorización social. En S. Moscovici (Ed.), *Introducción a la Psicología Social* (págs. 272-302). Paris: Larousse.

Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales: Estudios de psicología social*. Barcelona: Herder.

Van Dijk, T. (1994). Discurso, Poder y Discriminación. *Cuadernos de lingüística*(2), 23-55.

Van Dijk, T. (2000). *El discurso como interacción social*. España: Gedusa.

Vega Reñon, L., & Olmos Gómez, P. (2011). *Compendio de lógica, argumentación y retórica*. Madrid: Trotta.

Vignoles, V., Regalia, C., Manzi, C., Gollledge, J., & Scabini, E. (2006). Beyond self-esteem: Influence of multiple motives on identity construction. *Journal of Personality and Social Psychology* (90), 308-333.

Yañez, C. (1997). Identidad: aproximaciones al concepto. *Revista colombiana de sociología*. Universidad Nacional de Colombia, 3 (2), 27-34.